

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

Aquerenciada soledad

Apuntes para el conocimiento
de un sector humano del país

Luis Gudiño Kramer

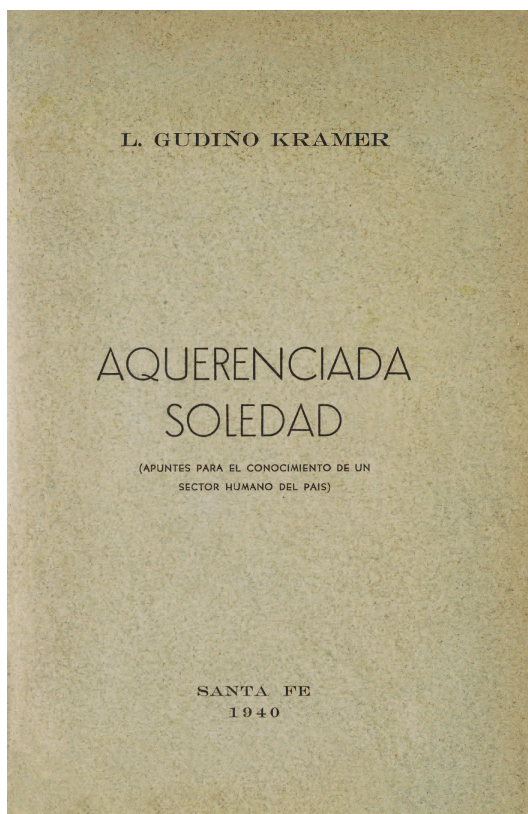




En una carta dirigida a César Tiempo, Amaro Villanueva sentenció: «De esa pluma va a salir la gran novela agraria argentina. Vive en San Javier, provincia de Santa Fe. Y esa es toda su dirección». Se refería a **Luis Gudíño Kramer (1898-1973)**. Lo notable es la fecha, 5 de septiembre de 1937. Restaban todavía tres años para que éste autor diese a conocer su primer libro, *Aquerenciada soledad*.

Gudíño Kramer comenzó a escribir sus primeros relatos precisamente en San Javier, en la costa norte santafesina. «De noche encendía una lámpara, y empecé a recoger los latidos de esas poblaciones, los alaridos de los indios, las noches serenas, sólo interrumpidas por la ronda policial, los milicos al tranco de los caballos que tocaban el silbato a cada cuadra», según sus palabras. Pero este no era sino un nuevo (y finalmente irreversible) giro en una vida llena de aventuras. Entrerriano de nacimiento, este autor tiene uno de los prontuarios de oficios más originales de la literatura argentina: grumete en el vapor en la carrera La Paz-Rosario, ayudante de tenedor de libros, bibliotecario, empleado de banco, cuidador de ovejas, rematador, administrativo, segundo mayordomo de campo, topógrafo del Instituto Geográfico Militar, chacarero, periodista y, por último, jefe de redacción del diario *El Litoral*. Se convirtió, con el tiempo, en uno de los más destacados escritores del litoral argentino en el siglo XX.

Su obra narrativa comenzó con *Aquerenciada soledad* y siguió con *Tierra ajena*, *Señales en el viento*, *Caballos*, *Sin destino aparente*, *Cuentos de Fermín Ponce*, *La creciente y otros cuentos* y *Las hermosas criaturas*. En forma paralela, Gudíño Kramer publicó los libros de ensayo sobre literatura y arte *Exaltación de los valores humanos en la obra de Hudson* y *Escritores y plásticos del litoral*; y otros dos centrados en la historia y el folklore regional: *Médicos, magos y curanderos* y *Folklore y colonización*. El indudable sesgo social de su obra debe colocarse en línea con la militancia que mantuvo, a lo largo de su vida, en las filas del comunismo criollo.



La presente edición electrónica de *Aquerenciada soledad* (*Apuntes para el conocimiento de un sector humano del país*) se basa en la primera edición del libro, publicado en Santa Fe en 1940. Figura como impresor «Talleres Gráficos». Se trata, con bastante certeza, de los Talleres Gráficos del Diario El Litoral.

A los fines de optimizar la fluidez de lectura, se decidió modernizar la acentuación ya en desuso de ciertos monosílabos y normalizarla allí donde aparece de forma irregular. Mientras que la puntuación, incluso en los casos más caprichosos y arbitrarios, se respetó siguiendo el original. Por último, se corrigieron las erratas evidentes.

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

Aquerenciada soledad

Apuntes para el conocimiento
de un sector humano del país

Luis Gudiño Kramer

SOLEDAZ

En puntas de pie, para no despertarlos, el hombre se acercó hasta sus hijos, les arregló las ropas y se quedó mirando esos rostros que el sueño embellecía. Después pasó a su dormitorio y, contemplando a su mujer sintió que una ola de ternura lo invadía, sacudía su sensibilidad, serenaba su espíritu.

Puso su mano en la frente dormida y acarició los párpados que cerraba el sueño. Una sombra violeta circundaba los ojos tantas veces besados y el ritmo sereno de la respiración estremecía su seno cálido de madre.

Volvió a la soledad poblada de imágenes, a su cono de luz, a su absorta ansiedad de comprensión y de belleza.

La lámpara irradiaba un suave calor. El monótono ruido de la combustión acunaba sus recuerdos. Dejó el libro sobre sus rodillas, cerró los ojos fatigados y comenzó a rever su vida. Su pobre vida atormentada de hombre feliz en apariencia, de horrible soledad en la intimidad de sus sentimientos.

Así se veía en sus imágenes. Solo en la noche. Soledad del que vela, único y solo frente a todas las acechanzas. Afuera el rocío, las estrellas tan altas, los árboles dormidos, la calle desierta, la vida en suspenso. Las angustias del vivir cotidiano comenzaban a disiparse, a diluirse en el seno maternal del silencio. Pero del fondo de sus impresiones y de sus recuerdos, angustiada y dolorida, se levantaba esa conciencia de su deber, de un deber de ser comprensivo y vigilante, rígido y tierno, generoso y prudente. Se prometió ser mejor cada día. Cada día más sencillo, más frugal, más simple y generoso.

Pero cada día —sí, cada día y a cada nuevo esfuerzo y renunciamiento— se sentía más solo. Y es que de tanto prodigar ternura y ansiedad a su alrededor iba dejando su alma abandonada. Pensó que a su corazón —no encontraba otra imagen— lo había estrujado tanto, que ya cada ternura le causaba dolor.

Alguien se quejó en sueños. Abandonó su mundo de recuerdos y corrió, angustiado. No; no era la fiebre ni la enfermedad, ni el dolor de la carne. Eran los sueños, nomás.

Salió a la noche y ante ella, empequeñecido y tembloroso aún, recordó aquellos versos de Fernández Moreno: «¡dormid tranquilos que yo estoy despierto!».

Y entró en su reino, engrandecido y limpio de recelos. Se sintió completa-

mente hombre, responsable y paternal. Y dio paso, en su conciencia, a la vejez que se insinuaba y que se resistía a aceptar con un resabio de egoísmo.

Los mundos distantes, el universo inmenso... ¡bah!... su mundo, el mundo de la gota de agua, ¡eso era lo importante y verdaderamente grande!

Y retornó a su mundo.

SU MUNDO

Él hubiera deseado estar marcado, quemado por un fuego de llama permanente. Que sus creencias no cambiaran como el agua o el aire de cada mañana. Ser cualquier cosa.

Una imagen proyectada en el cielo; una sombra fugaz en las paredes o un estremecimiento en el vuelo de los pájaros, en cambio de su fría apariencia, de su fácil conformidad.

Ser una piedra de esas que están en las pircas que orillan los caminos de la sierra, o el ladrillo endurecido por el amasijo y templado por el fuego. O el pedazo de carbón, negro y martirizado que da calor y pequeña vislumbre. Cualquier cosa sustantiva y simple, útil o ardiente o fulgurante.

Cantaban los pájaros en los árboles de su huerta y sintió que tampoco esa era su huerta. Los árboles que plantó su mano estaban por ahí, sobre la tierra ajena.

Y comprendió su angustia.

Tuvo conciencia de su desazón, y un recuerdo confuso que parecía nacer en la corriente de su sangre, le traía desde oscuras y lejanas raíces un mandato. La voz de su atavismo.

Y esa confusa pero poderosa conciencia lo identificaba con los hombres y ambientes que pronto vendrán, con su hálito primitivo, vigoroso y fecundo.

Pueblos y hombres; leyendas y realidades supervivas a lo largo del camino de la costa, le infundían, en ese plano de reminiscencias, una seguridad de vida, de permanencia, de posteridad.

Sintió alegría al encontrar su sendero. Y pensó: «He aquí el puente de arco iris del negro inocente para llegar al cielo con su acémila».

Su arco iris la tierra. Trabajada y sudada por sus antepasados.

Y presintió el campo, ahí, a la vuelta. Desemboquemos en él con la misma impresión

de deslumbramiento que cuando venimos caminando por esas últimas calles del suburbio, y al ir a doblar una esquina, nos encontramos con toda la maravillosa soledad y vacío del campo delante de los ojos miopes de no mirar el horizonte.

LA VIDA ES LARGA...

El perfume de los naranjales rinconeros se nos anticipa apenas pasamos el puente colgante. Un automóvil no es un caballo, evidentemente, pero, así y todo, al sentir el viento libre golpeando los cristales del coche y en el rostro ansioso de campo y en el espíritu con sed de silencio, creemos sentir esa impresión del resero de Güiraldes, de vuelta al pago después de un viaje aleccionador.

El campo, en realidad, es más que una presencia. No existe solamente en extensión, sino en hondura. El hombre ese que nos pasó apurado porque tiene que llegar a Helvecia antes de que cierre el Banco, en realidad no viaja el campo, sino el camino.

En cambio, el haragán aquel que encontramos, de bombacha suelta y alparagatas, a la puerta del primer rancho, está impregnado de campo desde la punta de la chancleta hasta la bombilla del mate. El campo en él es un aura vital, una naturaleza, una presencia y una eternidad. Lo miramos con nostalgia, como iremos mirando todo eso primitivo, antiguo y vegetal, sólido y permanente. Los brotes del campo. Así, llegaremos a la Vuelta del Dorado, paisaje barato de cromo. Los ubajayes y los ombúes, menesterosos entre la tierra arada, no son los de Fígari, pero nos llevan a un recuerdo necesario, pues es preciso enterrarse en la tierra antigua, dormir de vez en cuando doscientos años de historia y despertar oyendo alaridos mocobíes y proclamas enjundiosas en el buen castellano de los conquistadores.

Al norte nos espera mayor liberación. Campos, haciendas y algarrobos son como una sinfonía tonta coloreada por los rayos del sol y los arcoiris de nuestros recuerdos.

Nosotros pasamos, mientras árboles, bestias y hombres, enterrados hasta el corazón en una libre esclavitud cotidiana, nos alargan su olor fecundo y su vibración vegetal.

San Javier nos recibe con los cipreses del cementerio y la alta torre de su iglesia. Vahos de indio, presagios de malón, olor de alfalfa. Vacas sueltas y niños mendigos; estrellas enturbiadas por el fino polvo que arremolina el viento norte. El caballo está atado al palenque de la pulpería. Música de acordeón y la presencia de duendes en todas partes, poniendo claridad en las calles sin luces y alegría y dolor en la cara oscura de los vigilantes y en los dientes blancos de los indios.

Los ojos se abren a la luz violeta y procuramos ver qué misterio es el que embellece tanta miseria. Qué alegría hace girar la rueda loca de los molinos y por qué sale esa música pegajosa y honda de las calles desperejas y de los viejos muros ennegrecidos.

Don Evergisto o don Lanchi nos explican la magia. La magia era ese para qué apurarse, ese mínimo esfuerzo.

Otros que digan el elogio hiperbólico; que otros coloquen el mosaico de las palabras. Nosotros percibiremos el aura vital, el oculto sentido de que está impregnada esta naturaleza, que emana de las arenas, del río y de las nubes, de las palabras perezosas y de las posturas indolentes.

Ya se apagó el eco de las epopeyas, malones y soldadescas. Revoluciones y largas procesiones misionales no han dejado, en las movibles y cambiantes arenas, el más pequeño rastro. Mañana el pavimento alisará y borrará mejor la impronta del pasado. Por él pasará en movimiento la ambición del progreso. Pero estos pueblos seguirán recostados al río, mirándose en constante contemplación. Mientras todo pasa, ellos y sus gentes permanecen. La vida es larga, para qué apurarse.

EL CAMINO DE LA COSTA

EL ORDEN DE LA RUTA

El orden de la ruta, saliendo de Santa Fe, es el siguiente: Puente Colgante, Colastiné, San José del Rincón, Puente de Leyes, Santa Rosa, Vuelta del Dorado, del Saboyardo, Cayastá, Campo del Medio, Helvecia, El Laurel, Los Algarrobos, Saladero Cabal, Colonia Macías, San Patricio, San Joaquín, La Elisa Vieja, Puerta de Mántaras, Naranja Dulce, Colonia Francesa y San Javier.

Pueblos, muy pocos. Ruinas. Nombres en los itinerarios en los mapas y en la memoria de los traperos, sin realidad en la época presente. Cuanto más, una chimenea o las grandes calderas echadas sobre el costado que el cáncer del óxido les deforma, señalan lo que fue un enjambre de trabajo y de hombres en lucha. Más allá los ladrillos de una estancia, de una casa señorial que derrumbó la taba y la pereza: San Patricio. Nosotros alcanzamos a ver, enhiestas aún, las paredes octogenarias de grandes ladrillos, y con restos de patios coloniales de baldosa perdidos entre una densa raigambre de gramillas. Los techos de tejuela derrumbados a medias permitían al sol agostar líquenes y musgos, mientras un timbó, que había prendido sus raíces en mitad de un aposento, ya alcanzaba con sus ramas la altura de las paredes. El árbol, protegido de los vientos hostiles por la fábrica de gruesos adobes, estaba allí, señor de las ruinas, cargado de nidos y de cantos. Un balcón de rejas, voladizo, asomaba su curiosidad colonial hacia el río. Y entre sus rejas, las enredaderas silvestres habían tejido un tapiz de guías, hojas y flores.

Todo, ahora, es una pila informe de escombros. El timbó se yergue solitario y a sus pies, salvada de la rapiña por el orín, la reja.

San Patricio es un nombre. El nombre de un campo donde veinte colonos sufren la miseria del trabajo sin esperanza.

La historia, que pretende conferir jerarquía al suelo empapado de sangre derramada en luchas fratricidas o donde el indio entregó la suya, inocente y salvaje, debemos escribirla con palabras de sorpresa y de asombro. La historia en estas tierras maravillosas está en continuo asombro, y desde mucho antes de Garay; de mucho tiempo atrás de la emigración de los diaguitas... desde antes del nacimiento de los bosques y tal vez desde antes que esto fuera un mar o un

ancho río, sobre cuyas arenas, ahora, sembramos el maní y levantamos nuestros ranchos de chorizo y paja, todo ha sido una constante renovación sobre el mismo paisaje inalterable. La vida es larga pero el tiempo es corto. Revoluciones, malones, haciendas y después tractores. Caminos y escuelas. El campo domesticado llegó hasta el horizonte. Pero el hombre, siempre el mismo esclavo sobre la tierra ajena, fecunda o estéril, fácil o indomable. Árboles y hombres creciendo más para adentro, para las raíces, que labra su extensión. Cosas y hombres, como el timbó, solitarios. Sus esfuerzos, las ramas de su linaje y de su esfuerzo, no se han unido todavía para formar el bosque.

ESTANCIAS

DON VENANCIO

Sentado frente a la máquina de escribir, atento al dictado del mayordomo que se pasea nervioso, haciendo temblar el piso de viejas maderas del escritorio, el escribiente y practicante de campo de Los Quirquinchos, escribe a ratos, y por momentos se entretiene mirando las gruesas vigas que sostienen el edificio antiguo, que, resto de la vieja estancia que ahora arrienda la compañía, está separado del cuerpo principal de la edificación, y justamente a la entrada del establecimiento.

Don Venancio comenta en voz alta:

—Yo no sé, francamente, qué es lo que piensan algunos hombres... Estamos a 15 de setiembre y no nos mandan la vacuna. Después, muchas exigencias en los papeles, y las planillas, y la hacienda que reviente... ¡Jum!... Lindo administrar desde el escritorio en Buenos Aires... En fin. Escriba no más, don Diego: Con fecha... ¿con qué fecha pedimos la vacuna?

Don Diego se levanta, busca el copiador, por ahí encuentra la copia.

—Fecha veinte júlío, don Fenancio...

—¡Jum!... Bueno, métale... Con fecha veinte de julio pasado, les pedí me mandaran diez mil dosis de vacuna para comenzar de inmediato...

—Oun momento, don Fenancio... Con fecha veinte júlío les pedí...

—...Les pedí que me mandaran urgente...

Afuera, comienza a aclarar. El muchachito que sirve de «chasquero» está en el patio, esperando la valija con la correspondencia que tiene que llevar hasta la estafeta del ferrocarril, a ocho leguas de la estancia.

En el escritorio apagan la lámpara y la luz rosada del amanecer se desparra por los rincones; ilumina las marcas colgadas de la pared; la prensa de copiar; en un rincón la estufa. El sillón Morris del mayordomo; unos espolines y varios rebenques y fustas colgados de un cráneo de ciervo, con toda la cornamenta, que sirve de percha y adorno.

Desde el palenque se siente el ruido del caballo del mayordomo, que patea y muerde el freno. Quiebra el silencio un toque de campana y se siente el ¡chas!... ¡chas!... de las espuelas arrastradas sobre pisos de tierra endurecida.

De los galpones llegan ruidos y voces. La vieja estancia despierta y mil ru-

mores denuncian su actividad. Apenas ha concluido de aclarar cuando don Venancio sale, monta a caballo y se va por la ancha calle bordeada de paraísos, al trotecito de su caballo.

En el breve trayecto hasta el palenque, don Venancio tuvo tiempo de mirar si el patiero, el quintero y el carnicero estaban en sus puestos de trabajo. Si habían barrido el gran patio y si las sirvientas, en el corral, se ocupaban de ordeñar o estaban perdiendo el tiempo en chacotas.

Los pastos están húmedos de rocío. El caballo los va aplastando, y el suave ruidito es una canción familiar, siempre agradable.

El aire es dulce y se respira hondo. Lindo, ir montado, de cara al amanecer, con todo un día por delante, y atrás el encierro de «las casas», como si saliendo de la noche se fuera al encuentro de la luz del día, para bañarse en ella.

Desde todos los puntos cardinales llega la hacienda al rodeo, que estará «parado» al salir el sol, como es costumbre.

Don Venancio señala y el capataz y los peones apartan. Se está separando lo gordo, para el frigorífico, al tranquito, para no cansar haciendas ni caballos.

Cuando él llegó a este campo, hará apenas un año, ¡había que ver la peonada! Todos usaban boleadoras, grandes facones y revólveres... ¡Sí, señor, revólver! Recuerda la primera parada de rodeo. Venían en abanico, él al medio, los peones empujando a gritos la hacienda. Por ahí se levantó un macho viejo, que estaba empollando, y ya lo atropellaron los peones y los dos capataces, revoleando las ñanduceras. Dejaron los novillos, todos en tropel por atrás del ñandú viejo. A las mil y quinientas volvieron, con los caballos trasijados. Los novillos habían ganado el monte y la recogida a esa hora se hizo imposible.

Bueno. La rabieta que pasó no es para contarla. El caso es que logró reprimirse; reunió al personal, y les fue hablando claro. Fue terminante. Les explicó lo que él deseaba de su trabajo. Al final del primer mes tuvo que despedir a un capataz y la mitad de los peones. Y siguió con esos pocos. Pocos pero buenos.

Ahora hay que verlos trabajar. Da gusto, amigo. No se oye un grito. La hacienda cada día está más mansa.

La misma lidia tuvo con las aguadas, con los alambrados, con las tranqueras, con los ranchos y los agregados, y con los trabajos de a pie. Lucha tenaz de todos los días. Ahora ha pasado un año y está algo cansado.

Lo peor es que, al mismo tiempo que le está viendo «las patas a la sota», ha sentido el ruido de que están por trasladarlo, para poner a cualquier inglesito en su lugar.

Y es que él no sabe inglés, y como es viejo, y tampoco le gusta el idioma... De no, qué carrerón podría hacer en la compañía... Eligió un pampa colorado, de capadura, con verrugas de grasa abultándole el matambre, y se concluyó el aparte.

La tropa con los señuelos por delante marchó a la balanza, y el resto se echó a la manga para descornar y curar algunos embichados.

Como a las once soltaron los novillos al potrero. A la cabeza de los peones, camino de la estancia, se siente como un caudillo al frente de sus hombres. Endereza el busto, y echa la mirada callejón adelante. En ese instante él ve, patente, cómo cruza, como pisándole el rastro, la sombra de su juventud.

Dispuso el trabajo, hombre por hombre, para la tarde, y se allegó a «las casas». El patiero corrió a desensillarle el caballo. Se quedó mirando cómo lo bañaba con la manguera, cerca del estanque. Pasó por el escritorio y se fue con don Diego para las habitaciones principales.

A esta hora la estancia está despierta, pero amodorrada. El calor de la siesta que se avecina, parece que embolsara el silencio. Don Venancio, después de asearse se puso pantalones y camisa blancos, y ahora se estira en un sillón. Don Diego ha preparado el cóctel y pone en la victrola una pieza, la cueca chilena que tanto le gusta a don Venancio. Una grata pereza se adueña de su cuerpo recio. Estira bien las piernas, deja la copa en el brazo del sillón y echa los brazos para arriba, sobre el respaldo.

Corazones partidos... yo no los quiero...

Él tampoco... ¿qué estaba pensando? A esta hora no debe tenerse lástima. Solo y fuerte, el campo es suficiente compañía para sus desvelos. Las obras que realiza, silenciosos, obedientes y permanentes hijos. No desea más.

Hojea los diarios que ha traído el chasqui de regreso. Toma un segundo cóctel.

Ahora, en un catre que parece más fresco con la sábana blanquísima que casi toca el suelo, de cara al techo, en el corredor de la casa, oye entre sueños ese vibrar de la siesta que es como oír vibrar la luz, tan esplendorosa y potente, que deslumbra. Hay que cerrar los ojos y dejar que el cansancio nos vaya tapando, como un agua que subiera, poquito a poco, hasta cubrir, no solo nuestro cuerpo, sino ese zumbar de la siesta y de la luz.

Con la primera ráfaga de frescura, el sol alto aún, pero inofensivo contra el sombrero aludo y la ropa blanca, ya está otra vez don Venancio sobre un caballo fresco, que sale de la sombra de los paraísos «bailando en una sola pata», hambriento de horizonte.

Se embarca la tropita de gordos en las panzudas chatas. Hay que firmar guías, removidos, certificados de baño y pasavantes... Papeles que la burocracia ha hecho imprescindibles... jum...

Tiene tiempo, antes de que se le vaya la tarde, de revisar las tropillas y de ver, con amoroso gusto, los potros que está haciendo amansar a su idea, con paciencia. Primero de abajo, a lo gringo. Después, sin corcovos, ni talerazos, ni golpes, ni tironeos brutales.

Por fin, piensa, va a tener «montados como la gente» en la estancia...

Y de nuevo estamos, como a la madrugada, en el escritorio, con luz de lámpara.

Don Diego anota el trabajo del día. El capataz da cuenta de lo que ha hecho

cada hombre, de los movimientos de hacienda, del pase de potrero a potrero. Mientras da el parte, don Venancio está ordenando, en su cabeza, el trabajo para el día siguiente.

Sale el capataz, chuciando sombras con las grandes espuelas. Bajo las primeras estrellas, al raso, don Venancio habla con su capataz. Una calma grave y espesa parece que fuera llegando de los campos inmensos. El aire se hace fresco y cariñoso de perfumes.

A esta hora los hombres se apartan del fogón, dejan el mate. Se sienten atraídos por la noche. Hay que salir a mirar el cielo —a estudiar el tiempo— a escuchar, sin saberlo, ese mensaje de la naturaleza que está cayendo en forma de rocío.

Después de suspirar ante la noche, podrán volver. Ya están purificados, y no lo saben. Esa tristeza que trajeron de afuera y que ahora se está ablandando junto al fuego, esa tristeza era el mensaje.

De a poco, vuelven las chacotas, y el sueño.

Es a esta hora que don Venancio empieza a sentirse solo en esa enorme casa silenciosa.

Sentado en, su sillón, se le ocurre pensar que está en el centro del mundo, pero como a mil metros de profundidad. Él puede sentir y adivinar que en el mundo, eso que llamamos mundo, ciudades y pueblos, la gente vive, se mueve, anda y ríe. Hay músicas, alegría de mujeres, muchachas de caras frescas y atrevidas. Casitas donde las familias rodean una lámpara. Enamorados tomados de las manos, paseando, calles llenas de voces de niños. Confiterías con orquestas, teatro, hoteles, cinematógrafos. Llenando ese mundo, mujeres y niños. Danzan en su pensamiento todas las mujeres del mundo, jóvenes, maduras, viejas y niñas.

Don Venancio se pasea. Intenta hablar con don Diego de cualquier cosa. Pero estos hombres no se entienden en lo fundamental: en esas necesidades del sentimiento y del espíritu, que requieren alguna afinidad social, de costumbres y de hábitos, y algún parentesco intelectual. La conversación que inicia, muere recién nacida.

Recuerda un verso, oído o leído hace mucho tiempo... Y pensar que en el mundo habrá fiestas, y quién sabe cuántas alegrías... Que andarán las mujeres jugando con el hambre de ajenos sentidos... Nosotros pegamos un tajo, nos dormimos, después, de aburridos.

Eso es. Pegar un tajo. Comer la carne sobre la galleta, allá en el galpón de los peones, o sentarse a la mesa de mantel pulcro y cristalería deslumbrante. La misma necesidad de la comida, triste y solitaria necesidad, sin calor ni alegría de mujeres o de hijos. Aquella mesa patriarcal de sus padres, nutrida y cordial, cómo la recuerda.

Bueno, piensa. Mañana al alba, se lavarán estas nostalgias con la luz rosadita de la madrugada y el canto de los pájaros.

Pero, mientras tanto, qué pesada tristeza lo envejece, y lo lleva a cortos empujones hasta el lecho, lo agobia, después, en la solitaria alcoba, y le pone una caricia blanca en los cabellos. Solamente que sea la luna que entra por la banderola entreabierta y le da un noble aspecto espectral a la cabeza yacente.

Los músculos de su rostro se distienden en el sueño. Adquiere un acento grave la expresión de su rostro dormido.

El rostro de un hombre dormido, por ahí, en un rincón del mundo, solo, solo con la angustia de su alma, abandonado a las mil contingencias de la fatalidad, a las mil acechanzas del destino...

2

La luz del amanecer, naturalmente, disipaba nostalgias, aventaba fantasmas y traía optimismos. Los malos sueños quedaban arrinconados en algún lugar en sombras, y el día se presentaba como un racimo de uvas maduras, que había que empezar a desgranar, glotonamente, una a una. El mundo era una fruta madura al alcance de la mano.

El mundo de don Venancio se llamaba Los Quirquinchos y tenía veinte mil hectáreas.

Ocho leguas de campo regularón, con mucho monte, con grandes bañados, con tacurusales. En un retazo alto, de tierras negras, don Venancio hizo clavar los arados. Aquel piquete bravo, protestador de espartillos duros y cardales, ahora está aseado y sometido por los colonos criollos. Veinte ranchos ponen su mancha decorativa en el paisaje, y veinte montecitos de paraísos, sombra y resguardo, salpican de verde la monotonía de las tierras domadas. Veinte cruces de pozos, se elevan sobre el campo y en ellos se ahorcan la pereza y la sed.

El esfuerzo, la fatiga, la ambición y la esperanza hizo caminos; levantó alambrados; volteó árboles salvajes, roturó, arrojó semillas. Ahora los linajes, los maizales y los manisales pelean por desalojar a los pastos nativos, y se afanan por robarle a la tierra virgen sus generosos humus y ázoes.

De noche se escuchan músicas de fonógrafos; hay bailes; visitas. No se ven más las luces malas de los relatos de fogón.

Piensa don Venancio en la notable transformación sufrida por ese pedazo de campo, y por las costumbres, allí, en la colonia. Todo es más fácil.

Aumenta la gente. Ahora se ven cristianos por los caminos, a caballo, en carro, en volantas y en autos. Un rosario de chicos en petizos y caballos bichocos llegan a la carnicería de la estancia a buscar la carne para los «colonos».

Por las mañanas, irá esa misma caravana rumbo a la escuelita próxima.

Realmente, parece que se viera como se va haciendo la patria. Una patria mejor. Claro, la de mañana.

Siempre parece mejor lo que vendrá mañana.

Pero, por otra parte, se puede ver, también, cómo ha aumentado el trabajo del hombre, y cómo el hombre se aprovecha en ínfima proporción de un trabajo rutinario. Esclavos de la tierra, estos colonos con toda su familia, no «levantan cabeza». Mujeres y niños, ahí van, por detrás de los arados, sembrando, o entre los surcos, carpiendo, o por detrás de las rastras, rastreando. Todos los días, todos los meses, todos los años. Arar, sembrar, carpir, cosechar; y vuelta a arar para sembrar, para carpir, para cosechar. Polea sin fin, a cuyo ritmo se han incorporado los hombres, las mujeres y los niños.

Y este esforzado esclavo de la tierra, tributario de todos, de nadie recibe un aliento desinteresado. Todo un sistema político y económico descansa sobre sus hombros, que por fortuna son robustos y acostumbrados al yugo.

Y bueno, piensa don Venancio, de todo tenemos que haber en el mundo.

Otro mundo se le presenta del otro lado del alambrado divisorio de la colonia. Ahí empiezan los pastos naturales, las cañadas y los montes. Grandes potreros donde pacen miles de vacunos, cientos de caballos y yeguas. En cada potrero, un rancho. El puestero. A veces, el rancho está a la sombra de un algarrobo. Un patio pelado. No se ve una planta forastera, ni un malvón, ni una cebolla. Tierra, nomás. Una tierra endurecida y lisa que la mujer, cuando la hay, barre todos los días con un manojo de escobadura o de carqueja. Este barrido detiene al yuyal, al pajal, que están ahí, cerquita, esperando un descuido para avanzar hasta las paredes de barro.

Más allá, un agujero en el suelo; es el pozo del agua. Cuando se saca el tarro con el agua, a pulso, tirando de un maneador, el agua sale colorada de tierra greda, turbia y espesa. En el tarro suben a la luz ranas, sapos, hasta alguna culebra. Jum... Gente descansada, esta gente criolla.

Una ramadita hace de cocina. Una ollita de fierro, una pava, gruesa de hollín, una trébede, dos o tres platos de latón, unos tarritos sin tapa. He allí la cocina. Sobrios y sin mucho que comer, sobran aún cosas.

De las tijeras del rancho cuelgan lazos, maneadores, un bozal; guascas, tienos y lonjas. Una tijera de tuzar, metida entre las «ampleas». Una alezna pinchada en las tijeras. Cueros y ponchos para dormir. Si hay chicos, algún cajón, que es cuna y coche.

Silencio. Ensimismamiento. Suciedad y pereza. Pero, ese hombre indolente para su propia comodidad, sobrio en el comer, parco en el hablar, sin ambiciones, sin esperanza en el mañana, de vida vegetativa, no se tiene lástima. No se cuidará en el trabajo, no ahorrará esfuerzos, no temerá fatigas. Con un oscuro sentido del deber, de la obligación, ahí estará, de día y de noche, haga buen tiempo o llueva, esté sano o enfermo, pronto para los trabajos más rudos, más diversos. Él no sabe de ocho horas, ni de domingos. Saldrá de noche aún, para llegar al aclarar a alguna parte; embarques, apartes, baño de haciendas, esquilas, cer-

deadas, domadas; o trabajos de a pie: cargar bolsas, estaquear cueros, carpir, hacer caminos, voltear árboles, y hacer postes, leña, horcones; o saldrá en un arreo, sin saber por cuánto tiempo; o tendrá que azotarse al río, en verano como en invierno; o ir de chasqui bajo un aguacero; o cinchar el auto de los patrones, meta lonja al sufrido mancarrón, o tendrá que armar una casa, y cavar pozos, o canales. Tan pronto de a pie como a caballo; haciendo trabajos de fuerza y de paciencia, y trabajos de habilidad. Hará bozales y cinchas, sobará guascas, lonjeará cueros. Labrará postes, o se trepará a un arado, a una canoa, a una trilladora, a una espigadora. Con el hacha y la horquilla, con el cuchillo y la pala, él cumplirá una infinidad de tareas, con el mismo impulso ciego y la misma habilidad innata; y en esa multiplicidad de aptitudes, cortará paja, amasará barro, carneará y todavía sabrá aligerar un parejero o alivianar un gallo, y curar la «enjudia» y el moquillo, y el animal «enmoscau». Sabrá de ovejas, de caballos, de vacas y de perros; de peludos y nutrias, de ñandúes e iguanas, de zorros y de garzas.

En el rincón del 1 está de puestero don Metrio. Lleva más de treinta años como peón en el mismo campo. Don Venancio le tiene cariño al viejo, pero como estas cosas no se demuestran, cuando llega al puesto le revisa prolijamente los bebederos y la noria, dispuesto a pegarle un reto si encuentra algo mal.

Don Metrio ha llegado del campo con dos cueros vacunos que vienen chico-teándole con las garras, los garrones de su caballo.

—Güen día, patrón.

Desmonta y abre la tranquerita para pasar al otro campo.

—¿Va pasar pal 3?

—No, don Metrio. Quería ver cómo está su aguada. No me le mezquine agua a las bebidas.

—No, señor.

Se apea don Venancio, y da unos trancos para desentumecerse. Don Metrio vive solo. El ranchito es una ruina. Saca una banquilla y don Venancio se sienta, debajo de un algarrobo. Va a tomar unos mates con el viejo.

Promedia la mañana. La luz es intensa. A lo lejos, sobre los pajales, hay como un temblor; retracción que parece caminar a ras de los pastos y del suelo, y que aumenta la sensación de calor y de silencio.

Con los primeros mates se desatan las lenguas. Don Venancio se interesa por la hacienda, por los caballos. Si no se adelgaza la tropilla; si engordan los novillos, si muere mucha ternera. Si está empastado el campo.

Todo esto lo sabe muy bien don Venancio, pero le agrada hacer creer a la gente que él sabe llevarse de sus informes y consejos. Así, piensa don Venancio, se preocupan más y se sienten más responsables.

—¿Tiene buenos montados, don Metrio?

—Y, regularones, don Venancio. Pa qué voy a desajerar. Eso sí, me aliveo con mi tropiyita.

—Y, ¿para qué? Déjelos que engorden sus pingos viejos.

—Y, ya que me loj almiten, también puedo darlej' un alce a loj compañía...

—Jum... ¿Y, cómo los tiene sin madrina, don Metrio?

—Tienen madrina, patrón. Lo que no tiene es cencerro, la madrina. Le via contar. Cuando era mayordomo don Pedro, no me supo querer dejar que tuviera la tropiyita en el campo, y tuve que yevarla al otro lau del 125. Sabía darle una güelta loj domingo, y en una de'saj, veo que la madrina había perdío el cencerro. Lo tuvo perdío al cencerro maj de tres años. Ya loj cabayo no la seguían a la madrina, pero loj dejé, nomás. Eran crioyos de puacá y no se me diban a perder. Truje un cabayito gatiiau, que usté habrá visto. ¡Qué cabayito, patrón! Andando en él, no sabía lo qu'era el tranco.

»Voy un día al 125, a revisar mi tropiya. Meta galope iba por el campo. En una de' saj... tarará... tarará... Ho, digo. Parece quian trompezau loj vaso. Miro, y veo briyar una cosa en el suelo, abajo... Un cencerro, patrón. El cencerro de la yegua madrina.

Hago sonar el cencerro haber si había perdío el tayido, y suena, patrón, el cencerro, y sobre el sonido, un relincho. Mi gatiiau.

»Hacia trej' año que lo había perdío la yegua al cencerro, y el gatiiau entuavía se acordaba.

»Me volví a laj casa. De vej en cuando, paserlo relinchar al gatiiau, lo sacudía al cencerro. De repente, un tropel por atraj mío: la tropiya.

»Ahura, cada vez que quiero mudar cabayo, hago sonar el cencerro dende aquí, de abajo de este galpón, y la tropiya se me llega sola.

»¿Lo ve al cencerro? Ayí lo tengo colgau.

Está bueno. Se levanta don Venancio. Lo mira al viejo, entre serio y risueño, y se va al tranquito, cortando campo, rumbo a la estancia.

3

¡Cómo me voy a olvidar, por ejemplo, de aquel ombú que teníamos para sombra de palenque... ni del negro Juan, que no sabía más que una sola mazurka en el acordeón... ni de don Panta...! Siempre recuerdo la voz grave de don Panta: virgen santa... tasá laj arma de ejte güen cristiano... jujujujujum... ¡viva la virgen... jujujujujum... reviente el diablo!

Estas cosas no se olvidan. Al contrario, se ahonda su recuerdo en nuestra memoria, al correr de los años, como se ahondan esas iniciales y corazones que todos hemos grabado en alguna ocasión en un tronco tierno.

Estamos conversando con don Venancio, en el corredor de la vieja estancia. Hablamos de hombres de Entre Ríos. De hombres y cosas de hace veinte años. De pueblitos... Villaguay, Federación, La Paz, Feliciano... Lindas tierras; hom-

bres gauchos; vida ruda y veinte años menos. Esta última circunstancia es, quizás, la que le da jugoso sabor a los recuerdos y tan lindos colores a los paisajes.

Montes de Villaguay, tupidos y altos. Palmares, los cuentos del coronel Velázquez, del comandante Goró, de pobres mercachifles turcos, perdidos para siempre en aquellos montes, con baratijas y todo. Osamentas humanas hama-cándose, después, en las copas de las palmeras.

El rastro de las balas en la torre del cabildo... la heroica defensa de Hermelo. En Federación, en La Paz, en Feliciano, en Concordia, los mismos recuerdos locales, que adquieren tanto relieve en el espíritu heroico de los entrerrianos, celosos de sus héroes, separatistas, parecidos a los catalanes en su patriotismo de patria chica.

Hogares tradicionales dispersos y empobrecidos, y el turco de ayer, y el gallego y el gringo, convertidos en relumbrosa aristocracia, que juega al tenis y tiene Club Social y le está dando fisonomía nueva, más moderna, a esos viejos pueblos. Hasta Paraná, pensamos, está adquiriendo el ritmo de Concordia. Apellidos extranjeros actúan con desenvoltura en las actividades sociales y pronto los veremos en los campos de la política... ¿Para mejor? Porque ahí está Entre Ríos, destacándose honrosamente en el escenario político del país, y basta leer los apellidos de sus gobernantes, diputados, senadores y ministros; apellidos de antiguo arraigo y de buena cepa criolla.

Muchos vascos, y en Entre Ríos no hay colonias vascas. En cambio, abundando colonias judías, rusas y alemanas no hay apellidos de estos, destacados en cargos electivos o públicos. Veremos qué acento imprimen los hombres de apellidos nuevos al ritmo regular de nuestra patria chica.

Don Venancio me escucha con aire distraído, pensando, naturalmente, en su juventud, tan feliz en el lejano Entre Ríos... lejano en el tiempo, nomás.

Seguimos tomando mate.

Yo le comienzo a hablar de un ombú que teníamos para sombra del palenque... de la mensajería de Tófalo que iba de Villaguay a Sauce Luna...

—Yo estaba, milagro, muy pobre en esos tiempos... año 17 o 18, por ahí era la cosa. Me había puesto a cuidar unas ovejas en Raíces Este, campo de Juan Puchulu... ¿no sé si conoce?... Ajá... Tenía veinte años, y los estaba desperdiciando... Cosas que ocurren... Como le iba diciendo, cuando pasaba la volanta, sabía llevarle un matecito a los pasajeros; viajantes, puebleros, alguna maestra... Yo era muy chambón en el campo. Por primera vez en mi vida me veía solo en eso que me parecía un desierto, una pampa, un chaco. El peón que tuve al principio, seguramente que me tendría lástima. Pero, ladino y sin hiel, en vez de enseñarme y facilitarme el conocimiento del medio y de los trabajos, me complicaba más las cosas y todo se le volvía difícil.

»Figúrese que un día sábado, el hombre se fue, como es costumbre, a “mu-darse”, y me dejó sin carne. Yo no sabía carnear. El domingo me lo pasé toman-

do café negro, con unas galletas más duras que las entrañas del tape, y estaba rodeado de ovejas y corderos.

»Menos mal que pronto la necesidad me hizo baquiano; la necesidad y el negro Juan, un vecino, capataz de Valdéz, que se apiadó de mi juventud. Con él aprendí muchas cosas. Hasta a silbar. Sí. No se ría don Venancio.

»Juan era muy aficionado al baile y hasta sabía tocar una mazurka en un acordeón de esos de ocho bajos, que llaman verduleras.

»“La cordiona”, decía, y parecía como que nombraba a la madre.

»Como a una legua de mi ranchada, vivía doña Pantaleona con dos hijas, grandecitas las muchachas. Y allí armaba los bailes mi amigo Juan, todos los sábados y domingos.

»Pasaba a buscarme, agatas se entraba el sol. Costeábamos la línea y enseguidita llegábamos. Yo me solía poner unas botas amarillas y unas espuelas grandotas de fierro, muy pesadas. Usaba camiseta de mangas a media asta, toda desgarrada por los espinillos; unas bombachitas angostas, de gambrona y un chambergo pluma, negro, de alitas cortas; un James Smart, al que le había puesto un barbijo de tientos de cuero crudo... Cómo sería mi traza...

»Llevábamos yerba, azúcar y un paquete de velas. Las velas las pegábamos en las esquinas de la sala; una sala de piso de tierra recién regada, con dos banquillas de algarrobo contra uno de los lienzos.

»La puerta de tablas sin cepillar; una ventanita; figuras de revistas pegadas en la pared. En un rincón, unos cajones cubiertos de papeles recortados como festones sostenían una jarra con flores de papel y un San Antonio. El santo de bulto de la casa.

»Las muchachas estaban recién peinadas, muy serias sentadas en una banquilla. En la otra nos sentábamos con don Juan, igualmente solemnes, después de haberles dado la mano y haberles dicho el clásico ¿cómo le va?, a las mujeres.

»Doña Panta traía un tronquito de ceibo y un brasero, y se ponía a preparar el dulce y don Juan comenzaba a hacer bramar su instrumento. Con verdadero placer abría y cerraba el fuelle, y al ratito, cerrando los ojos, reclinaba la motosa y pueril cabeza sobre su cordiona y se dejaba acunar por el compás monótono de la mazurka.

»Yo me levantaba y sacaba a bailar a mi compañera. Y empezábamos, meta trote, cruces y medias vueltas. Don Juan se dormía en su ejecución, así que cuando ya no nos daban más las tabas, teníamos que sentarnos, nomás. Y entonces llegaba mi turno.

»Como yo no sabía tocar el acordeón, me esmeraba en silbar un valse o una polca, y le llevaba el compás con las espuelas. Con esa música bailaba don Juan, con la otra muchacha, y así pasábamos la noche. Muy serios. Muy convencidos de que eso era un baile. Y aquello era todo. »Sí, señor. Doña Panta era una buena mujer y las muchachas trabajadoras y sujetas. Entre pieza y pieza, siempre la

misma mazurka y mis silbidos, tomábamos mate y hablábamos.

—Yo —dice don Venancio— me he criado en el campo y he convivido con los peones. Pude aprender sus habilidades y sus mañas. La habilidad y el desprecio por la vida, propia y ajena, me quedaron. Las mañas me las fue sacando el vivir civilizado. En mi juventud fui muy jinete, buen pialador y boliador. Para enlazar nunca fui seguro... pero, con las boliadoras, no tenía rivales. Como hijo del patrón, hasta los 14 años fui muy soberbio y entonado; pero me curó esos defectos un capataz que tenía mi padre en gran estima. Era su crédito. Todos los trabajos de campo estaban a cargo de don Teófilo. Él organizaba los apartes, paradas de rodeo y recogidas. Elegía la res para carnear, distribuía los caballos para nuestras tropillas; hacía amansar, esquilar, curar y marcar. En aquellos tiempos no se vacunaba, ni había mangas ni bañaderos para los vacunos.

»En un corral de palo a pique, se solían hacer algunos trabajos, pero los más los efectuábamos a campo.

»Para las ovejas teníamos un bañadero. Y allí, curando un día, recibí esa lección a tiempo, que fue la más importante que tuve en mi vida.

»Yo ya creía saber más que todos; y me desagradaba tener que recibir órdenes como un peón cualquiera. Le tenía un poco de envidia, también, a don Teófilo, tan sereno, tan hombre, tan conocedor.

»Yo, en aquel tiempo, me andaba saliendo de la vaina por demostrar que era tan hombre como cualquiera. Me tenían trastornado los cuentos de los peones, siempre de hazañas, de hombradas, como les llamaban a todas esas barbaridades usuales entre criollos. Que Fulano era toro y como luz para el cuchillo. Que Zutano le había acomodado un planazo a Mengano, en el medio de las guampas, y le había hecho coloriar las motas... toro, el hombre. Y la pelea del gaucho Alambre con el finau Ortiz, ánimas benditas, y cómo le bajó las tripas de una puñalada el rengo Martínez al tape González...

»Yo andaba con ganas de toparme con algún hombre guapo, a ver si servía, a ver si yo era, también, capaz y toro.

»Estaba pensando en estas cosas mientras, con un maneador, iba enlazando los corderos y las ovejas “picadas” de la sarna, para echarlas al baño, pero, distraído, y como nunca fui seguro para enlazar, vuelta a vuelta erraba y estaba haciendo perder el tiempo a la gente.

»Don Teófilo, que se había estado impacientando, no aguantó más y me pegó el grito:

»—¡¡Venancio!!

»Yo volví de mis cavilaciones: lo miré con extrañeza, y no le llevé el apunte.

»—A vos te hablo, mocoso de miér...cole.

»Ahí no más me le enargelé.

»—Más miér...cole será usted, gaucho atrevido.

»Y ya se me vino el hombre con un arreador trenzado en las manos. Yo refalé

el cuchillo y le hice pie. Pero, ¿qué podría hacer, tan tierno, contra un hombre maduro, serio, avezado a la lucha y a dominar? No hice nada, naturalmente. Es decir, hice un papelón tan grande delante de aquella gente, que hasta ahora mismo me da vergüenza.

»Como le decía, le hice pie y refalé el cuchillo. Pero no había alcanzado a darme cuenta de la situación cuando ya me sentí cruzado de un arreadorazo. Me hizo arder las canillas el chicotazo y me cegó la rabia. Atropellé, la boca hirviente de insultos, pero otro chicotazo que me abarcó pecho y espalda, me hizo recular más de tres trancos, y ya no me gustó la cosa. Pero metido en el baile y de vergüenza, volví a atropellar, y al tercer chicotazo, el dolor me hizo saltar lágrimas. Amigo, ahí estaba un muchacho, que se creía hombre, con un cuchillo en la mano, como si no tuviera nada; impotente, llorando de rabia y de dolor.

»De otro latigazo me hizo saltar, don Teófilo, el cuchillo de las manos, y se me vino encima el hombre, grandote y fornido; me apretó entre sus piernas de domador y empezó a cairme. Yo bramaba de rabia y pataleaba, pero el hombre seguía castigándome, sin rabia, pero con rigor. ¡Qué soba! Si ahora mismo siento, al contarle, como que me arden las asentaderas.

»Desde entonces, aprendí a respetar un poco más a los hombres.

Pueblitos de Entre Ríos, de Córdoba, de Santa Fe. Cada uno con sus historias, sus hombres pintorescos, su color peculiar. Quisiéramos volver a algunos, sino fuera que el tiempo, borrador de recuerdos, cambia el paisaje, cambia a los hombres, entierra el pasado y cuando volvemos a esos lugares de la juventud, nos encontramos solos, aislados y extraños, y tenemos la evidencia de nuestra vejez.

—O tenemos la suerte —me dice don Venancio— de encontrar algún hombre de nuestro tiempo, como me ocurrió los otros días en la colonia de Helvecia. ¿Usted conoce Helvecia, verdad? Lindo pueblito, que se derrama sobre un río traicionero, que lo va comiendo en cada creciente. Cuando recuerdo a Helvecia siento olor a azahares...

»Lo encontré en un camino a don Benito y empezamos a recordar... Amigo, nos hubiera oído. Nos atropellábamos a preguntas, hasta que don Benito comenzó a acordarse del tiempo nuestro. Más respeto, más desinterés, evidentemente. Los amigos se respetaban, y no había sacrificio grande por un amigo.

»Mi padre, me decía don Benito, usted sabe que fue amigo de Freyre. Entró a quererlo al hombre, de gusto no más, y lo ayudó con todo lo que tuvo. Cuando Freyre llegó en jira política a Garay, lo llevaron a mi padre para que lo conociera. Comieron juntos y hablaron mucho. Lo que dijeron yo no sé. En mis tiempos teníamos bigotes, amigo, pero no nos metíamos en conversaciones de los mayores. Lo que sí alcancé a oír fue que, al despedirse, Freyre, a quien le había gustado la franqueza criolla de mi padre, le decía:

—He tenido un gran gusto conociéndolo, don Rufo. Para los hombres como usted estarán las puertas de mi casa siempre abiertas.

—Muchas gracias, le respondió mi padre. Está bien: pero, la cosa es que estén las puertas abiertas y usted esté adentro...

»Lo eligieron gobernador a Freyre. Un día, verdadera novedad, recibe mi padre una carta de Cayastá. La leyó, la dobló y la guardó. Todos que damos preocupados. Y dice mi padre:

—Casiana... mañana me voy a Santa Fe.

—¿Cosa de gravedad, Rufo?

—No, hija. Asuntos de amigo.

»Nosotros qué vamos a andar averiguando. No era de gravedad, había dicho nuestro padre, y quedamos conformes.

»Papá fue a golpear la puerta de Freyre.

—Dígale al gobernador que Rufo López ha venido a saludarlo.

»Freyre, enfermo, en cama, lo hizo pasar.

—Me alegra, don Rufo, que haya venido. ¿En qué lo puedo servir?

—Yo también me alegro, gobernador. Era cierto. Golpié, y me ha hecho pasar. Y ahora, le voy a pedir un preso.

—¡Aja!... Bueno.

»Llamó el gobernador a un ayudante, le tomó a mi padre el nombre del preso, firmó una tarjeta y salió el mensajero. Al rato volvió con una nota.

»Cuando terminó la lectura le dice:

—¡Pero, don Rufo!... ¡Usted me pide un criminal!

—¡Oh!... le dice mi padre. Pero es que la gente buena no da porqué...

—Tiene razón, le dijo Freyre. Y mi padre sacó el preso.

»Cuando murió mi padre, la gente lloraba. Había muerto un hombre que sabía afrontar cualquier situación por un amigo.

Los bichos de luz vienen como señuelos de la noche. Todo el campo se llena de puntos de luz; unas lucecitas amarillentas, pobres, como luces de rancho.

Y ha pasado un día más sobre el mundo.

CUESTIÓN DE MAÑA

Como de costumbre, salió al tranco. Tenía por delante seis leguas largas, y no había por qué cansar el caballo.

Pero después que pasó el bulto de las casas de Naranja Dulce, le bajó rebenque al zaino. Le entró ganas de llegar oscuro al pueblo, y pasar por la casa de Domitila... Sí. Ver las casas antes de amanecer, y observar el movimiento, como diría don Pedro...

—Qué don Pedro... Siempre con sus macanas.

—¿Ansí que vamoj al pueblo? —le decía— cuando lo veía apurau acomodando el basto, ¿vamoj comisionauj al pueblo? ¡Vea qué manera de incomodar a los hombres!... y total, por un capricho de la patrona, nada maj que por un capricho... En tiempos del patrón viejo no se hubiera mandau un pión al pueblo pa comprar polvos y perjume... No faltaba maj... ¿No te parece, Nacho?

Pero a Nacho todo le parecía muy bien. Qué embromar, demasiau hinchaban el lomo día a día con la pidemia, meta cueriar y estaquiar, y además, ponga parar rodeo pa los baños pa no recibir com' un alivio esta comisión, que era un ir y volver, cierto, porque el capataz era corsario y sabía andar con el reló en la mano, carculándole a loj' hombres el tiempo, pero que de cualquier manera le dejaba un rato desocupau... Y además, así como de cruce, le podía hacer un dentro a la Domitila.

Nacho levanta el caballo al pasar la casa del gringo Marchi, y acomoda sus reflexiones al trote sostenido y rendidor del zaino. La noche es fresca, y las estrellas cabecean de sueño, porque ellas duermen de día, claro, después de haberse pasau toda la noche alumbrando. El camino bordea un arroyo a todo su largo. De la costa se levanta una neblina, un vapor medio pegajoso y húmedo, que pone en las crines del caballo como telas de araña, y en la ropa, gotas impalpables.

La senda, en la noche clara, se estira adelante como una cinta blancuzca, y a los bordes del camino de tierra, asombraus en las matas de pasto y en los yuyos, los pájaros hacen relumbrar sus ojitos como puntos de fuego.

Cuando entra por el callejón que conduce al pueblo, las barras del día co-

mienzan a coloriar atrás de los álamos de don Casaña. Un sopor de noche mal aprovechada envuelve al caserío. En los ranchos de las afueras, algún fogón ya está encendido. Algún islero, claro. Algún pión que trabaja en el matadero, seguro. Por las calles, los perros retozan y le hacen espantar el caballo. Algunas vacas echadas frente a los portones, delante de las casas donde estarán sus terneros enchiqueraos, rumían lentamente y no se incomodan. El zaino bufaba y se espanta, pero un sonoro lonjazo que le abarca desde el codillo al tronco de la cola lo endereza y calma. La casa de Domitila está envuelta por la sombra de los paraísos. Un gran silencio, apenas sacudido por el canto de los pájaros madrugadores, y algún ladrido, hace que los pensamientos de Nacho busquen amparo en imágenes cordiales, en escenas de movimiento o de alegría.

Si hubiera dentrau un poquito más tarde, a lo mejor ve luz en la cocina, y se arrima. Pero así, ¿cómo diantres va a arrimarse? La tienda quién sabe a qué horas abrirá... estos puebleros saben ser dormilones... y andar güeltiendo como zonzo tampoco es aparente... Al tranco rodea la casa, mira con los ojos grandes por encima del tapial, bichea como quien dice, pa todos los vientos, pero no alcanza a ver nada de lo que quiere. Y endereza pa lo del turco Ayú, el carnicero, que a estas horas estará tomando mate, o comiendo algún gran asau de potro, como suele acostumar... Le dará un resuello al caballo de cruce...

Una rueda grande rodea el fogón. En un sillón de respaldo alto, la cabeza envuelta en una toalla está el turco. La mujer, la hija, un criadito, los pioneros, una pareja de milicos de la recorrida, un viejo compositor y el variador que le está aliviando el tostau al turco, están prendidos al mate. Sobre la parrilla, unos cuantos kilos de carne se van asando, y unas achuras, ensartadas en un asador de tala, se van encogiéndose... Como mis ganas de volver a la Piojosa, piensa Nacho.

Le afloja la cincha al zaino, y se incorpora a la rueda.

—Rime, rime... —grita Ayú— rime esa gaucho —y le hacen lugar, con alegre cordialidad.

El mate encuentra en su mano calor suficiente pa no enfriarse. Mientras toma, observa el rostro de los contertulios, iluminado por las lumbraradas, desvanecido a ratos por el humito de la grasa.

—Che Nacho... —dice Ayú— ¿La sabe una cosa? La voló la prenda, parcero...

Recibe como un golpe en el corazón, pero disimula.

—¿Qué prenda? Avise, don.

—No la haga la sonso... Vea la gaucho di ahora... También... ¿Paqué deja la carne colgada bajito?

Nacho comienza a verlo todo turbio. Se le ocurre que los milicos lo miran con sorna. Se pone colorado. Pa disimular saca el cuchillo. Prueba su filo en la yema del dedo grande. Espera, ahora, que el patrón convide, pa cortar. Turco bandido. Así que la Domitila... ¿Y pande habrá agarrau? Uno de los milicos pregunta:

—Por un suponer, ¿el joven tenía algo con la Domitila?

Lo mira Nacho con rabia. Tener... Casi le contesta una barbaridá, pero piensa que es mejor hacerse el desentendido...

Ayú le contesta por él:

—La mocito anda meta rastrale la ala... meta güeltiarla... meta...

—No señor —dice Nacho—, eramoj' amigo, como quien dice. Sabía llegar, claro. Pero como tener algo, no tenía...

—Ah... —dice el milico—. Ya me parecía que un mozo como usted no iba a enderezar tan fiero, al meno, en serio, ¿no?

Todos lo miran. Nacho traga saliva. Sale del paso con cualquier cosa...

—A más, nojotro loj pobres, los pione, ¿no?, sabemos conformarnos con cualquier cosa...

—No diga. Cosas que le parecen nomáj, amigo... El hombre de trabajo siempre encuentra alguna güena mujer, pa tener que andar alzando cualquier garra...

Nacho queda cavilando. La muchacha parecía tan decentita... limpia... arreglada... cumplida... Abájese... Total, no lu' han de retar si llega un poquito tarde... No diga... es un parecer suyo, nomaj... ¿A cuántas le habrá dicho lo mismo?... Aja... Y lo largaba con las piernas flojas, y con rabia, porque no atinaba a decirle... Menos mal...

El día entraba entre las cosas. Cortó chiquito, pa no atorarse... y ya medio hizo como pa irse.

—Muchas gracias, señores. Ando en una diligencia, ¿no?

Y salió apurau, sintiendo la mirada de todos en el lomo.

Frente a la tienda estuvo un rato largo, esperando que abriesen. Tenía razón don Pedro. Miren que mandar un hombre grande pa comprar unas chucherías como si no tuvieran otra cosa que hacer. Y cansar caballo de vicio. Las mujeres, sean patronas o pobres, son las mismas. Caprichosas y enredistas. Mirando bien, no sirven más que pa dar trabajo a loj hombres. O pa llenarlos de vergüenza. Por eso él, Nacho, no sabía irse de boca atrás de cualquier pollera. No faltaba más. Mujeres hay muchas en el mundo, pa andar angurrientándose por la primera que se veía.

El gallego de la tienda, cuando lo vio, ya lo hizo entrar con mucha zalamería, y puro señor de aquí y de allá. Y antes de que hablara le comenzó a mostrar camisas, botas y bombachas.

—¿Qué le parece a ustés este corte y estas hebiyas?

—Y qué quiere que me parezcan... Parecen lindas, sí señor.

—Claro que lo son. Y el precio, verá ustés, más acomodau que este... doce y cincuenta. Y color firme, ¿eh?

—Así será, señor.

Cuando le dio un alce, le mostró el papel. Medio arrugó la cara el hombre, y al rato le entregó el paquetito, que Nacho acomodó en el bolsillo del cinto, y salió.

La fuerza de la costumbre le hizo pasar por la casa de la muchacha. De lejos ya vio a la madre barriendo la vereda. Ropa colgada en el patio...

—Adiós, Nacho... ¿Qué anda haciendo tan temprano?

Tuvo que sujetar y contestar a la señora con güenos modos. Qué culpas tendría la pobre...

Y ahí nomás se quedó con la boca abierta... Domitila apareció con un mate, y la cara iluminada...

—Oh... Nacho... —y le alcanzó el mate, bajándose hasta donde estaba el caballo.

Sol alto, vuelve entre una nube de tierra por el callejón, meta galope pa ganar tiempo.

De seguro que cuanto lo vea llegar el capataz va a echar mano al reló, y don Pedro, desde el estaquiadero, se va a enderezar con la mano en la cintura, y lo va a mirar con malicia. Ninguno de ellos se va a dar cuenta de todas las peripecias que ha corrido esa mañana. Ni de cómo estuvo pasando por disgraciau y sonso en lo del turco Ayú, que ya se las va a pagar, lo mismo que ese otro milico baboso, habladores al cuete... Porque todo ha sido un mal entendido, nomás, como le esplicó la moza. Ella se había ido con su primo, sí, paqué iba a negarlo, si era lo más natural. Estuvo en lo de su madrina, la madre del primo, y tía al mesmo tiempo, pa mayor respeto, ¿no?, apenitaj una semana, y ya la tenía de güelta... ¿Qué había de malo en eso? La gente de habladora, claro, algo tenía que decir, pero ella no era mujer pandarse emporcando con los de la mesma familia... Así dijo... Pa eso no iban a faltarle hombres, que había muchos en el mundo... Y lo miraba fijo, en la cara.

Él dentró a disculparse, y vaya a saber qué cosas habría dicho, la custión es que cuando se acordó la señora vieja lo estaba palmiando y le decía:

—Hace bien, Nacho. Ya tiene edad pa pensar en cosas serias. Y mija, no es por a ponderarla, ¿no? es moi de su casa, y será una güena compañera pa un hombre de trabajo como usted... Sí. Así jue la cosa.

Esa noche, cuando está en la rueda tomando mate, mientras la cocinera concluye de preparar el guiso, don Pedro le lanza algunas bromas, respecto a la comisión que Nacho realizó a la madrugada...

—El hombre cansó el caballo porque traía un bulto grande... así es la cosa... un bulto delicaio, por eso mandaron al pión más guapo...

—¿Algún tarro de veneno pal baño? —preguntaba alguno pa seguir la broma...

—¡Avisa!... pa traír un tarro e veneno hubieran mandau al marlero...

Don Nacho jue a traír una cajita e polvo... Y todos se reían.

Pero Nacho no los oía. Pensaba que las cosas no eran tan difíciles como pa-

recían, y que al fin y al cabo, la vida del hombre en el campo es moi perra pa pasarla solo. Una mujer es lo que necesita. Una güena compañera. ¿Qué es el hombre sin mujer? Un desgraciau como don Pedro, o un sin manija como Ubaldo o Crespín. Loj hombres serios están todos casaus... El capataz, el patrón, don Bauchi. Qué saberán del mundo estos infelices. Porque la custión no es alzar cualisquier garra del suelo, sino saber buscar. Claro. Y tener maña. Eso es. Maña...

CAVILACIONES

La pajarada está aturdiendo. También, a chillidos le viene parando rodeo al día, y ya las barras rojizas asoman como arriadas de atrás de los cercos del horizonte.

Con livianos pulsos me tiro del catre al suelo, y salgo al relente a ver cómo se van apagando las últimas estrellas.

Fresquita la madrugada..., pero ni envidia que le tengo después que zambullo hasta el cogote la cabeza en el agua fresca del pozo, recién baldiada. Goteándome las chancletas, enderezo pa la cocina. Hojitas secas y un puñau de charumscas ginetean un momento sobre el lomo del tizonero. Al primer soplido, que aventa la ceniza, aparece el ojo encendido del tronco que estaba aguardando mi aliento, tapado por el rescoldo.

Ahora comienza a silbar la pava, gruesa de hollín, mientras yo armo un fuerte y lo enciendo en el ñandubay viejo.

Al calor de las primeras brasitas arrimo el poro, para que se vaya templando... afuera la orquesta de los pájaros va despertándolo al mundo.

—¡Qué embromar!

Dejo el mate tibio, sin sustancia, arrimado a la pava y salgo de nuevo afuera, a pastorear el nochero, que por suerte está ahí nomás, cerquita, con los vasos relucientes y el hocico húmedo de rocío.

Lo salto en pelo y salgo a buscar la tropilla.

Cuando vuelvo acompasando el galope con el cencerro de la madrina, las barras del día se asoman coloriendo atrás del monte.

Hoy lo voy a ensillar al overo pampa, que es como resorte en las espantadas y tiene güena presencia. Sí, señor. Y ya lo tengo zapatiando en el palenque y haciendo sonar las narices en un remedo de galope...

Bueno, cuerpo liviano, ¡arriba!

Y ya salimos los dos con recelo. Yo, tantiándolo despacito con las espuelas, y la pampa haciéndose arco, lleno de cosquillas y con ganitas de desparramarme las pilchas.

Pero apenas salimos del guardapatio, ya somos una sola cosa, jinete y caballo, sin desconfianza ni recelos.

Huellita.

Huellita cavada y lisa, que va a la aguada, al rodeo, y se vuelve como cansada, para las casas.

Te sé de memoria. Sos como una cicatriz blanqueándonos el cuero. Sos como un hondo surco cavado por la costumbre en la memoria.

Soledad.

Áspera soledad que el olor a pasto, a tambo, a toro, exaspera. Sacudo la cabeza y le meneo un lonjazo al pampa, como si él tuviera la culpa ¿La culpa de qué? De ser pobres y ariscos.

Silencio. Mis miradas ansiosas van de los cangilones de la noria a las bebidas, y rebasando el nivel de este horrible desgano, rozan la punta del paraisal que está limitando el campo.

Allá, en la loma, quedaron «las casas» solas, tiradas, sin un ladrido, sin sombra, sin gallinas y sin plantas. Casa de hombre solo. Triste, sucia, inclemente, donde las horas son días y las noches son más largas que la pobreza y el miedo.

El perrito, que es campero, va retozando y curiosiando toda cueva y siguiendo todo rastro. Por ahí le rezonga el vizcachón viejo; de alguna cueva levanta una protesta de lechuzca con cría chica; más allá se trenza con una iguana que lo deja arrimar empacada para sacudirle mejor un guascazo con la cola. Salta el cusco a los gritos, pero como es aguerrido, vuelve a atropellar, los ojos encendidos de coraje y de rabia.

Me abajo y lo ayudo al pobre. Y decir —pienso— que ando igual que el cusco, un par de trenzas trigüeñas, atadas con cintas, y que hoy ricién es miércoles veintiocho de noviembre, pa más señas.

—Sí, señor. Es triste ser pobre. Si yo fuera siquiera mayordomo, no digo el patrón, si yo fuera el mayordomo, ya iría por ese callejón meta rebenque, y al ratito estaría abajo de unos naranjos, mano a mano con mi prenda, callau, mirándole las trenzas, la boca pintada, esas uñitas coloradas y esos zapatos encharolados que parece mentira que fueran compraus en la tienda... Ajá... Estaría...

—¡Güepa, miér...coles!

Estoy parado, con las riendas en la mano, y el pampa sacudiéndose entero, la cara sucia de tierra.

—¡Cómo miércole vengo y no miro la vizcachera!

—Sí, señor. Le estaría mirando el delantalcito rabón, con puntillas y letras bordadas, que parece una espuma... Porque mire que no es vida la del hombre solo. Mal comido, sucio y roto.

Uno llega a las casas, y parece como que le dijeran a uno: «salga ajuera, ¿qué viene a hacer aquí adentro, infeliz? Salga ajuera, mire el patio lleno de yuyos. Mire el piso de la cocina, lleno de cebaduras de yerba vieja».

Y uno sale ajuera; mira esa soledad. Allá al norte, se ve el vislumbre del pueblo. En el pueblo hay una calle llena de árboles y al final de esa calle una casita

rodeada de naranjos. En esa casa está una muchacha de trenzas trigueñas y la muchacha tiene la boca pintada, es verdad, y un modito de decir:

—Todita la semana me lo pasé esperando que llegara el domingo...

—¿Y por qué le gustan los domingos? —le pregunto, para oírle contestar:

—Porque el domingo me cai un regalo...

—Toditos los días serían domingo si usted quisiera...

Y ella queda cavilando. Cavilando, de seguro, en su pobre suerte de haberse fijado en un infeliz como yo, que no tiene más que una pobreza pa ofrecerle y un rancho por allá, por donde el diablo perdió el poncho, lejos del pueblo, de sus amigas, de la plaza...

Y esto me pasa —me digo con rabia— por mirar pa'riba. Por salirme de la güella. Igualito que recién, por no mirar el campo, vengo y ruedo. Solamente que de la rodada salí parado, con las riendas en la mano, y de esta otra caída tuavía estoy apretau, sin poderme safar. Y contento, esa es la cosa. Y contento de verme así por los suelos...

Voy saliendo del ceibal. Me rodea una nube de mosquitos y jenes, pero ni los siento.

Se ve la estancia cerquita, rodeada de paraísos y naranjos. Voy a dar el parte y a volverme, no sea que me quieran aprovechar en algún trabajo de a pie y me tengan todo el día acarriando basura o carpiendo yuyos.

Dejo el caballo contra el alambrado de afuera, rienda arriba, y ahora voy entrando por la avenida, y dejando una huella de puntitos en el suelo arenoso. Rastro de las espuelas, que tendré buen cuidado de sacarme en la puerta del escritorio, porque don Diego es delicado, el hombre, y hay que respetar el costumbre de los patrones.

Por suerte, no está. El escribano, un muchachón rubio, perdido entre unas bombachas anchas, de esas que llaman orientalas; la cintura delgadita, y las canillitas, mi dios, como el alambre sanmartín; bien arremangado el mozo, luciendo un relucito prendido al brazo con un tientito, me hace pasar, con malos modos.

—¿Trajo la cuero?

—No, señor. Vengo por la noria que no tira agua.

—Ah... ¿Le puso grasa?

—Sí, señor. Le puse.

—¡Nostá la mecánica!

—¡La mecánica!... gringo bruto.

Me quedo callado. He cumplido. ¿Qué voy a hacer si no está el mecánico? Ellos sabrán. A don Diego le hubiera dicho que la novillada acude despavorida y que las bebidas están secas... pero, para qué perder el tiempo con este mocito, con este gringuito mal arriado. Pido permiso y salgo despacito, me calzo las de fierro y me voy.

—¡Ah, pampa! A vos tampoco te gusta estar rienda arriba, ni atado corto, pero tené paciencia hermano...

El hombre debe ser hecho
a la buena y mala suerte
porque así la misma muerte
lo encuentra abajo de un techo.
El camino más derecho
también se suele doblar.
Más conviene mezquinar,
hacer poste y no palenque
y el hombre que usa rebenque,
debe saber castigar...

Lindo el compuesto. Solamente que, ¡qué vamos a mezquinar, si apenas vamos viviendo!

—¿Cuánto tiempo hace que ando con ganas de comprarme un lindo cojinillo, de talabartería, de esos curtidos, lanudo y bien peinadito?

—Como seis meses.

—¿Y las botas? ¿Cuánto tiempo hace que ando codiciando una botas amarillas, hechura como las de don Diego?

—¿Y aquel ponchito que vi en lo del turco Ayú, livianito y tupido?

Así quisiera llegar un domingo al pueblo, derramándose el cojinillo lanudo y haciendo lujosa mi montura marca B. Bien lustradas las botas amarillas y por delante, el ponchito.

Me abajaría, con el poncho en el brazo, y pasaría para adentro, más orondo que un dotor con mis prendas...

Y si pudiera comprarme esa sortija que quiere vender el capataz, entonces sí, con la sortija anudada en la golilla estaría hecho un manate. ¿No te parece, pampita?

¡Oh! Pero, ¿no es don Diego ese que viene al trotecito?

—¿Qué andas haciendo... Pedro?

—Vine a traírle el parte que la noria no tira, don Diego.

—¡No tira! ¡No tira! ¿Y no has aprendido, haragán de miércole, a acomodar esa bomba, todavía? En vez de andarte cruzando al pepe, deberías ponerte a engrasar la bomba... ¡Parece mentira!... Cuanto más se precisa el agua, se comienzan a descomponer las aguadas.

Y sigue el hombre rezongando, y yo, quietito, me dejo estar bajo el chaparrón. ¡Qué le voy a decir al hombre!...

—¡Y qué estás haciendo ahí, pedazo de bruto!

—Y, nada señor. ¿Qué quiere que haga?

—Y qué vas a hacer, claro... Andá, anda no más. En seguida lo mando a don Felipe. Espéralo para que le ayudés, y fijate, no seas abandonado. Fijate, a ver si aprendes.

—Sí, señor.

Y me vuelvo por el camino de siempre. Buen responso llevo encima. Cosa de no andar venado. Y decir que hay que aguantar lo que a uno quieran decirle, sin razón, porque uno es peón, no más, y el patrón siempre sabe, claro...

Si ganitas me están dando de hacerle caso a don Mundo, y meterles, nomás la chuza. Metérselas por desconsiderados. Y entonces sí me compraría las botas, el cojinillo y la sortija, y no me habrían de faltar unos pesos en el tirador. Total... repuntarle los novillos al rincón del cuatro y ayudarle a pisar los alambres... ¡bárbara cosa!...

Y ya me está gustando la idea y planeo lo que le voy a decir a don Mundo.

—Vea, señor, he estado cavilando en lo que usted me ha dicho tantas veces, ¿no?, y ahora vengo a acatarle. No es por el interés, don Mundo, no; es para darles un merecido a mis patronos...

Y ya le veo brillar los ojitos a don Mundo, que al fin va a tener entrada en este campo.

Y cuando llegue al pueblo y me vea mi prenda con tanta pilcha nueva y me agradezca el regalito que voy a llevarle... un frasquito de agua de olor y un pañuelito de seda... sí, es lo más aparente...

Cuando le lleve esos regalos, ¿qué irá a decir la muchacha? ¡Ajá!... esa es la cosa.

Y ya la estoy oyendo, patente:

—¿Te han aumentan el sueldo, Pedro?

¿Y yo qué le digo? Yo no voy a tener coraje para engañarla... ¡No faltaba más!... Voy a decirle:

—No, m'hijita. Hice un negocio y me acordé de usted.

Negocio... Va a mirarme la muchacha, ¡seguro!, va a mirarme y me va a conocer en la cara que le estoy mintiendo... ¡Ajá!... Va a conocerme en la cara. Y ya la estoy oyendo, como vez pasada, cuando yo me quejaba de ganar tan poquito y de no poderla traer a compartir mi pobreza.

—Lo de pobre no es nada, Pedro. Si el hombre es honrado, no importa la pobreza. Lo que no hay que ser es haragán. El hombre trabajador y honrado no es pobre, aunque nunca tenga un medio...

¡Y es cierto, qué embromar! Para qué quiero plata, y poncho y sortija... Para qué preciso llevarle regalos si lo mismo me va a dar su boquita para que se la bese y las manitos para que se las acaricie. Y la voy a besar contento, tranquilo, seguro de que nadie podrá abochornarme ni señalarme con el dedo...

Ahora estoy, al cabo del día, solita mi alma, tomando mate al raso, frente a mi rancho.

El pampa, a sogá, no levanta cabeza por no perder bocado. Frente al pozo hay un charco de agua... donde bañé el caballo.

Me miro las manos, sucias de grasa y alquitrán, que no tengo voluntad de lavarme. Mis pies están sucios, charquiados en los pajales... mis bombachas rotosas.

Apenas si tengo ánimos para cebar el mate.

Después pondré un pedazo de carne sobre las brasas y más luego, a tirarme sobre la tijerilla y a pensar en mis cosas hasta dormirme, hasta mañana al alba.

—¿Y cómo podés vivir solo, Pedro? —me preguntó don Felipe, mientras desarmábamos la noria. ¡Cómo puedo vivir solo!

Estoy pitando, de cara al techo. Clarita la noche, de luna llena. Bien techadito el rancho... seis picanillas a cada lado, y la cumbre... algarrobo negro.

Pueda ser que los zorros no me dejen de a pie...

—Qué embromar con don Diego... También, cuasi le hago una macana... Y se la hubiera merecío, sin duda, si no hubiera sido... si no hubiera sido porque...

CONCEPCIÓN VALDEZ

Grandes nubarrones tapan la puesta del sol. Allá, casi al ras del horizonte, sobre la oscura línea de los árboles, una larga bandada de patos comienza a agrandarse. Señal de creciente, piensa Concepción Valdez.

De los bañados que rodean el puesto se levantan con gran estrépito las aves, que van en busca de sus dormideros para pasar la noche.

Los vuelos llenan de dibujos el cielo oscurecido, y de repente cae la noche. Esa larga noche del campo.

Concepción Valdez se levanta de la banquilla de ceibo, labrada por sus manos. Una revista cae al suelo. La levanta y se queda un rato al raso, mirando el vislumbre de los pueblos, muy lejos. Las luces llegan con débil resplandor hasta dar un matiz rosado al cielo. Es la ansiedad del hombre la que las adivina, más que sus ojos, cansados de la larga lectura. Una lectura sin objeto; una empeñosa lectura con que ha querido llenar esa larga tarde de domingo en el puesto.

Entra al rancho y enciende un farol, cuya lumbre aumenta las sombras de los rincones, y proyecta largos espectros sobre las paredes blanqueadas.

El hombre se sienta frente a una mesa que aún tiene restos de la comida de las doce. Y se queda, de frente a la luz, con la noche a la espalda, y el campo oscuro prolongándose como una sombra larga de las paredes.

Él deseaba esta soledad. Es decir, no esta soledad, precisamente. Pero vean ustedes, si no tuvo razón cuando tomó el tren, en Retiro, y desesperadamente llegó al pueblo aquel, cuyas luces se reflejan sobre el cielo. Fueron dos o tres días de viaje, de proyectos, de sueños. Tres días de libertad, de mirar con los ojos abiertos esa magnífica llanura que iba atravesando. Campos de labranza; pastizales que nunca acababan; haciendas, hombres a caballo. Pequeños pueblos, tranquilos, recostados a la estación, pero concluyendo ahí nomás, cuando terminaban los galpones del ferrocarril. Hombres quietos, sin apuro, llegando en alpargatas a comprar un diario que desdoblaban lentamente y comenzaban a leer allí mismo, en el andén.

Casi en seguida salió para la estancia, y se metió en su nuevo trabajo. Al diablo oficinas y pensiones, y cálculos complicados en pareja. Cálculos interminables

que concluían en un más menos cero cero uno... Sencillamente ridículo, claro.

Al principio todo le llenaba de asombro y curiosidad. Los peones que llegaban hasta su escritorio a darle partes que él no entendía, sino a medias, y que después le acarreaban bromas del mayordomo, su amigo, verdadero patrón de ese feudo que era la estancia.

Esos hombres del norte tenían una suave tonada, dichos pintorescos, eran respetuosos y serviciales, pero siempre alertas, precavidos, llenos de reserva, contestando con medias palabras sus preguntas ansiosas... Ahora le da vergüenza esa ignorancia, esa disminuida situación de pueblero en aquellos grandes campos...

Años después, años que pasaron sin sentir, como un agua tranquila sobre sus recuerdos, pero borrando día a día, sistemáticamente, todo rastro del pasado, lo mandaron a este campo, donde está ahora. A poblar el campo. A ponerlo en condiciones de servir a la compañía. Trabajó con menos entusiasmo, pero dándose entero a la tarea, recorriendo a la par de sus hombres, alineando los postes, eligiendo el lugar de las aguadas, nivelando a ojo (a ojo, dense cuenta, él que hizo nivelaciones de precisión con un Zeiss de medio segundo) los canales, el desagadero del bañadero de hacienda, el plan de los estanques...

Elegió su tropilla. Se esmeró en su recado. Diez años. Quince años. La madurez le cayó encima de golpe, como cae la noche. Y lo encontró solo en ese puesto, una tarde de domingo, en que los peones se habían ido al pueblo.

Él estaba en la estación de nombre indígena, como aquellos hombres que veía con asombro cuando recién llegó de Buenos Aires. Había dejado el caballo atado al esquinero de la quinta del jefe. Y con el sombrero aludo en la mano, se secaba el sudor de su frente despejada, muy blanca, sobre el rostro enrojecido de sol. Cuando el tren paró, se arrimó despaciosamente a la ventanilla del vendedor de diarios para comprar lectura para toda la semana. Entonces la vio, es decir, vio dos grandes ojos verdes, llenando de luz un rostro pálido.

Caramba, era la primera vez que se le ocurría que así, con la barba de varios días, las bombachas sucias, las botas sin lustrar, podía aparecer más viejo de lo que era. Total, apenas tenía cuarenta años. Cuarenta años fuertes, curtidos, solitarios.

A Concepción Valdez le ocurría algo extraño. En Buenos Aires no se sentía a gusto. Todo le parecía falso, amanerado, sin contextura, y se le ocurría hacerse el gaucho, a él, que no conocía el campo más que por lecturas y lo sentía como un atavismo.

Y en el campo, después, todo le parecía áspero, fuerte, con olor salvaje, con gusto a soledad.

En la ciudad y en el campo fue un solitario. Pero él no se había dado cuenta de ello. Cuando retornó al seno de la soledad grande del campo, se sintió como esos chicos que encuentran a la madre que creían perdida.

Él encontró parte de su ser que los demás le invadían; pudo poner a salvo su intimidad, durante largos años, y así, encerrado en un mundo que apenas si contenía recuerdos, e indiferente a la vida personal de los otros, se dejó envejecer.

¿Qué conocía él de los demás? El hollejo, como decía Emilio. Apenas el hollejo.

Venía con caballo de tiro cruzando el último potrero para salir a la calle real. La noche estaba al caer. De las islas cercanas y del río que costeara ese campo, una vaporosa neblina de nacarados grises comenzaba a levantarse y a expandirse, permanecía en el aire, flotaba casi a ras del suelo y se condensaba, adquiriendo volumen.

De a caballo desprendió la cadena, abrió la tranquera y apuró la marcha.

Oscuro llegó al palenque. Fue su caballo el que primero notó los recados forasteros, espantándose.

Con cierto fastidio pasó a su pieza, pensando que tendría que aguantar la tertulia con los visitantes, en el comedor del mayordomo.

Le habían mandado un chasqui esa madrugada. Pensó que su amigo, solo como le solía ocurrir por largas temporadas deseaba pasar ese fin de semana en su compañía. Hablarían frente a los leños encendidos en la estufa, de ese mundo remoto en el cual ambos habían convivido, saborearían con fruición el whisky o la caña, y se empeñarían en no aparecer nostálgicos de ese mundo.

Por eso él tenía en la estancia principal una habitación con sus ropas y libros. Llegaba del trabajo en esas ocasiones o cuando tenía que ir al pueblo, y se transformaba en un ser civil.

Lavado y cambiado pasó al comedor de la estancia. Frente a la estufa, dos hombres y dos mujeres se dieron vuelta a mirarlo. Él no vio más que esos grandes ojos verdes y una gran angustia se adueñó de su espíritu. Hizo un gran esfuerzo para aparecer desvuelto y alegre...

—Del fondo de los bosques —le presentó enfáticamente el mayordomo— del corazón de la naturaleza, viene este hombre, señoras... Concepción Valdez, mi amigo y compañero...

Les dio la mano y torpemente balbuceó un saludo. Las mujeres lo miraban con despierta curiosidad. El mayordomo les habría contado, seguramente, su aventura, su misantropía, su actual soledad.

Los ojos verdes lo miraban de frente, con cálida simpatía, con algo de lástima.

Concepción Valdez sale esa mañana muy de madrugada sintiendo en la cara curtida el frío como una caricia. Su caballo va inquieto, quebrando escarcha con los vasos ágiles. Su basto es confortable. El poncho le cubre hasta la caña de las botas. Galopa de frente al callejón y sigue rumbo al pueblo.

El galope corto le va acunando recuerdos. Al principio es una sola idea. Poco a poco y a medida que el camino se alarga en esa senda que bordean espartillos y pajas bobas, un mundo de seres simples y de imágenes sencillas lo rodea. Pueblos... Siempre minúsculos pueblos, chacras o colonias, con sus pequeños pro-

blemas, su vida apacible en apariencia, llena de hondas tragedias y de angustias que se resuelven en la muerte. Hombres y mujeres y niños sin más porvenir que ese vegetar sobre la tierra triste, que ese envejecer tras cotidianas luchas.

El almacén sórdido, la cancha de carreras, o el club donde las mismas caras concluyen por odiarse, para los hombres. La iglesia y la retreta de los domingos en la plaza, para las mujeres. Esclavos todos de una apariencia de primeros planos, donde la perspectiva agranda los más pueriles detalles, quitándoles sentido y profundidad.

Sin embargo de lo cual él va, también, buscando ese destino. Apenas dos o tres años de juventud, a cambio de su libertad tan mal utilizada. Se entregará a ese sentimiento, pondrá toda su fe en este imposible, y pagará en seguida, como hombre que es.

Concepción Valdez está frente a una gran pila de papeles, quemando recuerdos. Ha hecho una gran fogata, en la que arden cartas, fotografías, flores secas, carillas que escribió en noches de insomnio. Quema su juventud.

En el fuego está destruyendo ese pasado simple de todos los hombres, que apenas si logra subsistir como letra u objeto y cuya destrucción material es definitiva, porque en realidad el pasado no existe, sino cuando nos empeñamos en recordarlo. En el fuego se está quemando su juventud. Y qué cosa pobre ha sido la suya.

Ardiente y tímido, ha ido regateándose hasta quedar casi mutilado. Ahora, como un gran campo abandonado, espera la presencia que le infunda vida, que le dé calor, que transforme en alegría y dolor su soledad.

Remueve con el pie el montón de cenizas que el viento de la tarde dispersa, arroja lejos, levanta en vuelos pequeños, hasta no quedar nada más que una mancha sobre la tierra negra. Mañana no quedarán rastros de esa hoguera, y la tierra, renovada, pisoteada, barrida por el viento y el paso de los hombres, estará, como siempre, virgen de pasado, pronta al porvenir, dispuesta a ser utilizada...

Esa noche Concepción Valdez está verdaderamente solo y desposeído, frente al farol de querosene. Él se da cuenta de que está verdaderamente solo. Esa noche, un hombre de cuarenta años, recupera por entero su ser. Ha nacido, puede decirse, maduro y fuerte; armado de experiencia, curtido como debe ser, y se apronta a vivir con conciencia. Sí, antes obedecía al imperioso mandato de su naturaleza. Ahora es su voluntad despierta la que le infunde vida.

Concepción Valdez recuerda que cuando quemaba los papeles, el viento de la tarde atenuó por un momento la furia de las llamas y algunas carillas a medio quemar, torcidas, la mitad blanca, con una cicatriz que avanzaba y se detenía en un halo de color yodo, volaron por el aire, rodaron sobre los pastos y se quedaron después, ensartadas, acribilladas de menudos puñales vegetales; aquellas palabras que se esforzaban por persistir; aquellas medias palabras que habían sufrido el auto de fe.

Recuerda también, así de golpe, que una vez, siendo niño, una gran tormenta azotaba la calle, y la lluvia corría tumultuosa, inundaba las cunetas, arrastraba papeles y pedacitos de madera. Él estaba asomado a una ventana baja y sacaba la cabeza por un desgarrón de la tela de alambre tejido que reemplazaba al vidrio. Caía la tarde. El ruido del agua al correr así, con furor de río buscando la pendiente brusca de las barrancas, le llenaba los oídos de una confusa música. Un hombre, arremangada las ropas, cubierta la cabeza con una bolsa, a pie por el medio de la enfangada calle, al pasar frente a él lo miró a través de la lluvia.

Entonces él se acordó de la madre y corrió y se amparó en su falda, presa de repentino miedo.

Su madre cosía, sentada frente a una mesa redonda que tenía una gruesa carpeta de felpa verde, bajo la luz de una lámpara de querosene. Él se arrojó en su falda y escondió la cara entre las ropas olorosas a vetiver, y se quedó dormido por muchos años...

Así piensa escapar ahora de su soledad.

POLONIO, BALCALA Y CÍA.

Al rayo del sol, como las iguanas, con la cabeza gacha, va el sargento Camacho haciendo sonar la lata de su machete policíaco en el pelado bastito patria.

Había concluido de churrasquear, y con la carne en el buche, tuvo que ensillar y salir, y esa siesta era brava como pocas. Pero para eso era «autoridá» en aquel norte santafesino, tan pródigo en hechos de todas layas.

—Estaría echando mi siesta abajo los paráiso...

El comisario le había ordenado:

—¡Sargento! Ensille el malacara y péguete pa lo de la Sulema. Aproveche la siesta pa revisar bien loj'hilo sobre el Amargo, y si encuentra la rastriyada persígala nomás y despué me trái las novedades que haiga.

—Ta bien, don Pedro.

Ahora va pensando:

«Pa pior el puestero del 1 es mi cumpa Polonio, y es siguro quel nomá lej'aparta a loj'gringo». ¡Pobre Polonio! Nostá bien, pero qué vaser el pobre con tanto hijo como tiene, y con loj treinta peso de la compañía, tampoco vaser milagroj' un hombre.

Pero como un sofrenón que le hacía recular la indulgencia, se acordaba de las «estruciones» del jefe, cuando le dio las jinetas, o las tiras, como dice cuando está alunado.

—Mirá, Camacho: a vos te viá nombrar sargento en el Saladero, cuando a mí me dean la jefatura, porque quiero tener un hombre de confianza, que no me vaya a echar en vergüenza con los ingleses, que son tan delicaus. Yo no es por decir, ni por aponderarte, pero creo que vos me vas a responder, y pa eso te viá nombrar, porque me respondas, ¿óis?

—Sí, patrón.

—Güeno. Te vas a portar bien con la gente, pero te vasaser respetar a las güenas o las malas, y al que nuande bien le vaj'a meter duro y parejo.

Piensa Camacho:

«Viá encontrar los rastros al fondo del monte chico, atrás del puesto e Polonio. Claro. Es la mejor crusada del Saladiyo Amargo pa salir pa loj campo de pajuera».

Siguiendo la huella marcada por los recorredores y la hacienda, junto a la línea, iba llegando, al paso arrastrado de su malacara, al monte chico de los ceibos. Encontró los alambres bien estirados, pero añadidos en los torniquetes. Se veían numerosos rastros, y unas vacas recorrían balando el alambrado, venteando para el arroyo, poco crecido, de aguas sucias y mansas, de orillas pantanosas, donde hubiera sido fácil encontrar el rastro de terneros y caballos. El sargento encontró el rastro en la playa, pero no quiso azotar su caballo. ¡Para que iba a perseguirlo!

Cerró con cuidado el alambrado y atravesando el 1 galopó para lo de su compadre.

Llegó sol alto, cuando estaban tomando mate en el puesto.

El cumpa Polonio ensillaba a la sombra de un paraíso. La comadre Juana le acarrea el mate desde la cocina. Una tropilla como de siete muchachos se entretenía pialando perros y gallinas, con pedazos de guascas y maneadores viejos, y ni los patos que cruzaban frente a la cocina se salvaban de los tiros de lazo. Gritaban esos muchachos como indios, y levantaban con sus juegos una terrible polvareda.

—Tésen quieta, pue, creaturas. Abajesé, compadre. ¡Juera, perro!

Y salió la comadre con un mate a esperarlo al compadre; que se apeó, ató el caballo al alambrado que rodeaba el puesto, y se vino, medio entumido del largo galope y molesto con la charrasca que le golpeaba las polainas, a juntarse con Polonio, que lo miraba llegar, pestañeando, con el sol de frente.

—Pase, compadre. Pase pa dentro.

—Pero, Polonio. No ves ques moi humienta la cocina pa serlo dentrar pa dentro al compadre. Más mejor vaser que se siente ajuera, al fresco. ¿No le parece, compadre?

—Ande quiera, comadre... ¡Qué calor, caracho! ¿No?

Polonio concluyó de ensillar. Arrimó un tronco y se sentó a la sombra, al lado del sargento. Pasaron un rato largo sin hablar. La comadre acarrea el mate. Llegaba secándose los ojos con una punta del trapo con que se había atado la cabeza, y de paso les rezongaba a los muchachos, que después de haber venido en fila a darle la mano a la visita, y a pedirle la bendición el ahijado, seguían «haciendo buya y no sabían portarse delante de la gente». Espantaba con grandes voces a los perros, cascoteaba a los pollos que venían a picotearle las espuelas al sargento, y con todos estos movimientos y voces procuraba hacerse notable.

Empezó a refrescar. Las moscas, en enjambre, remolineaban en la cocina, y en el patio quedó negreando una tira de carne colgada de una rama. El más gurí de los muchachos, metido en un cajón colgado de un árbol, manoteaba, desesperado, llorando. La madre le tapó la cara con un trapo, «pa que no le vayan a poner queresas las moscas».

Al fin, con desgano, habló Camacho.

—Ando en comisión, Polonio.

—A'ja.

—Vide la rastriyada... ¿No la vido usté, cumpa?

—La vide, cumpa. Esta mañana estiré loj'hilo que habían dejau flojo.

—Tan cerca, ¿no? ¿Y no sintió el tropel, compadre?

—No sentí, compadre.

Volvió el silencio a dejarlos pensando. Camacho se acordaba de su siesta perdida; del jefe; del comisario. Polonio sobaba la zotera de su vizcacha.

Los pastizales temblaban de sol, y los dos caballos mosqueaban con un blando chicotear de las colas, pateaban y manoteaban, acosados por las moscas bravas.

La mujer dejó el mate y se fue a lavar a las bebidas de la noria del puesto.

Camacho arrimó su banquito al tronco de Polonio, y lo habló, con misterio:

—Usté mestá comprometiendo, compadre.

—¿Yo? ¡Diande, cumpa! ¡Qué lo viá comprometer! ¡Faltaba más! ¡Tan luego a usté, compadre!

—Sí, Polonio. Vos sabés quién les sacó loj'ternero. Y yo viá tener que encontraloj, porque el comisario le malicea, y loj'inglese lo andan desijiendo al hombre. Séame franco, ma'j bien. Hábleme, que hablando se entienden loj'hombre.

—Pero... compadre. Me estraña...

Polonio se quedó cavilando si no sería mejor hablarle franco. ¡Qué lo iba a equivocar a Camacho! Camacho había sido como un padre para él y lo conocía con mirarlo. Pero no se animaba.

—Pa mí, compadre, que son los de Balcala. Yo andaría vigilando de noche, pero tenemo que madrugar a causa de la pidemia, que hay tanto cuero que cueriar, que, claro, me acosto temprano.

—A'já.

—No he sentío toriar, tampoco. Sindudamente han de ser baquiano, ¿no?

—Siguramente, a'já.

Camacho no sabía con qué cuento podría irle al comisario. No le gustaba hacerle una chanchada al amigo. ¡Qué compromiso!

Polonio se azotaba las polainas, sucias, de lona, con la zotera de su vizcacha.

«Me sospecha el compadre», se decía. «Le van a decir a loj'patrone que mechen pa que se conclugan loj'robo. Y ande viá dir, ahora. Tamién, ej'una macana andar apeligrando por tan poca plata. Viá poner trampa en el estero, más vale, pa estar tranquilo».

Como si le hubiera adivinado el pensamiento, preguntó Camacho:

—¿No nutrea, compadre?

—No, cumpa. Noj'han prvido que pongamo trampa, y a mí me sabe gustar dar cumplimiento y andar bien.

—A'já. Pero sería mejor que nutriara. Las nutria no tienen marca. Son orejana. Animalitoj' del campo, no tienen dueño. Loj'ternero eran también orejano...

Pero es mejor que nutrée, para remediarse. Y a má, estoj gringo no salen nunca al campo. ¡Qué le van a piyar laj'trampa!

—Lo viá pensar, compadre.

Se levantó el sargento. Se despidió, muy serio, de Polonio. Montó y pasó por las bebidas del puesto para despedirse de la comadre, y al rato no se veía más que su pescuezo largo y su quepi sobre los pajales, subiendo y bajando al ritmo del galope.

Al pasar por el pajonal de la punta del monte, tuvo que ladear la cabeza.

—La pucha... ¡qué jedentina!

Era tiempo de epidemia. Una nube de caranchos se levantaba al paso del caballo. El campo parecía fatigado de miseria y de peste. Los pastos reseco. El tendal de osamentas... Todo daba tristeza.

Llegó a las casas con sol bajo. Se presentó, sudoroso, al comisario y le dijo que había visto la rastriyada, los hilos remendados y que había estado con Polonio, quien, a su parecer, no había visto ni oído nada.

—Pa mí, questá inorante de todo, don Pedro.

—A'já. Es propenso. Paqué vamos s'aser mal pensau, ¿no?

Pero, al ratito, el comisario hizo ensillar y salió para el almacén. Lo pasó de largo, dobló en la primera bocacalle, y taloneó su caballo. Cuando llegó al Amargo, era noche cerrada.

Polonio salió detrás del sargento. Dio un vistazo al estero grande y de ahí se fue a lo de Balcala. Le dijo que no le iba a echar más las varas al rincón del 1. Que le desconfiaban, Que no le convenía andar metido en líos por tan poca plata.

—Discúlpeme, don Balcala. Pero he pensau que mejor que dejemo.

Balcala, que acarrea los terneros en carreta hasta los campos del fisco, una vez que vadeaban el Saladillo, ya tenía en el corral los caballos listos para la faena de esa noche.

—Ya questamo en el baile, bailemo. ¿No te parece? Pa eso somoj'hombre.

Pero Polonio se resistía, con la esperanza de que Balcala le diera más de dos pesos por ternero.

Don Pedro, el comisario, se fue arrimando al rancho de Polonio, con miedo de que su caballo relinchara cuando enfrentó a la tropilla del puestero, que estaba pastando a unas cuadras del rancho, cerca del montecito de ceibos.

Lo ponían medio nervioso los gritos de los teros, que iban llevando la alarma a través del campo, pero cuando ganó la isleta, y se puso al reparo, quedó *tranquilo como la liebre*.

«Mal oficio este de ispiar», pensaba. «¡Pero qué viá ser, caracho!».

Todo estaba en silencio. Un silencio triste, agujereado de ruiditos y chillidos. El rancho de Polonio, recortándose sobre un cielo tormentoso, ofrecía un costillar flaco e hilachiento a la mirada curiosa.

Nada más. Pasaban las horas. Ya le dolía el pescuezo y la vista al comisario

de tanto mirar fijo por sobre el recado, cuando vio salir un hombre a caballo, al tranquito, de atrás del rancho. El hombre iba pitando, y más ganas de fumar le daban a don Pedro. Montó con cuidado, despacito, y cuando pasó Polonio, atravesó la isleta derecho al rincón del 1, con rumbo a lo de Balcala, y le bajó rebenque al zaino viejo.

La faena de esa noche salió fácil. Arriaron los terneros junto con las madres, que pasaron tranquilas el portillo abierto en el alambrado, balando los animales y enredándose en los hilos. Apartaron las madres y volvieron a cerrar el portillo. Los terneros, contra el alambrado, balando y porfiando hacia las ubres, podían ser fácilmente enlazados, volteados y cargados en el carro, donde los maneaban de las cuatro patas, a lo *chancho*. Recogieron diez mamones. Polonio cobró veinte pesos y se fue para las casas.

—De esta le hice la cruz, compadre —murmuró en descargo de su pobre conciencia—. Esta es la última, compadre, se repetía mientras iba perforando con la luz de su pucho la noche negra, silenciosa, opaca y hostil.

Cuando Balcala llegó a su rancho, serían como las dos de la mañana. Pensaba tomar unos mates, churrasquear y seguir para San Pedro, donde echaría los terneros a un piquetito de un amigo de esos pagos, que le solía prestar su marca. Marcaría los terneros y los dejaría en inverne, hasta que llegara el momento de llevarlos al abasto.

Pero cuando entró a la cocina, ¡Dios santo!, lo topó al comisario que estaba yerbiando, como en su propia casa, y que lo saludó muy cumplido.

—A güen tiempo, amigo. Güenas noches.

—Chas gracias, don Pedro. Güenas noches.

—¿Y diánde sale tan tarde y en carro?

—Y... anduve haciendo unaj' costanera en el monte. Se miso tarde y me quedé a churrasquiar con Polonio, y después me vine cargau, dispacio, pa no matar tanto loj cabayo. ¿Y usted, anda en comisión, comisario?

—A'já. El mayordomo e La Sulema se me anda quejando de que le roban terneroj. Pa mí que le andan dejando loj pione loj cuero en loj pajale, y él le culpa a loj vecino. ¿Quién les vandar robando? Pero yo quiero cumplir y asigurarme.

—Natural. ¿Quién les vandar robando? Y aura questá tan delicada la autoridá.

—Moi cierto. Y por mí no haga ningún cumplimiento. Si piensa desatar, desate. Yo viá esperar a que aclare pa irme tranquilo, a ver si mañana me salen con que lej han vuelto a cuatreriari. De aquí se ha de oír fácil cualisquer movimiento en el 1...

Siguieron tomando mate, que ahora cebaba Balcala. Estaba este cavilando cómo diantres iría a salir del paso. Se le hacía cuesta arriba dejarse agarrar así, tan sonsamente, con el cuerpo del delito. Y ni pensar en peliarlo al hombre, así, sin rabia. Si al menos tuviera algunaj copas encima, tuavía era capá de pegarle un planazo y dejarlo dormido al lau del juego, mientras él se iría a llevar loj ter-

nero. Pero, ande iba a dir el pobre que se desacatará a la autoridad... Tendría que dejar el pago, rumbiar pa la otra oriya y andar alzau común gaucho, pasando hambre y peripecias.

Don Pedro me lo estaba mirando, más bien con lástima que con enojo. Él también era criollo, y empliau, y pasaba sus épocas malas, de estrecheces y de vergüenzas, porque era medio aficionado al juego y al trago, y el sueldo y las coimas no le alcanzaban para darse el lugar que él creía merecer. Y, además, la política. Él tenía que cuidar su puesto, ganando las elecciones en su distrito, y para eso tenía que ser generoso y gaucho con el paisanaje. Pagarles las copas en los boliches y alcanzarles, de vez en cuando, algún rial pa que no anduvieran cortaus, haciéndose mala sangre.

Si lo detenía a Balcala, que al fin y al cabo era hombre con hijos mozos (cinco votos los Balcala) y dueño de algunos animalitos, de modo que el hombre iba a encontrar enseguida un abogado que lo sacara bajo fianza, lo tendría que jorobar también a Polonio, un infeliz, cargau de hijos chicos, siempre de la cuarta al pértigo. No era lindo, no, andar persiguiendo a estas gentes, amigos seguros en las elecciones, y hombres capaces de cualisquer barbaridá si los andaban cargosiando. Y, al fin y al cabo, ¡qué gran cosa era pa la compañía unoj terneros más o menos! Demasiado tirana quera la compañía con los piones, que niun cabayo propiedá les pelmitían tener en sus campo, ni una triste vaca. Y además, si se creían que con treinta pesos y un soquete e carne iba a vivir la gente, que amás tenían que sepultarse en unoj ranchos miserables, sin bomba pa tomar agua limpia, ni siquiera un horno pal amasijo. ¡Que se jo... robara, nomá, la compañía! Él no iba a perder suj'amigo, que al fin eran crioyos, pa'ser quedar bien a unos gringos que ni sabían andar a cabayo, ni eran capacej de cuidar sus campoj.

En eso se sintió balar un ternero, y otro, y otro, y va empezaron a hacer un barullo grandote los guachos en el carro. Balcala sudaba tinta, y don Pedro, alerta, no sacaba la mano del bolsillo, empuñando un 44, por las dudas, no se le quisiera desabordinar el hombre, al verse descubierto.

Pero, como la situación no podía sostenerse por más tiempo, y don Pedro va se había resuelto a ser generoso, lo encaró a Balcala con franqueza.

—Vea, Balcala. Usté y el amigo Polonio me han comprometido muy grande. Si a los ingleses lej siguen robando, tuavía me van a hacer saltar pa'arriba. Así que hagalon por mí, que demasiau gaucho soy con loj'amigo. Vaya, nomá, por esta vez, antes que aclare, y lleve esas costaneraj. Y pasau mañana dése una güelta por la comisaría, porque he estau pensando que, como Camacho está medio vejancón pal servicio, le viá pedir al jefe que me lo nuembre sargento a usté, a vir si desteterminamoj con robos y abusos, si Dios quiere.

—¡Ah, don Pedro! ¡¡Si había sío hombre gaucho usté, don Pedro!! Así dan gusto las polecías. Y sí, lo viá acompañar, cómo no, pa'ayudarlo a ajuyentar a tanto pícaro como anda por áhi. Y no me he de olvidar de este servicio.

Y así fue como se concluyeron los robos en aquellos pagos. Polonio adelantó bastantito con las nutrias; compró caballos; changueaba afuera, con licencia de la compañía.

Balcala fue un sargento sin sueño, que siempre estaba al ladito del lugar donde a algún mamao le daba por reventar un tiro o pegar unos alaridos.

En el camino de las carreras sabía hacerse respetar del paisanaje, por su modo comedido y sus abundantes razones. Hay que respetar pa' que respeten; y hay que ser amigo del amigo, o a mí me fastirea que se hagan las cosas mal sin necesidad, de puro vicio, y otras máximas, reflexiones y sentencias por el estilo.

De manera que una vez que obtuvo esa fama de hombre sereno, de consejo y despierto en el peligro, el criollaje procuraba andar bien con él y nadie le tenía inquina.

A veces, medio encañado, le daba por hablar en los boliches.

—Nu'ay como la conducta, muchachoj, y el cumplimiento. El hombre honrau ande quiera anda con la frente descubierta y vaser mirao y respetao de la gente. Naide lo vandar mostrando con el dedo, como le pasa a ese «gayina», marcau pa toda la vida a causa de una bolsada de aves ajena.

Con el correr del tiempo, ya se empezó a decir, para recomendar a alguien:

—Es güeno el hombre. Anda bien con la autoridá y don Balcala no ha tenido nada que decir del hombre.

De vez en cuando se quejaba algún colono vecino de que le faltaba un chanchó, o varias gallinas. Pero hay que considerar que Balcala estaba repunau de la carne e'vaca, y claro, tenía que buscarle un alivio a sus riñones de bebedor. Y además, don Pedro también quería, el pobre, tener algunas aves y por esas distracciones no se iba a jundir ningún gringo.

UN PAREJERO

¡Qué día, amigo! Y en esa mensajería quera la vida perdurable... Habíamos salido al aclarar de l'Helvecia y a los once y media íbamos por ese cayejón del cementerio de San Javier, meta chicote, entre una nube de tierra y de mosquitos...

—El camino de la costa, tampoco era abovedau, ansí que cuantito repuntaba el río, ya se anegaba el Laurel y había que cruzarlo en canúa o en bote, y después chapaliar barro hasta el Saladero. Pero aquel día era pior. Tiempo de seca, de río bajo, de grandes calores.

Para el lau del norte se estaba armando una tormenta que daba miedo mirarla... papior andaban las voces de que iba a venir un ciclón, y vaya a saber cuántas disgracias encima. Ansí que apenitas lo despacharon a Merendemo en el Correo, ya le pegó de vuelta. Salimos con el rigor de la siesta y con la tormenta levantándose por encima de nuestras espaldas, y ya le comenzamos a pegar pal sur. El volantero tenía postas cada tres o cuatro leguas y ahí era, únicamente, la demora, porque cuando no se habían perdido loj cabayo, el muchacho no había podido salir a campiarlos, o «lo teniamo en el piquete chico y hoy amanecieron restrozau loj' hilo». La cuestión es que en dos o tres postas tuvo que salir el propio mensajero a campiar sus yeguas y por culpa de estos tropiezos nos íbamos demorando y la tormenta por atrás de nojotros cada vez más fiera, no nos daba alce. Con ser que, en cuanto mudábamos, le metíamos galope y entre el ruido del chicote y loj gritos, la volanta parecía que quería volar por esos campos. Cuando llegábamos a la otra posta, las yeguas estaban en un solo temblor, amigo, y blanquiando de espuma. Ansí veníamos, como le digo, disparándole a la tormenta y apuraus por yegar con el sol a l'Helvecia, cuando yegando a la puerta de San Joaquín, se nos presienta un mocito, charcón el mozo, y noj hace parar:

—Che, Medendemo, ¿no sabes ande poderla conseguir un poco e maíj blanco y una bolsa de alfa verde?

—¡Pero la pu...cha que te tiró!... ¿No ves que voy apurau por la tormenta y vos venís y me preguntás estas sonceraj?... ¿y pa qué miércule queré maíj blanco y alfa verde?

—¡Y, pal bayo, puej! Si no yuevé tenemoj carrera mañana...

—¡Oh!, y si lo vas a correr mañana, ¿pa qué querés ahura ración? ¿O pensás correrlo yeno?

—Mire, amigo —le contestó el hombre, que resulta quera el compositor— cada cual por su cada cual... ¿No quieren ver el cabayo?

Ya nos olvidamos de la tormenta y todo, y noj abajamo. Unos viajantes quiban de pasajeros, medio arrugaron la cara, mirando unoj baúle que venían en el techo de la volanta. Si los agarraba la yuvia los iba a ser sopitas...

Pero pa hombres crioyos como nojotros, ¡primero los cabayos, amigo!

Caminamos por entre de un yuyal como una cuadra; cruzamo un alambrau y yegamo a un ranchito. Abajo de una enramada estaba el bayo.

A mí me parecía ético, sumido y como dejantau el cabayo. Y le dice Merendemo al mozo:

—¿No te parece questá medio pasau de estau este cabayo?

—Como pasau no está pasau... Medio se niega a la ración, por eso quería darle l'alfa verde...

—¡Jum!... ¿No será que te lostán embromando loj mosquitoj?

—¡Qué lo van a embromar!... Noj pasamo la noche enterita con el pión, espantándole las sabandija. La noche en blanco, pantayándolo y haciéndole humo...

En eso cayó un muchachito que sabía tráir el volantero de marlero.

—Don Merendemo, dicen loj hombre si no vamoj a seguir que ya se viene el tiempo.

—¡Oh, tamién! ¡Gayegos de miércole! Vaye y dígaes que si están tan apuraus que sigan a pie. ¡Qué caracho!...

Salió carpiendo el muchachito y nojotro dentramos a viriguarle al hombre que por cuánto corría, si eran dos o tres libres y si no estaba moy caliente el cabayo. El hombre nos mostró una manta y nos dijo:

—L'hicimos un coserele al cabayo, ansí questa noche lo tapamo con el tapau, a ver si podemos dormir tranquiloj...

—¡A güen tiempo venís a hacerle el tapau, el día ante de la carrera!...

Ansí seguíamos, lo maj entretenidos, cuando en una desaj, sopló la primera ráfaga de viento y ya escureció que nilas manos se veían y ya atropeyamos tamién, pal lau de la volanta. Agata la encontramos entre las nubes de tierra que levantaba el temporal. La suerte que las yeguas estaban viento abajo, ansí que se habían quedan quietaj.

Los gayegos estaban maj' asustaus que perro en cancha de bochas, y pior cuando dentramoj a disparar por entre esa escuridá, meta lazo y grito, y a los barquinazos la volanta vieja, por ver si yegábamoj a la otra posta ante que comenzara a diluviar.

Pero cuando ha habido una seca grande, el tiempo se pone duro pa yover, ansí que caiban rayos, soplaba el viento y bramaban loj truenos, pero no se vía ni una gota y ahí íbamo, amigo, con el Jesús en la boca, a los quejidoj la volanta

vieja de tanto cimbrón, cuando en una desaj, venimo y noj estreyamoj un pozo que habían sabido cavar los gringo pa sepultura de la mosquita... se hizo un enriedo de hombres y animalej, y sobre del golpe y del baruyo comenzó a diluviar... ¡Qué modo de cair agua, amigo!

Yavía a baldej, y andábamos nojotro por entre laj yeguas desatando tiros y pecheras, y los gayegos renegando y buscando loj baule pa meterlos abajo de los toldo. Los baules medio se habían defondau con loj golpes, y loj hombre creiban, sin duda, que con renegar de Dios y de todos los santos, se iban a calafatiar los cosereles esoj.

Güeno, después de porfiar como locos, acomodamos las yeguas, la paramoj' a la volanta y principiamos a reparar los desperfectos.

La lanza, partida en tres mitade; un eje roto y una yegua con el costiyar colgándole como goliya. El pobre animal se había atracau abajo el ejtribo. Güeno, sacamos un palo e sauce de la liña del telefo, lo labramo con el hacha y ya tuvimo lanza. Cortamo un hilo del alambrau y asguramoj el eje. Y a la yegua no le cosimo el costiyar porque no teníamos auja. ¡Porque así como lo crioyoj' amigo! Noj sabemos remediar ande quiera.

Acomodamo bien loj baule de loj gayego adentro de la volanta y todoj nojotroj noj apretamo en el pescante, y seguimo al tranquito, bajo el agua, hecho unos disgraciaus, que daba lástima mirarnos.

Los viajantes dentraron a renegar del tiempo y de que iban a perder el vapor, y de que se les habían mojavu los mostrarios, y uno de eyos se quejaba de un dolor en los cuadriles que casi se saca del golpe.

—¡Tiempo maldito! Vea cuántos perjuicios —le decía un gayego a Merendemo—. Nosotros perdemos la combinación de mañana y casi todo el muestrario. Usté una yegua, un eje roto y vaya a saber cuántas encomiendas averiadas, y riendas y cabezadas rotas... ¡Qué picardía!...

Y dice el volantero:

—Esto no es nada, amigo. La carrera de mañana perdida... ¡Tiempo de miércoles!... Hubiera venido el ciclón pasau mañana, maj vale.

Se miraron loj hombre, y seguimo, al tranquito, chapaliando el barro.

EL CARAHÍ POTRO

Sí. Estoy trabajando con don Tiófilo. ¡Hum!... ¡Ej un hombre, amigo! Lo que sí, ni parecido al que supe conocer en la viya, hace una punta de años. Los hombres cambian, ciertamente; yo también estoy viejo... ¡pero laj mañas, amigo!... Si a veces, principalmente esas mañanitas fresconaj siento como que se me quieren apotriyar los caracuces, y me enderesco pa salir pa juera, y entonces rición la vejé me tira de los cuadrile y me hace acordar de los años...

Pero si usted lo viera conocío a don Tiófilo en aqueyos tiempos de ante, güen mozo, calavera, aficionau a los baruyos, sin cruz en el mate, y lo ve aura, tan respetoso que hasta aúna criatura la va a respetar si mal no viene, pensaría como yo que este hombre tiene que haber sido golpeau moi juerte.

Le viá contar como eran esos tiempoj' antiguo.

Uno, quera pobre, trabajaba la semana de punta a punta, dende que salía el lucero hasta la nohecita, lidiando con esas haciendas bravas... por entre esos montes tupidoj, ande dejábamos en hilachas la ropa... Había que boliar y enlazar pa curar a campo, pa descornar, pa marcar, pa capar, pa desabrojar, pa carniar... Todo el santo día meta lazo y bolas.

Alambraus casi no había. De estos maquinarios di áura, ni rastro.

Laj' estancias eran unos ranchos pelaus. Las argoledas eran ñandubaizales. Más pa el interior de adentro, pa los laus del Federal, habían los palmares.

Los pione ganábamos ocho pesos, pero la paga rendía, sí señor. La yerba, ¡y qué yerba, amigo!, valía treinta o veinte el kilo, como quien dice, doj o tres riales. La azuca dos riales. La ropa... la ropa no valía nada. Los percales y zara-zas, rial y rial medio el metro... y qué trapos, amigo. Todos floriaus con rosas y pensamientos. Las mujeres lucían unos vestidos voludos y anchos y yenos de güelos y firuletes... Aura usted las ve, a las pobres, por culpa que están caros los géneros, con unos vestidos rabones y apretaus como aniyo e casamiento...

La caña, laj' alpargatas, el tabaco, todo era tirau, ansí quel hombre andaba bien empilchau y algún rial siempre tenía, y todos andábamos yenos porque la carne no se mesquinaba como aura.

Loj padres de don Tiófilo, ánimaj benditas, eran personas afincadas, con

campo y vacaje como pa tirar pa'riba, y él le sabía ayudar al padre y trabajaba a la par de cualesquier mensual... ¡Qué cabayos sabía tener, amigo! Güeno... en aqueyos tiempos cualisquier infelí tenía su güena tropiyya, amansada y entaulada por él mesmo, porque el cabayo era el lujo del crioyo.

Los domingos y fiestas grandes nos sabíamos pasar el santo día o la semana, asigún juera la fiesta, en el boliche de Ayú, un turco moi servicial y gaucho el gringo. Y lo que son las cosas... Ayú es el dueño, hoy en día, de todos esos campos que liban a tocar a don Tiófilo...

Daba gusto ver, amigo, a los hombres divirtiéndose tranquilos. Unos chupando y contando cuentos. Otros jugando a las barajas, o a la taba y no faltaba alguno que agarrara la guitarra y cantara. Claro que a veces sabíamos encontrarnos con troperos o gentes de otros pagos, y naturalmente, algún desacuerdo sabía haber, y algún cortau, pero eso también venía bien pa probar los niervos, cosa de no haber aprendió a vistir al pepe, disculpando la palabra. Estas eran nuestras diversiones y en ucasiones, ralas, algún baile, pero pa loj bailes sabíamos ser medio chúcaros y pa sacar una dama o dentrar al redondel dábamos más güeltas que sebo e tripa.

Vino a aumentar las diversiones una ocurrencia de don Tiófilo, que se le ocurrió hacer unas domadaj entre cristianoj, propiamente.

Empezamos sábadu y domingo estas chacotas, y pronto algunos compañeros y vecinos se pusieron tan baquianos pa los corcovas queran pior pa jine-tearlos que si juesen potros de endeверas. Pero, y como saben decir, principio quieren las cosas. La chacota era entre nosotros, pero algún mirón quería una bolada y dentraba.

En una desas, un de ajuera, pión de Loza, dentró también al limpio, de potro, y el primero que lo saltó fue don Tiófilo, y le dice don Tiófilo:

—Vos parecec becayo y malo. Me vaj a voltiar. Si querés te viá subir con espuelas...

Y consentido el otro, le contestó:

—¡Oh... y póngase!... Lo viá basuriar lo mesmo en el primer saque...

—Pudiendo... estaba un carancho encima de una usamenta...

Y áhi nomás se calzó laj de fierro, que tenían unas rodajas como unos platos, y se le acomodó en el lomo al tape...

—¡Vamoj!...

—¡Vamoj!... —gritó el potro, y ya pegó un salto. Era morrudo el hombre y de fuerza. Beyaquiaba sin asco y no le mezquinaba nadita al cuerpo. Brinquiaba pa' arriba y se espantaba; se tiraba contra el suelo, se abalanzaba y don Tiófolo, quera jinete de'ndeверaj, de vej en cuando lo chuciaba con las espuelas y lo hacía bramar al indio.

Había mucha correntinada en esos pagos, y como los corrientes saben ser aficionaus o todas estas barbaridades miraban con ganas y se les hacía agua la

boca con ganas de dentrar a la domada. Pegaban cada alarido que estremecía la tierra...

—Che tamó, raé...

—Ñande tamó raé, igmá yayú...

Pero el potro ya se estaba calentando porque don Tiófilo no le mezquinaba chuzo y de vej' en cuando le hacía sonar el trasero de un talerazo. Ansí que, echando el resto, en una d'esaj se enderezó di un salto, sobre el salto se volió y lo azotó al jinete contra del suelo.

Quedó apretau don Tiófilo por el cuerpo atorunau del indio, que resoyaba juerte. Todos nos ráibamos. Pero en eso le desconocimo la voz a don Tiófilo que decía:

—Levantate... yo creo que mi has recalcau...

—Oigalere, el duro; si había sío pura...

—Levantenmén, muchachos...

Don Tiófilo estaba como un papel, pero no se quejaba. Toro el hombre. Lo levantamo. Tenía la isliya quebrada.

Todos nos quedamos serios. Dése cuenta. Una picardía, amigo. Y ya lo comenzamos a mirar mal al moreno y quedamos con ganitas de quebrarle el carozo. Ansí que en vez de servirnos de escarmiento, jue pa pior la cosa.

El potro se pavoniaba, todo entonau, la boca como avispero...

—¡Jum!... Tiene que ser moi baquiano y pronto un hombre pa que yo no lo voltee... ¡Hum!... Vamoj a ver si se presenta otro jinete paserlo arar el limpio con laj narice.

—Llo te lo viá jinetejar, mañana, añamengüí, por la generala...

—¡Ojojóope!... Correntino habíaj' e ser.

—Corrientes tiene el orgullo...

Por un rato estuvimos bromiándolo al muchacho.

Al pulpero lo divertían moi mucho las jineteadas y por mirar los corvocos hasta se olvidaba de apuntar alguna giñebra, pero andaba con miedo que estos locos se jueran a lastimar grande o se dijustaran por culpa de los porrazos. Ansí que dentró a aconsejarlo al potro...

—Mirá, amigo, si la dene bacencia al mochacho. No vaya quebrarlo. Garantido bene belea si calenta la cabeza...

—No, don Ayú. Que lo viá quebrar. Nu a e' ser de vidrio el hombre pandarse quebrando... ¿y peliar?... ¡qué vamoj a peliar!...

Güeno. Yegó por fin el día señalau y me viá apurar con el cuento porque de no me va salir mai largo que Urdimale.

Hasta don Tiófilo cayó al boliche. Traiba el brazo en cabestriyo para que no se juese a desoldar la quebradura, y se viá que tenía unas ganaj locas de que le pegaran una güena calda al potro.

El correntino se calzó las espuelas sobre los pieses desnudos.

El potro también en pata y bien cinchau con una faja, se había sacau la goliya pa que no pudiera charquiar el jinete. La' puesta era sin prenderse y a no pegar por la cabeza.

Cuando se dieron el vamoj, en el primer salto se volió el potro. Boracero el hombre. Pero el mocito se le abrió a tiempo y el tape hizo sonar el suelo con el lomo. Se levantó medio asariau del porrazo, que yo no sé cómo no se rompió algún güeso.

Los corrientes festejaron al compañero con juertes alaridos y gritos...

—Hantá re ñepusangá, angué...

—Ndé re pocé, pééré...

—Cumpa e yupí cabayú ári... (Suba, cumpa, sobre del caballo).

Los compañeros del potro también lo consolaban a gritos y con la buya querían darle coraje, achocando, de cruce, a los correntinitos...

—Negro... despegate, puej, esa cajcarria...

—Dejelón, no lo apuren, no ven que lo'stá changüiciando pa estreyarlo más juerte...

Otros, y entre ellos don Tiófilo, eran más bien partidarios que dejaran, antes de pasar a mayores...

—Dea más bien —decía don Tiófilo— la puesta por perdida y pague la güelta. Total, ya vido quel mocito ej de a cabayo...

—¡Oh!... —decía empacau el negro— apuejta ej' apuejta... ¿No himos jugau? ¡Mejor si es jinete! Vamos a divertirnos con más ganas.

—Y si se quiere estropiar de vicio, métale. Usté es dueño...

—El que se va a estropiar... Quién sabe...

El correntino era bajito, y charcón, así quel potro iba aliviau, y pegaba unos saltos y unas disparadas en toda la juria. Pero ya se estaba cansando sin hayar modo de golpiarlo al jinete, cuando en una d' esas se le ocurrió disparar como un potro deveras. Enderezó pal lau del galpón, que estaba yenito de chapas, cajones y ande había unos araus antiguos, de esos de mancera, que había traído el turco pal campo de los Sabaya...

—Ande va, amigo. ¡Paresé! —le gritamos; y ya lo seguimos por sobre del rastro. Pero el potro brinquiaba nomaj y agachando la cabeza juyó.

Y ya nomá sentimo el golpe, y sobre el golpe, un grito.

—¡Ayayai!...

Todos corrimos. El potro había estreyau un cajón yenito de fierros y se había partío la cabeza. Ya estaba parau, medio almariau del golpe, y le chorriaba la sangre por la cara. Pero el jinete, que había cáido sobre de una reja de arau, se revolcaba en el suelo y se quejaba.

Loj compañero se abalanzaron a levantarlo. Pero estaba quebrau en el murlo y no podía enderezarse. Debía ser muy juerte el dolor de la quebradura y los tajos, porque aunque el mocito apretaba las carretiyas, le salía a modo de un

quejido que noj' hacía temblar los matambres, amigo...

Don Tiófilo estaba pálido y enojau y con el brazo en cabrestiyio tampoco podía remediar nada.

—Parecejoj' hombre —decía— y semos pior que loj animales de brutos. Ahí está un mozo, arruinau pa toda la vida por culpa di una soncera... ¡Ajá!... Si semo pior que loj' animale.

El potro no atinaba a nada. No sé si asonsau del golpe o de lástima al verlo al mocito.

Los correntino y nojotros lo acomodamo al quebrau en una carretiya y mandamo a buscar la curandera. Quedamos como en un velorio. Y pensando que siempre nos venía a pasar lo mismo.

Eran otros tiempos, sindudamente. Al cuero no lo mesquinábamoj...

— ¡Jum!... Sí, amigo. ¿Y qué otra cosa quiere que le diga? El mocito murió, de la cangrena. Antes sabían morir muchos cristianos encangrenaus. El tape, el carahí potro, como decían los correntinos, tuvo que dirse. Los compañeros del finau, que Dios lo tenga en su paz descanse, si no es por nojotros, lo matan. Y se jué el hombre. Aura, a lo mejor, ej' un padre de familia cargau de hijos, y ni se acordará de aqueyos tiempos... tan lindos... ¿no le parece?

UN DIFUNTO

1

Estaba labrando un parante de algarrobo cuando lo vortió la repentino.

Quedó ahí, en el claro que iba abriendo su hacha filosa, el alma humilde ida...

Cayó de cara al suelo. Por su rostro áspero, labrado a machete por las lluvias, los vientos y los soles, ahora se deslizan, en interminables caravana, las hormigas negras de la leña.

Potrero 4 de San Joaquín, 1924. Méndez, el hombre.

2

El viento norte nos está ensuciando de areniscas la tarde.

Las campanas de la iglesia del pueblo doblan, intermitentemente.

En el breack de la estancia lo traen al difunto, y lo escoltan paisanos empilchados de negro.

En los postes y en la gruesa cadena que rodea la plaza, atan sus caballos que quedan inquietos, bufando, mosquedando con las largas colas... Entran a la nave los hombres, detrás del cajón, silenciosos y opacos. Entonces las espuelas son, en verdad, lloronas.

Después lo hisoparon al finado y lo bendijeron...

¿Qué cosas le habría dicho el cura a ese sufrido cuerpo, agotado y señalado por trabajos y miserias? ¿Qué nos dirán a los pobres en el último trance!

La cosa es que lo sacaron, cada vez más pesado, y lo llevaron al campo santo.

Allí quedó la cruz de ñandubay labrada a machete sobre la tierra removida, húmeda y negra... Allí quedó la cruz labrada a machete, con tiras de cáscaras sobre la pulpa blanca, tierna y jugosa... con hilachas de corteza y señales de grandes y ásperos dedos... quedó la cruz, humilde, señalando su huesa.

Quedaron, también, algunas enrevesadas oraciones flotando en el aire caluroso de la sobretarde.

3

El campo santo de los pobres no podía llegar hasta el río porque un alambrado constreñía las últimas sepulturas.

En las cruces de hierro se veían coronas, alambres blancos, corazones de lata, vidrios opacos, flecos y colgajos.

Los paños bordados con el pelo renegrido de las chinas, flameaban al viento norte en las cruces despintadas. Y algunas flores de pensamiento, de fúnebres colores, llenaban de poesía barata y adecuadamente sentimental el cuadro. Un cuadro impresionista, prosaico, criollo, provinciano, pueblero...

4

Cuando le bolearon las piernas a los mancarrones en el portón del cementerio, salieron al galope, libres, ¡por fin!, de esas ligaduras de la muerte... Salieron al galope los paisanos con sus pilchas negras.

Se juntaron en los boliches. Todos eran amigos. Cirilo, Amaro, el Chajá, el Payaso, don Felipe, Vitueno, don Batista el quintero, el finado Martínez (al que después lo finaron claro), y Acuña, Tanicho García y el rengo Gómez. Todos eran amigos, pero no se libraron de esos disgustos propios de los criollos cuando se divierten.

Luego de mercar en la tienda del turco regresaron a sus ranchos, a sus trabajos, a sus rutinas, a sus miserias cotidianas.

Regresaban en pedo, pechándose los sufridos mancarrones, y gritaban y reían con fuertes carcajadas sus chistes y ocurrencias guarangas.

Méndez quedó en su hueco, la nariz a un dedo de la tapa de pino sin cepillar.

Arriba, una tonelada de tierra le aliviaba el peso metafísico de sus pecados en la tierra...

5

El pueblo, cuando despertó del letargo de la siesta, se llenó de sillones de mimbre, de sillas de paja y de banquetas en las veredas.

Los milicos, con las manos duras de guantes blancos, pasaban, perezosos, y el loco que en aquellos tiempos daba tipicidad al pueblo iba, con el pecho erizado de latas, arrimándose a las tertulias callejeras para quejarse del crónico dolor de cabeza que los desalmados convites exacerbaban.

Temblaba aún el calorcito de la siesta sobre el colchón de tierra de las calles.

Los sibaritas continuaban tomando mate debajo de los naranjos.

Lindo, quedarse así, mirando cerca, ahí nomás, la curva de la calle. La esquina. La encrucijada, allá a los treinta metros. El infinito.

Observando cómo picotean las gallinas, cómo vuelan los patos caseros, cómo saltan los sapos mansos.

Lindo, mirar, sin ver, el alambrado de enfrente, el árbol de la otra cuadra y la ropa blanca o barcina del vecino colgada de la sogá... Una sogá que, en realidad, es un alambre.

Lindo, estarse en la hamaca a la sombra del árbol, tomando mate, hasta alcanzar la gordura y la impavidez del Fulano o Mengano, que comenzaron exactamente como nosotros ahora, hace apenas treinta o cuatrocientos años...

Bendita pereza. Bendita sabiduría, porque es mentira que allí, del otro lado de la vía, empieza el mundo, un mundo que nos llama con los descarnados brazos de los rieles... y que hay ciudades y teatros, y calles asfaltadas y gente que no duerme la siesta. Mentira de las revistas y los diarios.

Las metáforas se echan a sestear... se adormecen. Yo me observo la barriga incipiente... tomo el mate, pulido y tibio, y con alegría noto que ya no alcanzo a ver más que hasta el potrero de enfrente, gracias a Dios.

6

¿Y Méndez? Lo olvidé, como lo olvidaron sus compinches y su viuda. Lo olvidé, en esta igualdad de nuestras muertes. Porque ambos, a la fecha, somos difuntos olvidados en la negra y vacía realidad de esta vida.

7

La viuda, el día del entierro quedó en el rancho de la noria del 4, rodeada por las mujeres de los otros puesteros. Al día siguiente comenzó a bordar, con su negro pelo, las iniciales de práctica sobre el trapito deshilado.

Pero, como el finado tenía muchos amigos solteros, apenas terminó de velar la cruz verdadera en el rancho donde por tantos años convivió con el pobre, le acetó al cumpa Ponciano...

¡La cruz verdadera!... Una horrible cruz de fierro crudo pintada con alquitrán, y un enorme corazón de lata con el nombre del difunto, como medallón de pretal, en el encuentro de la cruz. Esta cruz iba a remplazar a la otra del primer momento, a la de ñandubay, saturada de emociones sinceras, humilde, lisa y verdadera... Velaron la cruz verdadera que era la falsa y convencional y se fue con el cumpa Ponciano.

Quedó la casa, el monte, el árbol desnudo y el parante a medio labrar.

Luego, cuando la quemazón grande, no quedó ni una cáscara de ñandubay ni de algarrobo negro en el 4. Y los colonos que compraron lotes en el rincón de la noria, aventaron al diablo las paredes de chorizo y los techos enlatados y en su lugar levantaron los grandes adobes que usan ellos, los rusos.

8

Méndez era el apelativo. No recuerdo su nombre...

Pero, no se ha perdido: grabado está en un corazón de lata.

ISLAS

ISLEÑOS CAZADORES Y PUESTEROS...

Terminó de cuerear el yacaré y, limpiando el cuchillo en una mata de espartillo, se enderezó, con manifiesto dolor y cansancio en la cintura. Con las manos en los cuadriles quedó, mirando lejos. Allá, hacia la costa de Entre Ríos, apenas un dedo sobre el pajonal que el viento balancea, el bulto de un hombre...

Miró el cazador a su alrededor. Unos cueros de ovejas, unas bolsas vacías y el poncho: su cama. Atados con la escama para afuera, unos cueros frescos de yacaré. La pava y la parrilla sobre un pozo en el suelo. Cebaduras de yerba, plumas y algún caracú. Nada más, «zafo» la escopeta, el cinto de lona repleto de cartuchos; unos cartuchos «atacaus» con cera o lacre y un tremendo perdigote, y los dos perros, «moi corsarios pa los bichos». ¡Ah! Y las osamentas de los yacarés recientemente desollados.

Volvió a agacharse sobre el cuero. Le desparramó sal gruesa y arrollándolo con prolijidad, lo ató con piolín, así como se atan los vellones, y lo arrimó a los otros. Hecho lo cual se «aseó» las manos y avivando el fuego, se puso en cuclillas a preparar el mate.

Las islas, bajas, estaban que no les «dentaba un alfiler», según los entendidos. Y no era para menos. En los campos de «ajuera» no había una mata de pasto ni una gota de agua, así que los estancieros «echaban» a la isla, que, con los zanjones a medio caudal de agua, y los pastitos aguantando por la humedad, eran, por contraste, «como un jardín». Lo único malo en la isla era esa plaga de los cazadores, que con sus perros y sus correrías ahuyentaban la hacienda. Las vacas se entreveraban con las de los vecinos o se volvían a la querencia, cuando no se empantanaban en la disparada. Y, por si esto no fuera suficiente, de vez en cuando los restos de un ternero demostraban que los cazadores se habían aburrido de comer «bichos».

El bulto se agrandaba. El cazador continuó, tranquilamente, tomando sus verdes. Cuando se arrimó el hombre, a las espantadas el pingo, lo invitó a bajarse, como es costumbre:

—Güen día, amigo.

—Güen día... abajesé, si gusta.

—No, amigo. Gracias.

Quedó el de a caballo serenando a su montado con palmaditas en el tuze.

—¿Gusta un verde?

—No señor. Voy de cruce.

Otro largo silencio, interrumpido por el gruñido de los perros y el ruido de la bombilla al terminarse el mate.

Por ahí a las cansadas, dice el de a caballo:

—¿Sabe que suj perro me ajuyentan l'hacienda?

—No, señor. No sabía...

—Sí. Me la ajuyentan y me l'hacen azotar loj zanjone. Porque, que yo sepa, no hay máj perro q'estos en láisla...

—Que no haiga... no sé, amigo. Mis perros no se apartan di aquí.

—Y, como soy pión y esta isla ej de la compañía, le pido que asujete loj perro. Ej un orden, ¿sabe?

—Y qué, ¿quiere que loj'ate a sogá, a loj perro?

—Usted sabrá... Lo que yo sé es que si mañana güelven a andar jorobando, viá dar cuenta a la comisería...

El cazador, curtido, perseguido, baquiano y sin suerte, piensa que la compañía no le va a dar alce... ¿No lo hizo llevar preso la vez pasada porque alzó unos güevos de ñandú de los potreros de la estancia? Ajá... Como si los bichos del campo jueran marca e'la compañía... Y acá, en la'isla tampoco lo iban a dejar vivir... Tamién. Angurrientos loj gringo.

Y el puestero, que era un hombre cumplidor, de vergüenza, peón viejo de la compañía, donde él y sus hijos zoqueteaban desde hacía sus buenos años ya se alteró, también... Sinvergüenzas de miércoles... Vagos... Dañinos...

El cazador se levantó, los ojos duros, la voz alterada.

—Mire... Dígale a sus patrones que dejen de jorobar a los pobres. Estas islas son fiscas, y yo no hago mal a nadies con cueriar un bicho...

Y el puestero le contestó medio de mal modo, y ya por su cuenta, como hombre. Y como bien saben decir que una palabra trái otra y que de áuno se forma el ciento, el caso es q'el hombre ya se abajó, echando mano...

Y en seguida, bajo un cielo azul, diáfano y alto, cruzado por bandadas de patos y bandurrias, sobre los pastos nacientes, jugosos y verdes, y en ese silencio grave y profundo, los dos hombres, hermanos de raza y de miserias, estuvieron con los cuchillos en las manos y el odio en las miradas, buscándose el corazón y las tripas con los aceros, los mismos que usaban para adelgazar un tiento, para cortar la comida, para sacarse un pedazo de carne de los dientes...

Limpió su cuchillo en las pajas y llamó a los perros, que estaban lengüeteando la sangre fresca. De cara al cielo, está el otro. Los perros husmean y se apartan, el rabo entre las patas.

El cazador acomoda los cueros en el caballo del muerto. El montado no al-

canzó a irse porque se pisó una rienda. Hasta que descubran el cadáver tiene tiempo de bandear a Entre Ríos. Silba a los perros y se va, al tranquito.

Al mediodía las moscas negrean sobre la cara y la sangre del muerto. Los caranchos, ahí cerca, todavía no se arrojan sobre la osamenta, temiendo que el hombre se despierte.

A la sobretarde, perdido el miedo, el cuerpo está tapado de caranchos y chingangos.

Cuando llega la policía, a los dos o tres días, el cuerpo, ridículamente hinchado, se desborda por los bajos de las bombachas en un reguero de grasa y de gusanos. Las tripas, hinchadas, verdosas, perforadas, se escapan de la pretina. Los huesos de la cara y el cráneo están limpios, mondos, un poco grasientos. Caranchos, hormigas y peludos han realizado su tarea.

En un cuero lo arrastran hasta su puesto; va rebotando durante tres o cuatro leguas, zangoloteándole las tripas.

Salen a recibir a la comisión una mujer y unos cuantos chicos.

Las criaturas, que nadie atina a sujetar, comienzan a curiosear el cuero...

—¡Mama! Mire... el cinto de tata... y luego comienzan a reírse del grotesco cadáver, de la cara comida, del cráneo pelado y brillante, de las tripas verdes, hinchadas y perforadas.

Agarran un palito, y lo mismo que con las osamentas del campo, se ponen a hurgar los pies monstruosos, a pinchar las tripas, la carne cribada y reventada de gusanos, mientras del interior del rancho salen los alaridos de la mujer, que se extienden hasta el confín de las islas, de donde los devuelve el eco...

LA CRECIENTE

Cuando supo por un vecino que había estado en el correo del Saladero, que Puerto Aguirre comenzaba a crecer tupido, empezó a cavilar por dónde saldría con sus vaquitas.

¡Tras que la parición había venido más despareja, a causa de la tremenda seca de siete largos meses! Ahora, con el río, no era como para adelantar la cosa, no. La seca persistía y los campos firmes no tenían una mata de pasto verde. Sacar, para cueriar, claro, y jundir las vaquitas para pagar el arriendo.

—En fin —pensó don Juan—, tras mojar, yovido...

El lunes bajó al Saladero. Corrientes había pasado los seis metros y seguía creciendo. Entonces salió a buscar campo, con caballo de tiro. En el puesto quedó la mujer con los tres muchachos. El Tape, de servicio. Ya tenía ocho años, los otros más chicos empezaban a andar a caballo. Y en la isla una persona a pie no es nadie.

Anduvo don Juan cinco días afuera. Y cuando regresaba comenzó a llover. Ánimas benditas, ¡qué manera de cair agua! Llovió dos días seguidos, de día y de noche. Cuando pasó «Las Ramadas», el agua daba al cuadril. Los bañados habían cargado agua llovida, así que el viaje se alargaba. Los pasos estaban pantanosos y ahora sí que se iba a poner fiera la salida, con vacas flacas y las crías chicas. «El sauce» ya tapaba el lomo. El zaino viejo salió agatas, arañando, así que cuando lo volvió a ensillar dejó los cueros y el sobrepuesto en el hijar. No era para facilitarla la cosa.

—La salida —pensaba don Juan— hay que buscarla más al norte, como quien dice por el puesto de don Lumba. Cruzar el «Colorau» o el «Verón» y atropellar derecho nomás. Aunque sea a volapié es mejor que ir dejando los terneros en los zanjones, o en las barrancas del Pantanoso...

El Colorado venía bramando, y ya estaba de orilla a orilla, limpito de camalotes, las aguas claras y profundas. Azotó y salió a la par de su caballo, con el hijar atado a la cintura.

Un albardón de cinco metros de ancho era toda la tierra que quedaba a lo largo del Colorado. Después, agua hasta el Pantanoso. Allá, marcando el cauce

del arroyo, un festón de monte, otro albardoncito y agua, otra vez, hasta el Paraná. Los sauces de la isla del Medio y los ingás y timboes de la isla de Cerrudo, servían para apreciar la divisoria con el Paraná, que traía las aguas turbias y bermejas.

Cuando llegó a su rancho encontró a la mujer con el agua a la rodilla. En el catre de guasquillas su hijo mayor, el Tape, estaba con una fiebre que volaba. Para sacarlo de allí iba a ser la cosa.

Chapaleando barro fue y paró la tropilla, mudó caballo y se fue hasta el zanjón a revisar la canoa. Que las vacas se las llevara el diablo. Primero el Tape.

—Dejate de yanto, y achicá canúa.

—¡Ay, Señor!

La mujer, arrodillada en el plan, va achicando con una media lata. A cada golpe de la marejada la pequeña embarcación se llena de agua. El Tape, a popa sobre unos cueros y tapado con bolsas, va con la cara roja de fiebre, delirando. Don Juan gobierna con esfuerzo la frágil canoa, que el viento y la correntada arrastran entre un infierno de camalotes, ramas y árboles enteros que la creciente empuja, en remolinos. Alrededor de los grandes árboles, a medias sumergidos, timboes, aguayaes, carachichúes e ingás, hace remansos la correntada y a poco, los camalotes que se enredan en las copas y los troncos, forman un tapial, un enredo, un mar de sargazos.

Así, orillando la costa del zanjón que se adivina, va la canoa con su desgraciada carga. Los más chicos llorando, mojados, con frío y con miedo. El Tape delira.

—Tata. No me lo deje ahugar al zainito...

—Pierda cuidau, m'hijo. Cuando yeguemo al pueblo, vuelvo y lo saco a su petizo.

—Y a la guachita, tata, no la deje que se áhugue.

—Ay, Señor... —clama la madre— Virgen Santa —y sigue achicando, de rodillas, empapada de agua y bañada en lágrimas, el vientre grávido casi tocando el plan de la canoa.

—Y quieren créer —dice don Juan en el boliche medio empedo— que a boca e noche yegamo al pueblo, el Tape loco, cantando y hablando como si estuviera trastornau de la cabeza. Le había agarrau a modo di'un mal. La vieja ya no se podía enderezar, sentida de la cintura y con el brazo muerto de la chicadera. El agua dentra al pueblo, por el bulevar. Suerte que en el hospital encontramos cama, ansí que lo dejamos al Tape y nos juimo esa noche a lo del correntino Acevedo. Güen hombre, el correntino. Al otro día temprano me volví, aguas arriba y cuando yegué a laj casa, tuve que pasar la noche en la canúa. No había un palmo de tierra seca.

—Sirva otra güelta.

—Pero, ¿salvó las vaquitas, don Juan?

—Como salvarlas, puede decirse que las salvé, pero..., viera, amigo. Las junté

mal mal al otro día temprano y comencé a arriarlas de a caballo con la canúa de tiro, sola mi alma, y como Dios me daba a entender. Así las llevé hasta el Verón. Metí en la canúa tres terneros chicos y los pasé el arroyo. Las vacas madres se azotaron por detrás de las crías, balando, y la haciendita siguió ese siñuelo.

Cuando hicieron pie comencé a llevarlas derecho a lo de don Lumba. Ansí me fi remediando, tan presto a caballo, tan presto en la canúa con el caballo de tiro. Nunca, amigo, me ha tocao trabajar tanto. Me agarró la noche en el bañau de la media luna. Manié el caballo, até la madrina de la canúa, acoyaré a tres lecheras que me servían de siñuelo y pasé la noche fondiau. Al otro día, güelta a chapaliar barro y agua hasta que salimo al puesto e don Lumba. De ayí me ayudaron a pasar el río y salí a lo seco con mis vaquitas. Esa noche encerré en el potrero de los Siñuelé, y al otro día tempranito arranqué pa La Brava, pa los campos de Vázquez, ¿conoce?

—¡Ajá! Lindos campos. Ricién quemaus.

—Eso es. Bueno. Seguí por los cayejones, contento de haber salvau las vaquitas, la guacha y el petizo del Tape, y me comencé a dir, despacito. El pasto se venía lijero. Se iban a poner lindo los campos. Así marchaba cuando una de las vacas q'iban a la cola, se me empezó a quedar, se echó y áhi nomás quedó panza arriba... ¡Caracho! Me abajo, la reviso y recién me di cuenta de la cosa por la'gua verde que echaba. El romerillo... el mío-mío. Cuando concluí de cueriar esa, ¡viera cómo tenía el mondongo quemau!, cayó otra y después otra y otra, hasta que quedó el tendal. Solamente los terneros quedaron paraus, balando. Entonces me comenzó a dar rabia, lo que pensaba en tanto trabajo como había tenido, y los degoyé a loj ternero.

—Sirva otra güelta.

—Ansí es amigo. Tanto trabajo al cuete. Pero, siquiera alcancé a sacar ochenta pesos de los cueros... Pa los remedios del Tape y pa pagar estas cañas, amigo... Pa qué afligirse, ¡no le parece! Me ha quedau, menos mal, la tropiya y el petizo de m'hijo... Pa qué afligirse...

—Amá víá ver de yevarle un generito y un poquito de alimento pa que se flete los cuadrile la vieja...

DON LECHUZA

No dejen de visitarlo a don Lechuza. El hombre es muy conocedor y les va a dar algún dato. Pa mí que son eyos, nomá, los que se yevaron el ternero. Pero, como tengo el costumbre de andar bien con los vecino, y cuantimá si son diaublos, no digo nada.

—Pierda el cuidau. Vamos hacer la diligencia.

Hicimos el corte por medio del varillal rumbo a lo de don Lechuza. Íbamos al paso, peleando con los «enriedos» y hundiéndose los caballos en el piso blando. Los zanjones daban al cuadril y nuestros caballos iban temblando de frío.

Feas estas islas para el yeguarizo, amigo.

El rancho de don Lechuza era una población bien hecha, grande y embarrada. Cuando echamos pie a tierra, después del consabido «abajensén» que nos gritó una vieja, salió el hombre haciendo pantalla con las manos sobre los ojos, y todo sorprendido, al parecer, de ver policia por la casa. Seguramente que nos venía filiendo desde que salimos del varillal, pero el hombre se hacía el sorprendido.

—Abajensén..., pasen pa dentro. Pase, señor. Casa de pobres...

—Yo soy el comisario nuevo y ando visitando estas islas para conocer el vecindario y ponerme a sus órdenes.

—Ajá.

—Sí, señor. Y al mismo tiempo para pedir las novedades que haya.

—Ajá... Es güeno, naturalmente, que conozcamos la'utoridá, ¿no? Pero puacá hay gente tranquila, señor, y le vamoj'a dar poco trabajo... A ver, Calistra, cebe unoj mate, mija...

—Nu hay yerba tata. Ya sabe qui hace día questamo sin yerba.

—Por mí no se molesten.

—Si no es molestia, don. Pero han yegau mal... Carne no tengo, tampoco. Ejtamo pobrone ¿no?, y tantoj en laj casa. Si no fuera por los bichos que saben cazar loj muchacho, o la carne q' nos saben suplirnos algunoj vecinoj, dejuro que pasaríamos necesidades...

—Y, ¿no cría gallinas, don?... —y no me animé a decirle Lechuza.

—Ramírez, señor, pa lo que guste. No. No criamo. Po el mái, ¿sabe? ¡Qué vamo a criar gayina en láisla!

—Don Juan tiene lindos pollos, sacados aquí mismo.

—Ajá... Sí. Don Juan es hombre de mucha pacencia. Ajá.

—Bueno. Ustedes están en un lindo lugar. Tiene que haber muchos yacareces y nutrias, y ahora que están valiendo los cueros. Fíjese que la curiyú la pagan a dos pesos...

—Ajá. Así dicen. Nojotro no la cazamo. Ej' un bicho moi puerco la víbira...

—Y el yacaré está a 1,80 y 2 pesos.

—Ajá. Pero hay que linternarlo, y nojotro no tenemo linterna. Amá, hay que perseguirlo de noche, y ahura nostán laj noche como p'andar entre l'água, ¿no es cierto?

—Sí, es claro. Y, hablando de otra cosa, ¿no le hacen perjuicio los vecinos?

—Yo, pa qué viá decir, estoi moi conforme con loj vecino. Daño no mi hacen... salvo algún ternero que saben comerlo, ¿no?, y alguna vaca, de vez en cuando, pero di algo tiene que vivir la gente; ¿no le parece?

—¡Oh!... pero que vivan de lo de ellos, pues, o trabajen. Si acá no hay necesidades... Usté ve, bichos para comer no faltan y cueros para hacerse de unos rialitos. Un hombre de vergüenza puede vivir bien en las islas, sin perjudicar a nadie.

—Y es lo que yo digo, ajá. Sino que un hombre tamién se aburre de comer aves, pues, y estraña la carne e vaca. ¿Cómo se va a sustentar el cristiano a juerza de aves, solamente?

—¿Y usté tiene muchos animales?

—No, señor. Muchos, no. Tengo algunas vaquitas; sí, señor. Y una majaita.

—¿Y es caro el arrendamiento?

—No, señor. Como caro, no es caro. Esta islita es mía. Isla paterna, sí, señor.

—¡Ah!... ¿Grande la isla?

—No, señor. No es moi grande.

—Si no tiene inconveniente, quisiera conocer la isla, y los pasos, por si alguna vez me toca andar solo y vuelvo por acá.

—Ajá. Cómo no. Pero vea lo que son laj cosa. Estoy di a pie, ¿no? El muchacho lo mandé pa la costa, y no me ha traído loj cabayo. Pero, pasen, nomá. Dentren y revisen. Por ande quiera hay paso.

—Y, bueno, don Ramírez. He tenido mucho gusto en verlo. En otra ocasión le haré una visita más larga.

—Sin cumplimento, don. Casa de pobre pero el forastero no se hai de dir disconforme.

Y nos fuimos. Viejo sinvergüenza... Tenía más de 300 vacas y de 200 ovejas, y no fue capaz de convidarnos con un trago de agua.

—Y seguro —dice mi agente— que en cuanto nos juimos se prendió a la bombiya, el indino, y ahura estará riyéndose de nojotro.

Yo voy adelante, hamacando mi cansancio. Atrás mío siento el monótono ruido del sable golpeando la carona de suela. Y le doy conversación a mi milico, para que se le pasen las ganas de tomar mate.

—Cuando un crioyo sale mezquino, no hay gringo que lo emparde.

—¡Ajá!, cierto. Por desgracia he conocido algunos. Pero como el finau don Reymundo, ánimas benditas, ninguno. Tenía un hijo, don Pedro, que parecía mentira que fuera hijo propio. Cuando don Pedro dentrababa al pueblo lo seguían las chinas y los paisanos, y usté lo veía meta darle güelta al cinto y repartir biyetes de cinco y de diez pesos. Mi madre sabía tener un boliche, y hasta ahura se acuerda de don Pedro. Sabía decirme que don Pedro se abajaba en su almacén y a cada rato lo hacían salir las chinas. Dentrababa don Pedro y decía:

»—Dale, m'hija, un poco de yerba, y azuca y gayeta a esta pobre diabla...

»Y así, todo el día. Y en el mostrador, meta pagar vueltas. Don Raymundo también sabía yegar, porque le gustaba la caña, pero no tomaba más de un vasito y eso, cuando repicaban juerte. »Sabía yegar en un caballito flaco y el recaíto era una hilacha. Si más bien parecía un asesino que un hombre rico.

»Una vez mi madre supo pedirle que le vendiera una carradita de leña. En su campo tenía puro ñandubay y leña campana.

»—Pero, hija, ¡qué te viá vender! Si te traigo una carradita, va a creer la gente que te la regalo, y ya sabés cómo es de diabla la gente del pueblo... todos van a querer que les regale una carráita e leña... Si andás muy pobre, hija, más vale te empriesto la plata y vos encargale a otro...

»Tenía un capataz en la isla. Una vez se encuentran en el boliche, y le dice el capataz:

»—Don Reymundo, ¿por qué no me compra un poco e yerba, así no tengo que galopiar a cada rato, a buscar de a medio kilo? Mire que desatiendo las vacas pa venir a buscar la yerba cada dos días...

»—¿Y cuánto pensás yevar, m'hijo?

»—Y, siquiera tres kilos, patrón.

»—Pero, mijo, ¿estás por poner boliche?

»Y en esos tiempos, la yerba costaba cincuenta el kilo.

»Al otro día iba a ir a la isla. Lo esperó el capataz en la costa.

»Llegó don Raymundo con unas bombachitas todas rotosas y unas alpargatas sin medias, y dicen que antes de bandiar, se sacó las alpargatas y las ató a los tientos de la montura, y viendo que el capataz no se sacaba las suyas, le dice, dicen:

»—Mijo, sacate las alpargatas.

»—Yo no me saco, yo cuido más mis patas que un par de alpargatas.

»—Mal hecho, mijo. Así nunca vas a tener nada, si no sabés cuidar...

»—Sí —decía el capataz—, m'iba a sacar laj alpargatas, si teníamos que dentrar por entre unoj espartiyale que noj tapaban entero, y noj lonjiaban las caniya y los pieses, que quedaban como arañau de loj gatos.

»Siendo gobernador don Luciano Leiva, pensaron en don Reymundo pa' serlo senador. Hombre antiguo y de plata; hijo del departamento. Un día va un amigo y le dice, dicen:

»—Don Reymundo, va a tener qu'irse alistando de ropa, porque andan las voces que lo quieren sacar senador...

»—¡Bah!... Almorzando bien, poco importa la cena...

»Pero entre los amigos y los hijos le hicieron aceptar el cargo y le explicaron comuera la cosa, y hasta consiguieron que gastara en vistuario. Compró un par de botines de tres pesos, y así se fue a Santa Fe, con su ponchito de siempre y los botines flamantes.

»—Acá me tenés, hijo, hecho un manate. Lo que son las cosas. A la vejez, mijo, me ha dau por estos lujos...

»El día que iba a prestar juramento pasó a despedirse de mi vieja. Estaba mi madre echándole el arroz y el fideo al puchero. Y jué cosa de verla y decirle, dicen:

»—Pero, mija, ¿paqué lechás tantas cosas a la comida? Eso no sirve, mija. Esas comidas compuestas son pa enfermedades, nomá. Agua, sal y carne, mija. Eso es lo sano...

»Ya ve, comisario, si era mezquino el hombre. Un ávaro. Y viera cómo vino a morir. En los últimos tiempos ya ni salía de los ranchos. Las hijas mozas y don Pedro lo pleitiaban pa que se viniera al pueblo a vivir con eyos. Pero el viejo, porfiau, no quería saber nada. Venía al pueblo solamente a cobrar los cueros y las lanas y las rese que vendía. La platita la guardaba en los bolsiyos de un cinto muy ancho, que le abarcaba dende la cintura hasta la mitá del pecho. El viejo quedaba como encorsetau, pero ese cinto lo tenía yenito de biyetes grandes.

»Una vuelta se sintió enfermo, allá en sus ranchos. Le vinieron a modo di unos cólico. Se jué quedando, quedando, hasta que las hijas, sabedoras, lo trujeron al pueblo. Lo hicieron acostar: áhi comenzó la lidia. El viejo no se dejaba tocar el cinto. Le querían poner una bilma o hacerle unas fletaciones, y nada. Corcoviaba el viejo y no se dejaba desprender el cinto. Lidiaron mucho con él, y cuando, al fin, pudieron curarlo estaba pasau de la enfermedad y se cortó nomá.

Pisamos, por fin, un albardón, y le bajé rebenque a mi doradillo, apurado por llegar a los campos de «ajuera», apurado por salir de zanjones y pajonales.

Cuando cruzábamos el San Javier, en canoa, y mientras los caballos hacían sonar las narices a flor de agua y las marejadas mansas venían a hamacarnos me volví para mirar, por última vez, esas islas maravillosas, donde unos cuantos hombres viven desprendidos del mundo, desafiando al destino, fuertes y libres en la naturaleza.

PEDRITO EN EL REINO DE LOS ANIMALES

(Cuento para niños criollos)

La pobre madre corría desesperadamente de un lado para otro, llamando a Pedrito, su hijo. Ella estaba cosiendo una camisa del padre, sola en su rancho, en ese puesto de la isla del Verde, perdido tras los pajonales y cortaderas.

Pedrito, criollito de dos años escasos, había salido, con sus pasitos menudos, desde la ramada en que había pasado la siesta jugando con sus caballitos de toratai y los novillos de caracú y huesos de espinazos de carpíncho, que formaban su rodeo, de estanciero fuerte.

El rancho de los padres de Pedro se levantaba al borde de un arroyo llamado El Verde, porque siempre estaba cubierto de camalotes, en una isla de la provincia de Santa Fe. El padre salía al amanecer, a recorrer el ganado que se diseminaba por las islas, y la madre tenía que realizar toda la tarea de la casa. Lavar la ropa de los tres, cocinar, zurcir, hacer las bombachas largas de Pedrito y las camisas de trabajo del padre, barrer el guardapatio, darle de comer a las gallinas y a un chanchito que estaban engordando y claro, estaba todo el día tan atareada que no podía cuidar mucho a su hijo. Pero Pedrito ya estaba baquiano, y solía ir por la senda hasta el borde del arroyo, caminaba por todo el guardapatio, enorme y sin malezas, siempre bien barrido, y cuando el padre regresaba temprano con algún cuero de animal silvestre que había logrado cazar con ayuda de Quién, el perro de la casa, Pedrito solía arrimarse hasta el estaqueadero, y con verdadera admiración asistía a la prolija tarea del padre. Una vez estaqueados los cueros de zorro, o gato montés, o yacandinás, o nutrias, el padre los colgaba del mojinete del rancho para que se orearan, y Pedrito los veía balancearse y a veces recibía alguna gota de grasa, que el calor derretía de los cueros gordos.

Pedrito ya estaba acostumbrado a sus juegos de soledad. Vestía bombachas, alpargatas, camisa gruesa, tenía el cabello renegrado, la carita redonda y morena, los dientes blancos, y ya conocía el nombre de muchas cosas. Hablaba como los paisanitos, y decía «capincho, ñandú, quillá, mama, tata», y como por esos días había comenzado a amansar un bagual, lo solía sacar al trote, gritando como hacía su padre, y golpeándole la boca. Al potro ya lo tenía mansito y con

él podría trotar por la costa del Verde. A mediodía no se olvidaba de llevar su redomón, tirándolo de una guasquita, hasta el arroyo y le daba agua. Pero le solía ocurrir que lo echaba de golpe y a veces el caballito se le iba aguas abajo, y tenía que hacer otro y amansarlo de nuevo, lo que le llevaba varios días de palenque y tironeos, pues estos potros de Pedrito eran palitos de toratai, que él mismo arrancaba de las lindes del patio.

La madre estaba sola. Quién había salido con el hombre al campo, y Pedrito no se veía por ninguna parte. Desde las casas se alcanzaba a divisar gran parte del campo, pero los pajales, muy altos, bien podían ocultar el cuerpo de la criatura.

La señora pensó que su hijito podía haberse caído al agua. Corrió al arroyo y comenzó a recorrer la playa con la mirada ansiosa. No alcanzó a ver las huellas de las alpagatitas en la arena. Siguió gritando y buscando inútilmente mientras pasaban las horas y caía la tarde.

Con la caída del sol llegó el padre seguido del perro. La madre, enloquecida continuaba gritando y llorando, y el padre pensó que Quién muy bien podría encontrar el rastro de Pedrito. Pero Quién, cansado de correr todo el día tras los cuises del campo y los teros, detrás de pollones y otros bichos, no quería salir de la orilla del fuego, a pesar de los «... busca... busca...» del hombre, ni de los «chúmbales...» con que se lo invitaba. Entonces el padre volvió a montar a caballo y se fue a buscar a unos vecinos y todos juntos comenzaron a recorrer la isla, palmo a palmo, gritando a cada rato el nombre del niño.

Así anduvieron toda la noche, alumbrándose con manojos de paja encendida, y gritando. La voz del padre estaba enronquecida y mojada de lágrimas. Ladaban los perros desde los puestos, los pájaros levantaban su vuelo asustado desde los pajales y la pobre madre, sentada al lado del fogón, se pasó la noche mirando la oscuridad del campo y sintiendo cada vez más lejos el eco de los llamados.

A la madrugada sopló un fuerte viento y al rato se desencadenó una tormenta de lluvia y piedra. Regresaron los hombres, y abandonando toda esperanza, se quedaron al lado de la mujer, sintiendo golpear la lluvia y el granizo en el indefenso cuerpo de Pedrito.

—Yo —decía la señora— sentía como que las piedras me golpeaban en el corazón. Mi pobre hijito... ¿Qué sería del pobrecito a esas horas? Esa noche no terminaba nunca. Por fin, a las cansadas, concluyó de llover. Salió el sol y con la luz del día renacieron mis esperanzas. Salimos al campo, de nuevo. Los hombres con los perros, y yo, solita mi alma.

»No habíamos probado ni un bocado, y ni siquiera tomamos mate.

»Costeé el Verde y por una de esas senditas que cavan las haciendas en sus viajes al agua, me dirigí al centro de la isla... al salir de un pajonal, algo deslumbré mis ojos. En un abra, en una limpiada, bien agarradito al tronco de un renuevo de laurel estaba Pedrito. Corrí y lo estreché entre mis brazos.

»Mi pobre hijito... No quería dar crédito a mis ojos. Estaba sequito, y las pie-

dras y la lluvia no habían alcanzado a hacerle daño. Alrededor del árbol, había una huella, profunda, cavada por sus alpargatitas, tanto dar vueltas el inocente.

»Cuando Pedrito se desprendió de mis brazos comenzó a llorar, y después, señalándome el pajonal que rodeaba el árbol y lo protegía de los vientos, me mostró un hueco, como un nido, y en su media lengua, me contó que allí había hecho nono...

La noche la habían pasado juntos, algunos animalitos del campo y el niño. Vizcachas y conejos que al caer la piedra buscaron un refugio, y el niño a quien condujo su instinto.

El padre de Pedrito nunca mata una vizcacha. Piensa: «Vaya a saber si esta no es de las que estuvo con Pedrito».

Y sin embargo las vizcachas son bichos dañinos, que hacen cuevas, y destruyen los campos. Dañinos y todo, tuvieron ocasión de hacer un servicio al hombre.

Pedrito continúa llevando su redomón al agua. Pero ahora es un petizo de verdad, porque Pedrito tiene ocho años, y va a la escuela en un potrillo amansado por su propia paciencia.

La madre no teme que ahora se extravíe. Sin embargo, a veces, en las siestas silenciosas del campo interrumpe su costura, y corre al patio. Pedrito, casi un hombre quemado por los soles está allí a la sombra del viejo y corpulento timbó, haciendo sus deberes.

EL LORO DE DOÑA JANUARIA

Juanita tenía un loro. El loro más lindo del mundo, aunque sus hermanas mayores le encontraban una cantidad de defectos a los cuales Juanita no les atribuía ninguna importancia. Ella pensaba y con toda razón, que los plumas que le faltaban le nacerían de nuevo, como salían las hojas de las ramas desnudas de los árboles, o a ella le crecían el cabello y las uñas, estas principalmente, aunque se las estuviera royendo todo el día. Pero, un poco cansada de las frecuentes bromas de las hermanas y otro poco de aburrida al tener que criar el pichón a fuerza de meterle en el buche pan con leche y azúcar, la cuestión es que le llevó el lorito a doña Januaria o Jenuaria, como le decían los chicos del barrio.

Compañero de su soledad, oyendo constantemente los rezongos, lamentos y soliloquios de la señora, el lorito se convirtió a poco en la admiración de todo el vecindario y aun del pueblo por lo conversador y entendido que era. Doña Januaria no solamente le había enseñado a rezar a Pastor, sino también a decir décimas y relaciones, que el loro, con raro acierto, solía largarse a recitar con pastosa y bien modulada voz desde la copa de un arbolito al cual se trepaba en esos días de fuerte calor habituales en esta provincia.

Una siesta estaba Pastor subido al árbol cuando acertaron a pasar frente a la calle unos gitanos que recorrían el pueblo en procura de tachos, marmitas y calderas de cobre para componer. Cuando lo vieron tan orondo paseando por la ramita más alta del árbol se detuvieron los gitanos a observarlo y ahí nomás Pastor les lanzó una de esas retahilas que seguramente y en voz muy baja diría doña Januaria:

—Húngaros bandidos, ladrones de chicos; húngaros bandidos, no sean haraganes; húngaros bandidos...

—Caracoles —dijeron los húngaros—, parece un loro, pero debe ser un duende...

—Lorito, sacá la patita... Venga, venga, lorito.

—Yo les voy a dar sacar la patita húngaros bandidos, ladrones de chicos húngaros bandidos.

No esperaron más los gitanos para golpear la puerta de la casa y tratar de

comprarle a doña Januaria el loro. Pero la viejita, a pesar de las ofertas tentadoras que le hicieron, no quiso desprenderse de ese único compañero de su soledad.

Juanita, que en realidad era la verdadera dueña del animalito, cuando supo por boca de la propia señora el precio ofrecido, fue corriendo a decirle a su mamá que ella desearía venderles a los gitanos su loro. Veinticinco pesos y una yegua le parecía un precio tan elevado por un animalito de los cuales había tantos en el lugar... Pero la madre, señora de edad y llena de caridad y comprensión, le dijo que no era posible privar a doña Januaria de esa voz en su soledad, de ese ser vivo que hacía vibrar el silencio de su abandono en un remedo de voz humana, y a veces con insolencias y travesuras propias de un niño, y la mandó a llevarle a doña Januaria un pan de los que recién concluía de sacar del horno.

Juanita marchó con el pan casero quemándole el blanco bracito desnudo, que quedó manchado de esa ceniza que los hornos familiares dejan sobre la corteza morena de los panes.

Juanita no comprendía el apuro de su madre por mandarle el pan apenas lo horneaba, pero doña Januaria, que desde que el pan comenzaba a cocerse sentía su olor desde el fondo donde vivía, recibía con alegría el presente. No tanto por el pan, eso lo comprendió Juanita muchos años después, como por la certidumbre de que alguien aún se acordaba de ella, de que otra persona la llevaba en su memoria y pensaba en su alegría y le hacía ese presente de amistad y de cariño.

Doña Januaria vivía en un rancho que quedaba a los fondos de la casa de Juanita. Vivía sola, sin parientes que la auxiliaran; pero esa generosidad un poco superficial de los vecinos alcanzaba a suministrar lo poco que la pobre mujer necesitaba para seguir viviendo.

Porque doña Januaria no solamente había sido una mujer joven, sino que había tenido marido e hijos. No era la pobreza lo que la había envejecido, solamente. No. Era ese destino que le había tocado en suerte y que se había cebado en una pobre mujer como ella para asestarle todos los sufrimientos y dolores.

Primero fue el marido, joven, buen mozo. Se lo trajeron una noche sobre un catre, muerto en una riña callejera.

Quedó con los hijos, dos varones igualitos al padre. Trabajó más, si es posible, cosiendo, lavando, cocinando y planchando. Cuando el mayor tenía diez años, un día lo mordió en el patio una yarará. Murió a las pocas horas. Quedó con el más chico. Este le duró hasta los veinte años. En el servicio militar murió de tifo, sin que siquiera pudiera verlo muerto.

Doña Januaria se metió en esa pieza que le dio la madre de Juanita y ya no salió de las lindes de su terreno. Mientras tuvo fuerzas sembró, cultivó la quinta y el jardín. Ahora no salía del lado del fogón y se pasaba los días con Pastor en el hombro, conversando de cosas que hacían reír a los chicos.

El loro comparte pedazos de galleta mojados en esa agua verde y dulzona de los mates y a su alrededor la vida se mueve lenta, como en los pueblos.

La soledad de doña Januaria suele prolongarse por días y días. Solamente Juanita suele interrumpirla llegando con el pan caliente que le quema el bracito delgado. El loro la recibe con su charla incesante y doña Januaria con lágrimas en los ojos y temblor en la voz.

Un día corrió la noticia de que doña Januaria había muerto.

La casa quedó vacía; la quinta abandonada.

Juanita trajo el loro a su casa.

Esa primera noche lo dejaron en la cocina, para que no se lo comieran los gatos. Al otro día iban a encargarle una jaula. Y como necesitaran algo y fueran a deshora a la cocina, Juanita acompañando a la hermana mayor, y ambas llenas de miedo por andar levantadas tan tarde, al abrir la puerta de la cocina escucharon una voz monótona que repetía:

—Ay, Dios... Ay, Señor... Ay, mi Dios...

Juanita, que ahora es una señora con hijos grandes, no puede recordar, sin estremecerse de angustia, ese episodio.

Piensa que es mucha la incomprensión de las gentes; poca la caridad; grande el egoísmo. Las gentes viven juntas sin apiadarse las unas de las otras, todas solas con su dolor y su angustia.

Mientras ella y su familia, y todo el pueblo reía, jugaba, comía o dormía feliz o despreocupadamente, una mujer, una pobre vieja, lanzaba las quejas de su enfermedad y de su dolor en la soledad de su abandono, y esas quejas solamente hallaban acogida en la memoria de un pobre loro, por días y por noches hasta grabarse en su simple y rudimentario cerebro. —Ay, Dios... Ay, Señor... Ay, mi Dios...

SOLOS

De ceibo hizo don Pablo el cajoncito, y esa mañana de lluvia y viento, lo cargó en brazos y salió con rumbo al camposanto. Por el camino de la costa del río, el menos transitado, iba el hombre con su liviana carga en brazos. La primera legua...

Sobre la limpia arena dejó un instante a su hijo. Se sentó al reparo de un árbol, y así se quedó mirando el agua, el río, las barrancas, los pajales extendidos hasta el confín de las islas. Tenía que caminar dos leguas más, solo con su carga. Una carga liviana, es cierto, para sus brazos acostumbrados al trabajo. El peso lo llevaba en su espíritu, en su corazón un poco viejo, en su esperanza cansada.

La mujer quedó acompañada por su fiebre, sola su alma, en el rancho que levantaron solos, también, acarreando juntos, como los horneros, el barro, la paja y la madera. Y después vino esa maldita fiebre. Y el hombre salta, sí señor, y buscaba la yerba del pollo, y la hoja de malva, y el saúco, y la raíz del tacurú. Pero la fiebre seguía y seguía y al chico lo tuvo muerto.

Cargó el cajoncito. Lo mató la fiebre de la madre. Sequito nació, chiquito y sequito por la fiebre de la madre. Ahora va, tan liviano en su cajoncito de ceibo, que el padre lo coloca bajo el brazo, cerca del corazón un poco viejo, y sigue su marcha. Con su cuchillo, no más, podría hacer el hoyito para enterrarlo. Poca tierra ocupará el angelito.

La mujer siente que se le salta la leche del pecho a medida que se aleja el hijo. Los dedos de la fiebre le estrujan los senos y un río de leche comienza a fluir de sus hinchados pechos. Y el hijo sequito en su cajón de ceibo y la leche derramándose por sus flancos. Rodeada de gentes, y sola con su fiebre. Señor...

Ahí queda la madre, pobre y sola, y allá va, solo con su cajoncito, el hombre, por el camino que no acaba nunca. Solos y rodeados de gentes, Señor.

CHACRAS

UN HOMBRE

A esa hora, cerca de la una, el sol reverbera sobre los rastros recientes; pone sobre el camino un temblor de refracción, rechaza con fuerza la clara luminosidad del cielo y envuelve en un sopor de siesta ese gran campo parejo, ese enorme crisol donde el cansancio se transfigura en desaliento.

Sin embargo ya comienzan a llegar, bajo el rigor de la hora, los carros y los hombres para la faena del emparve. Algunas mujeres, con pañuelos de vivos colores atados a la cabeza, cerca de esa parva grandota que han levantado los gringos, como dice Gálvez, a pocos pasos del camino, se aprontan a ayudar en las rudas faenas.

El sargento viene al paso de su mancarrón, pa no asoliarlo, claro, y casi al llegar a la alcantarilla se encuentra con Luis, el escribano de la administración, que en sulky, va a recorrer los trabajos de los colonos arrendatarios para el parte mensual, que debe remitir a los patrones, que en esta época andan paseando por Europa, Mar del Plata o Montevideo...

—¡Hola!... Qué milagro, don Troncoso, por estos pagos...

—¿Milagro?... A cada rato andan molestando ustedes los Californieros... Vengo de lo e Galvi... —¡Ah!...

—Sí. ¡Correntino bárbaro!... Siempre anda jorobando con sus denuncias... y cada vez que llego lo encuentro arando con el culero puesto... ¡Qué bárbaro!... ¿Cómo miércoles ha venío a ponerse de colón, no?

—Sí, efectivamente. Hombre sin suerte. Yo supe trabajar con él en la compañía. Por eso ahura no me sabe gustar tener que andar mostrándole mala cara.

Se rió el escribano, y el sargento taloniando el caballo lo arrimó contrita el sulky, para darle la mano al hombre y despedirse.

Troncoso va llegando al saladero. Sabe que el comisario no lo quiere al correntino porque en las últimas elecciones no se arrimó por el corralón, y es casi seguro que votó por los contrarios. ¡Ajá!... Por los socialistas... Anduvieron echando discursos por las chacras... Hablaban de la injusticia... ¡Ajá!... y siguro que este hombre viejo pavo se dejó llevar del pico por los hombres... La cosa es que ahura tiene razón... También... Verdaderamente es hombre de poca suerte.

Si parece verlo patente cuando pionaban juntos en la compañía. Estaban en un rodeo, por un decir, en un limpio... ¡Ajá!... Galvi aparta en pelo, rueda, y lo sacan de abajo del caballo con las costillas rotas... Todos pensaron: con ser que apartaba en pelo, viene y lo apreta el sotreta... Y la otra vez... andaba recorriendo el piquete con una botella de criolina y una guampa con grasa de potro... Encuentra un ternero abichau... Se abaja a curarlo, y la vaca lo carga, lo maltrata, lo pisotea. El caballo se le espanta y juye, y Galvi queda en el suelo, con las costillas rotas, de cara al suelo... Al otro día, güelto del desmayo, se llega al puesto de a pie. Doña Prima lo tuvo casi un mes en cama pa curarlo, con ser que le agarró la enfermedad a tiempo... ¿Y cuando estaba hombriando bolsas? ¡Ajá!... Estaban hombriando bolsas en el galpón de la estancia. Se arrima Galvi a la pila... ¡Chambones estos criollos pa estibar!... Se viene en bando la hilada y lo aprietan las bolsas... El mayordomo cuando vienen a buscar un catre, ni pregunta pa quién es... Preparan la volanta, ordena, pa llevarlo a Galvi al pueblo...

Pasan las escenas de esa vida de trabajo y continuo peligro y sacrificio por el recuerdo de Troncoso, que al paso arrastrado de su mancarrón patrio va, entre una nube de tierra, llegando a destino. Todavía alcanza a ver ese último episodio relacionado con Galvi. Era pa las últimas elecciones. La gente, amontonada en el corralón, rebalsando de hombres de todas partes, mientras llovía a mares, esperaba los camiones que la iba a llevar a votar. Comían, bebían, tomaban mate. Algunos gringos no terminaban de comer. En eso el rubio Chupino salió pa juera, a cambiar las aguas, sindudamente, y ahí nomás lo atacó el pedo, y sacó el cuchillo y comenzó a desafiar a pelear. Galvi, tranquilo, salía pajuera, ¿y no viene y lo ensarta el rubio de una puñalada en la panza?

Desensilla el sargento en el patio de la comisaría y da el parte.

—Galvi esta vez tiene razón, el hombre. Tanicho lo ha abochornau muy fiero delante de la gente, ¿no? y le ha castigau a la muchacha... Valido de que el prometido es gringo, ¿no?, y hombre tranquilo, ¿no?, claro, la cachetió en el medio del baile, y puertió desafiando... Galvi no pudo, mesmamente, salir, sino es si guro que otra cosa hubiera sido... Pero ahura la polecía va a tomar medidas...

—¿Medidas?... ¿Y qué medidas vamoj a tomar? ¿Qué te parece a vos Troncoso?

—Y usted sabrá, comisario...

—Bueno, andá a sestiar, nomás... Ya vamoj a determinar...

Al caer de la tarde está Galvi en el patio de tierra de su rancho, en su chacra. Levantó las casas a la orilla de la cañada. Un monte tupido de ceibo las esconde del lau del poniente. Un tala enorme le sirve de ramada. Contra el tronco, están arrimadas las tijeras y las picanillas que tiene listas para hacer la troje. El maizal está lindo, pero no le da alce. Pa peor se puso a sembrar maní, y el cadillo se está viniendo como peste... Y los loros... Y la agua, que ahura no tiene salida por culpa del terraplén que están levantando los gringos de la cuadrilla, porque al patrón

se le ocurrió que puede defender el campo de las crecidas del río... Vean, pues, querer atajar las aguas... En fin... Galvi siempre tiene quebraderos de cabeza.

Pero a esta hora, mientras le acarrear el mate y él se está en la sillita baja asiándose los pieses en esa media lata de querosén, mira con cierta satisfacción ese campo verde de altas plantas que nacieron de su trabajo... ayudau, cierto, pa qué va a negarlo, por las muchachas... Sí... guapas, las pobres... Si el varón le hubiera salido de güena cabeza... pero, en fin...

¡Cómo no le va a disculpar a ellas que le hayan hecho pasar malos ratos! Casiana, por un ejemplo... La vieja, su madre, tiene la culpa. Pero él sabe, aunque no quiera reconocerlo, que Tanicho y la muchacha se entendían. Criollos los dos. Los dos livianos y sin cálculo.

—Los gringo, Galvi, son güenos hombres... De trabajo, tranquilos... cariñosos con la familia... no son hombres de andar en los bolicho, Galvi... Y hoy, y mañana, y así machacando Y machacando... Y el mismo gringo grande, tan güen hombre, tan servicial... Que hoy una botella de vino... que mañana le traiba la provista del pueblo, y siempre tan respetoso... Güeno...

La muchacha que nunca había sabio decirles que no le acetó el compromiso. Cuando dentró Tanicho, ya vio que algo iba a pasar, claro. ¡Él hubiera hecho lo mismo, qué caracho!...

Entró Tanicho, la agarró de un brazo a la muchacha y le pegó una cachetada delante de toda la gente y del novio, que se quedó de brazos caídos, sin atinar a nada, mientras Tanicho echaba mano y salía pajuera golpiando con la marca «Sol»... Él saltó pa castigarlo a ese atrevido, ya que el prometido no atinaba a cumplir como hombre. Pero no lo dejaron, prendidas las mujeres dél, llorando. Él le hubiera enseñau a respetar a loj hombres, porque el castigo no era pa la muchacha... Él sintió en la cara la vergüenza...

—¡Y vea el hombre, caracho!... ¡Güen marido iba a darle a su hija!... Si es que se la daba, porque a este paso, ¿quién se la va a defender, después, cuando no esté su brazo?...

Se endereza Galvi. ¡Él le va a enseñar! Él lo va a buscar y ande lo encuentre lo va a ca... ir a chirlos y a planazos, como se merece, ¡mocoso atrevido!...

Casiana, con la mirada baja, le alcanza un mate, y le pregunta que pa dónde va, a esa hora. El caballo que tiene agarrau no es tampoco pa confiarse de noche, es asaustau de la sogá y...

—Vaya a ayudarla a su madre y no se meta ande no l'importa...

Galvi ensilla y sale. El tostau se espanta a cada rato. Unos buenos chirlos lo sosiegan.

Al pasar por la carpa de los terraplenadores, lo saludan los gringos, cordiales...

—¡Eh!... ¡Addio, don Galvi!... ¡Salimo de gaucho, don Galvi!...

«Gringos maulas», piensa don Galvi. Ahí están, llenos de fideos y de vino, después de ocho horas de estar meta pala entre el barro. Cantando o jugando a

la brisca. Mientras él, solo, como siempre, detrás de algo desagradable, de algo que él no ha buscado ni provocado, tiene que andar a su edá, eso es, a su edá, en estos trotes... Su hijo andará por ahí, en las orillas de cualquier pueblo, en algún rancho, arrimau a cualquier mujer, o en las carpetas, o en los bolichos... ¡Tan guachito que era! ¡Tan zafau!... Sí...

Cuando ata su caballo, con doble ñudo para que no corte, en el palenque de «El Refalón del Laurel», se siente la jarana adentro del bolicho. Pero cuando dentra, haciendo sonar el culero que nunca se saca, todos se callan y lo miran sorprendidos. Tanicho no está. Muchos piones de la compañía, compañeros del mozo, están medio pintones, tomando vino negro.

No se anima a preguntar por el que busca. Toma una caña, y sale. Monta y agarra al tranco por el callejón, como hace muchos años, con un mundo de recuerdos haciéndole compañía. Como hace muchos años que no andaba. Solo, otra vez, buscando un rumbo, un sacudón para su cuerpo, un motivo para estirar los nervios. ¡Ajá! Pa jugarse, como en tantas otras ocasiones. Para probar suerte...

JUVENTUD UNIDA MUTUAMENTE

El nuevo comisario no daba permiso para correr carreras los días domingos, sino a los comerciantes que se comprometían a ayudar al gobierno en las elecciones. Y como don Bauchí era un solapado opositor, no quiso hacer un papelón con sus viejos amigos y se abstuvo de contraer tal compromiso.

Pero el negocio se le venía abajo y el hombre no sabía cómo diantres hacer para continuar alimentando a su abundante prole. ¡Cómo iba a concurrir gente al boliche si en él no se corrían carreras!

En cambio, el tuerto Rosalindo, aquel que lo supo liquidar de un tiro al gaucho Tacuara, sí pues... un tiro que le pegó en el candelero del cogote y le sacó limpito el tuétano... el tuerto Rosalindo, se despachaba sus cinco o seis «madajuanas» de caña y sus buenos cajones de cerveza, con ser que su boliche, un estrafalario «botiquín», no tenía «comparancia» con el de don Bauchí.

Pero es que la gente criolla no resiste la atracción de una depositada, ni pierde la oportunidad de cotejar su caballo en el camino, a ver si es tan ligero como en el campo.

—Mirá. Salió el macho viejo como 30 varas adelante, a las gambetas y lo atropeyé por entre del tacurusal... Y justo contra la liña de la Dominga, ¿no vengo y lo sobro con el picacito? ¡Tiene que ser ligerón el picazo!

A la sombra de esta afición, vivían tres o cuatro «compositores» de ciencia infusa o heredada, conocedores del remedio «pa ajuyentar la mosca»... Curaban la manquera del encuentro, el mal de orines, los «ñudos», las vejigas y a más sabían templar candados y gavilanes. Cada cual poseía un sistema, ocultaba un secreto. La cuestión es que un hombre de éstos «agarraba» un mancarrón, vivía con él, lo medía, lo miraba... y en veinte días lo adelantaba sus treinta varas, o para decirlo técnicamente: lo bajaba un segundo.

Entre los parejeros que venían corriendo en el andarivel de Rosalindo, el más ligero en dos libras era el Patón, un colorado mestizo de un tal Ángel Medina, mozo entrerriano, jugador y fantástico.

Medina lo vino a ver a don Bauchí para acomodarle el camino y organizarle

las reuniones. Se había peleado con Rosalindo por culpa de un fardo de «alfa» y ahora quería arruinarle el negocio.

—Yo le viá tráir la paisanada, don Bauchí. Mire, vamoj hacer una rifa. Lo rifamo al Patón y corremo una depositada con el cojudo de Antiyo... Yo no prentiendo más que la ración pa mi caballo... máij y alfa... Pida permiso, nomás, Don Bauchí.

Don Bauchí tenía cuarenta años de América, conocía nuestras costumbres y ya no le quedaba ni un pelo de sonso. Sí. Era redondo el negocio... Má... El gobierno tenía pocos meses de vida... a lo mejor volvían los amigos... y si se cambiaba y le erraba.

—No, Anquelito. Se agradece, ¿no? Se agradece... Pero, me he decau de carera. Las carera per lo crioyo. Nosotros, lo gringo, andiamo mal in estos nigocio.

Se fue Medina, renegando con estos gringos «más verdes que panza e'rana» y don Bauchí quedó caviloso.

Y de esa cavilación nació la Sociedad Filodramática, Musical y Recreativa «Juventud Unida Mutuamente».

Un vigilante, con cara de aburrido, estaba cuidando el baile. Es decir, cuidando los cojinillos y sobrepuestos de una treintena de caballos que, frente al galpón de zinc de don Bauchí, se adormecían al compás de las rancheras y chamamés con que iniciaba su existencia la sociedad.

Obstruyendo la entrada, como abejas en la puerta del cajón, criollos e indios seguían con mirada curiosa los firuletes que se esmeraban en hacer las parejas sobre el piso de portland, con restos, aún de maíz y lino. Filigranas de fabricación casera que llenaban de admiración a los curiosos, conocedores, hasta ese momento, únicamente del baile «liso».

—Miralo a aquel gringuito —comentaba un canoero—. Si se viene bordejando contra el viento.

Al fondo del galpón habían levantado un palco para la orquesta, con tabloncitos colocados sobre tambores de tracto, y todo adornado con gajos de sauce y paraíso. Del tinglado de pinotea, colgaban tiras de papel de barrilete, graciosamente retorcidas y unas banderas argentinas de franjas descoloridas y decoradas por las moscas, apenas destacaban, sobre el gris azulado de las chapas canaletas, su menesteroso color.

Sobre el palco, perfectamente visible y separada de los bailarines, la orquesta. El negro Villalba (la orquesta) cerraba los ojos, inclinaba la cabeza sobre el fuelle, y se quedaba dormido, acompasado por sus largas piezas, que ponía a prueba la lubricación de las tabas y chiquisuelas de los bailarines. A todo lo largo del galpón, sobre ásperos tabloncitos de pino Spruce, estaban sentadas, del lado de montar, las damas y del lado del lazo, los jóvenes. La separación era perfecta. Pero, en cuanto tragaba aire el fuelle, atropellaban los mozos y se producía un entrevero.

Caras tostadas, manos callosas, pies grandes y trajes arrugados. Botines re-

secos, vestidos largos o cortos, pero como de segunda mano, y un fuerte olor a perfume, a pimienta, a polvos baratos y a agua de pomelo.

Mucha seriedad. En los trabajos cotidianos, en la cosecha o peleando contra la langosta, mozos y mozas, que se conocían de chicos, que habían ido juntos a la escuela, a lo mejor encañados en el mismo mancarrón, chacoteaban y jugaban. Pero ahora, parecían desconocidos. Estaban con la cara tiesa y los ojos duros. Atropellaba el mozo y decía:

—Señorita... ¿gusta de acompañarme en esta pieza?

Y la señorita, toda abatada, se levantaba, tironeaba la pollera y acomodándose las peinetas de todos colores que adornaban su pelo, duro a causa del agua salada, se prendía del brazo del «caballero».

Empezaban un paseo de braceté, bajo las miradas complacientes de las madres, que con hijos pequeños en las faldas o confortablemente prendidos del pecho, asistían alegres al nacimiento de la vida social en la colonia piamontesa.

—¡Ah! ¡Cómo se iba a poder vivir sin sociabilidad! —como decía el escribiente de la Administración.

Seguían paseando las parejas, mientras el acordeón se descongestionaba en escalas y bufidos, hasta que por ahí, cuando ya nadie sabía qué hacer ni dónde meter las manos, arrancaba el instrumento con una polka aprendida de oído, y bastante mal transportada, gracias a Dios, pero, como nadie sabía bailar, todavía, la cosa iba bien. El ruido de los botines sobre el piso de portland, a poco apagaba el estrépito del instrumento, con lo cual salían ganando bailarines y mirones.

Debajo de un parral, alumbrados por un «sol de noche» asediado de mariposas y bichos de todas layas, los viejos rodeaban una mesa. Se jugaba al truco y al tresiete, por «pasar el rato».

En el mostrador del almacén, «a puertas cerradas» como quien dice, se despachaban vasos de caña y de vino. Los bailarines y mirones vuelta a vuelta escapaban del salón para hacerles un «dentro» a las copas. Quedaba un solo tablón ocupado, y por un momento la conversación de las mujeres dominaba el silencio de la noche y los ruidos del contorno.

La música les daba sed a los mozos. Cuando salían del boliche, ahí nomás, contra la puerta del salón, cambiaban las aguas, como es costumbre, y a veces estaban en mitad del salón y no habían concluido, aún, de acomodarse las braguetas.

Pero, según el comisario, que estaba en la rueda de los viejos, meta cerveza, «estaba todo moi tranquilo y los mamaus no se habían puesto imprudentes tuavía».

Don Bauchí, satisfecho y alegre como hacía rato no se lo veía, andaba como luz mala, apareciéndose por todas partes. Daba un bombazo a los faroles; se paraba a conversar con el comisario; atendía el despacho y todavía se acordó de encargarles a las muchachas que pusieran las ollas al fuego para hacer el café.

Los socios más presentables de la recreativa acarrearón, luego, los vasos, pocillos y tazas de café en grandes bandejas, donde también cupieron masitas, confites y cigarrillos sueltos.

Estaba linda la fiesta. Don Rugiero Germiniani y Jacinto Azcona, presidente y secretario, medio «empedones» ambos, circulaban por el salón con aires de dueños de casa.

—¿Ha visto don Germinián, que hay poco porqueriaje? ¡Toda es gente güena!

Presidente y secretario se encargaron después, de suministrarle combustible al acordeonista, al milico y al comisario.

A esta altura de la fiesta, el señor comisario, don Bauchí, y don Germiniani están en una piccita, cenando. Es la cena para el comisario que, medio «picau» el hombre, cuenta cómo lo sacó una vez al gaucho Alambre de un boliche y le pegó tal paliza, que tuvo que mandarlo al hospital de Tijereta, donde lo tuvieron tres meses en compostura...

—Eh... —dice don Rugiero—. Si esta quente ve blandura, incomincha a pisarlo a uno nel cogote...

Están en estas científicas especulaciones, cuando se siente un alboroto, un tropel, un griterío de mujeres y voces airadas de...

—¡Dejemén, miér... cole!

—¡Atajenlón a esa miér...!

Salta el comisario y atropella al salón, donde la gente está remolineando. Se abre paso a golpes de fusta y gritando:

—¡Paresén, miér... coles!

Acude, trastabillando, muy mamau, el milico. Remolinea el machete y abre cancha.

En el suelo, al lado de un facón, está caído un mozo. Sobre la camisa blanca, justo sobre el corazón, una mancha de sangre va extendiéndose hasta cubrir toda la pechera.

El milico cuida la puerta del salón y no deja salir a nadie. Después de atender al herido, requisa a todo el mundo y al rato, uno de los tablones queda cubierto de cuchillas, revólveres y facones y puñales...

Se ha suspendido el baile. El comisario embarca al herido y a otros dos mocitos, con los cuales fue la cosa y antes de irse, le observa a don Bauchí.

—¡Vea el baile de sociedadá...! Pero, fíjese, amigo. Ni un cursiento de estos ha dejau de cargar sus armas. Dése cuenta... Y yo, que por las damas, vengo y no requiso a esta mocosada... Animales de miér... coles. ¡Yo les viá dar sociedad, borrachos de miér... coles! Si ahurita, nomá, los agarro amontonaus y los caigo azote... Pero, vea que andar bailando con todo ese fierrero encima... ¡Hágame cantar!

Don Bauchí cierra el cajón, no sea que en el alboroto algún distraído venga y se le alce con las chirolas. Después comienza a apagar los faroles.

Piensa, entretanto, que tendrá que fundar un cuadro de fútbol u otra cosa por el estilo... Furbo, eso.

Pero, ¡mire que andar desencontrau el hombre!

Al rato, por el camino real empieza a desgranarse la gente, entre gritos y pechazos de caballos. Los autos arrancan con fragoroso estruendo. Los caballos de los carros se asustan y se enredan en los tiros. Siguen, después, gimientes, las volantas, carretas y chatas, chirriando las mazas, las yantas los planes resecos.

Con sueño las muchachas que regresan con los vestidos más sucios y arrugados y los pies doloridos, por fin descalzos.

Aclara. De los pastos, húmedos de rocío, se levanta un tenue vapor, perfumado y fresco.

En las telas de araña, sobre los cardos y espartillos, las gotas de rocío están como esperando el pico de los pájaros.

Los mosquitos zumban, alegres y agresivos y el cielo se ahonda y se aleja de este triste mundo, que nace a un día más de trabajo y miseria.

PANCHO GAMBOA

Pancho Gamboa andaba preocupado, porque ya estaba el domingo encima y los preparativos para el baile quincenal de la «Juventud Unida Mutuamente» habían sufrido una completa paralización.

—Y todo —decía don Pancho en la cancha de bochas del boliche de don Félix—, todo por culpa de ese gringo angurriente que no quiere desocupar el galpón, con ser —agregaba— que están los barcos en la costa y nada le costaría embarcar esas cuatro bolsas locas de maní...

El almacenero de la otra punta de la colonia fomentaba en toda oportunidad esos descontentos, porque así, y como quien no quiere la cosa, el gringo con sus porquerías de bailes le quitaba la clientela de esa noche del sábado, que era la más aparente, según su expresión, pa divertirse, y la que por lo general, dejaba sus buenos pesos en el mostrador.

Siguió la jugada, y los comentarios, y entre ruido y ruido, y copa y copa, la noche se les vino encima, y con la noche, esa necesidad de desahogo violento propio de los hombres de campo reprimidos en sus ansias por una vida ruda y aislada, carente de distracciones, monótona y embrutecedora.

Cuando Pancho Gamboa montó a caballo, llevaba entre ceja y ceja el propósito de deshacer la sociedad. Total, estas cosas no servían más q'pa dijustos y pa quedar mal con medio mundo. Unos porque no pagaban la mensualidad y la noche del baile no los dejaban entrar y hacían barullo y hasta querían peliar; otros, porque no acataban las últimas decisiones de la Comisión Directiva, que había prohibido dentrar al baile (así decía la circular que les había hecho a máquina el escribano de la administración) de bombachas y botas... Estaba lleno de toda esta clase de contrariedades, y de las noches en blanco, que tenía que pasar tranquiando de un lau pal otro, pa evitar, sí señor, aunque parezca mentira, que los jóvenes chupaus se pusieran a cambiar las aguas en la misma puerta del salón (que, al final de cuentas, era el galpón, barrido eso sí, y adornau con papel de color, de don Bautista) faltando el respeto a la sociedad y a las damas. Porque eso sí, ya que habían hecho la sociedad, había que hacerla respetar.

Seguía así en su soliloquio Gamboa, al tranco de su caballo, cuando la luz de

un auto que doblaba por el callejón, saliendo de la administración de la colonia, lo encandiló. No tuvo tiempo de salirse de la huella, cuando ya estuvo el coche casi encima de su caballo. Frenó el auto y en seguida se tiró al suelo con el revólver en la mano, un hombre, que le gritó.

—Pedazo de animal... No sabe por ande anda... Capáz de hacerse llevar por delante, pa mayor trabajo de la autoridad.

Por la voz y la manera, reconoció al nuevo comisario, que seguro habría estau comiendo con el administrador, y volvería para la comisaría medio pintón...

No dijo nada. Se quedó empacau, rumiando su disgusto y con ganas de hacer una barbaridá. Vean las autoridades.

El comisario lo alumbró, pa más burla, con la linterna, y como de adentro del auto lo llamaran: —Suba, don Pedro. Es un colono del campo. Güen hombre. Déjelo.

Se volvió y entró en el coche. Gamboa salió de la huella, sin decir palabra, y cortando campo, enderezó para su ranchada.

El sábado por la mañana comenzó el apuro de don Bautista y de toda la familia. Barrer el galpón. Colgar los adornos. Preparar los faroles, que hasta la entrada del día, y gracias a los bombazos que cada media hora les suministraría el patrón, alumbraban como de día el salón y los contornos las noches de fiesta.

La cosa no era tan fácil como parecía. Había que pensar en tener el coche listo para traer a los músicos con sus instrumentos. Las ollas para el café y el chocolate. Traer del pueblo las damajuanas de caña y los cajones de cerveza, algunas botellas de vermú y masitas para las damas, y alistar la cena para el comisario, a quien tenía que agasajar para que le permitiera despachar bebidas toda la noche, y si mal no venía, hacer unos tiritos al monte entre la gente pesada que no bailaba, o hacer un tute codillo, pa pasar el rato. Además, lo que nunca falta, esa mañana había estau el presidente de la sociedad hablando de que quería deshacer los bailes, y otra punta de sonceras, que ahora ni recuerda.

Don Bautista ve llegar la noche con cierta impaciencia. No ve la hora de que comience la fiesta, por muchos motivos. Lo tiene preocupado, ciertamente, Pancho Gamboa, que solía ser tan comedido y respetuoso, y que en esta ocasión está serio y empacado, en un rincón del almacén, meta tomar ginebra. Lo pior es que sabe ser medio loco cuando toma, y esta noche es necesario que todos los que manejan la fiesta estén serenos y ayuden a contener la exaltación y los desmanes de los jóvenes, que recién comienzan a civilizarse gracias a estas reuniones que, mal que mal, se van realizando desde hace tres meses en la colonia.

Cuando los músicos comienzan a tocar una polca paraguaya, y están llenos los bancos de tablas de damas y jóvenes, separados rigurosamente en dos grupos, hace su entrada al salón el comisario, seguido de un sargento y un milico. Atrás suyo, el administrador de la colonia con su familia, niñas del pueblo, vestidas con cierta elegancia que desentona, y que hacen acto de presencia con

ostentación de democracia y llaneza, pero que se amontonan en un rincón, del cual no se moverán en toda la noche, ni bailarán para no mesturarse, como diría don Teófilo, con los gringuitos.

Pancho Gamboa, el presidente, de negro y corbata blanca, los ojos turbios y el andar vacilante, tiene que hacer los honores de la fiesta. Pero no se adelanta a recibir al comisario, ni hace ademán de brindarle asiento. Al contrario, apenas lo ve entrar, se da vuelta y se pone a conversar con uno de los músicos. Menos mal que el secretario remedia esta omisión y cumple con su deber. Cesa la música. Las parejas vuelven a sus respectivos lugares. Apenas se sientan las muchachas, los mozos salen ajuera, en tropel, y a gritos, piden bebidas en el mostrador del almacén.

Todos han dejado sus armas en poder de don Bautista. Los más desconfiados, que no lo han hecho antes, ahora que está el comisario se apresuran a depositar sus cuchillos y revólveres. La fiesta comienza a ponerse linda. Rodeando el galpón, un centenar de caballos hacen sonar los frenos; abajo del parral, los viejos rodean una mesa, y juegan a los naipes. Don Bautista corre de un extremo al otro; revisa los faroles incandescentes, coloca botellas de cerveza en el pozo; apura a las muchachas que en la cocina están haciendo café y chocolate, que servirán después en vasitos y pocillos, y todavía se hace tiempo para charlar dos palabras con el administrador y el comisario, que ahora, al filo de la medianoche, están hablando de política.

Dentro de un rato les servirán la cena al comisario y a los visitantes de calidad. Los jóvenes y las muchachas han bebido y comido masitas. El hielo se ha roto y aunque se conserve la separación de los asientos, un poco por costumbre, otro porque no deben olvidar que el galpón está bautizado y que en él celebra misas los domingos el cura párroco del pueblo cercano, durante el baile se habla y se ríe con animación, se conciertan entrevistas y visitas para los días venideros, y la sociabilidad se extiende domesticando y acercando a los jóvenes, huraños al principio y tímidos.

El administrador de la colonia, un poco por la índole de sus funciones y otra por su temperamento de hombre aficionado a la política y al mando, era francamente autoritario y se imponía a los colonos por todos los medios. Era violento y desconsiderado, defectos que con frecuencia hacían que los colonos olvidaran los servicios que inevitablemente tenían que recibir de él. Adelantos de dinero, garantías comerciales, préstamos de animales y otras atenciones de esa clase, que si bien redundaban a la postre en beneficio del mismo administrador, que tenía participación en las utilidades de la colonia, eran considerados por este como gauchadas y servicios que debían ser retribuidos con la adhesión más completa, el voto inclusive.

A pesar de todo, algunos lo apreciaban sinceramente. Entre ellos Pancho Gamboa.

Poco antes de medianoche, volvió al salón el comisario. Había cenado y bebido abundantemente. Volvió a sentarse cerca del administrador y a continuar hablando sobre temas políticos. Por momentos elevaba el tono de su voz, y era manifiesto su estado de ánimo excitado por el alcohol y la música.

El negro Villalba se dormía en unos interminables chamamés, que el rengo Lo-yarte acompañaba con voces, rasguídos y papirotazos sobre el plan de la guitarra.

Un gringuito que recién estrenaba pantalones largos estaba evidentemente molesto, porque la dama, aburrída de sus pisotones, lo había dejado plantado en el medio del galpón. Pancho Gamboa le daba consejos, con palabra trabada por su creciente ebriedad.

—Mirá, Abrancito. Hay que ser respetuoso con las damas. Vos te enojás porque sos nuevo. Pero el hombre debe saber disimular. Sí, pues. Hay que saber disimular.

—Yo le ví a enseñar a no ser propasada.

—No, vos tenés que respetar la sociedad...¿Cómo vamoj a conseguir permiso, y que las mujeres se arrimen si andamos bochincheando? No. Nuestra sociedad tiene que marchar adelante. Mirá, en Cayastá ya pasó una cosa fiera, por culpa de un muchacho como vos. Le prendió una trompada a una muchacha porque no quería salir a bailar y ahí nomaj el hermano le sumió el cuchiyó. Ahora han prívado los bailes.

Conversándolo de esta suerte Gamboa lo iba sacando al muchacho para afuera, cuando al llegar frente al rincón que ocupaba el administrador pudo oír cómo el comisario, a grandes gritos, le decía:

—Todos ustedes son iguales. Las apariencias apenas tienen de honrados, pero son tan pillos como los pillos que amparan en sus campos...

—Vea, comisario, con quién trata. Modere su lenguaje...

—¡Qué ví moderar!... Usté es el pior de todos y sus colonos una sarta de bandidos...

Gamboa se puso pálido. Era la segunda vez que se sentía ofendido. Ahora, y a pesar de sus recientes consejos al muchacho, se dio cuenta que no iba a poder contenerse. Sí y se dio una chance. Pensó: «Si no pasa a mayores, lo dejo... pero...»

Y no se había concluido de formular este propósito cuando vio que el comisario levantaba la fusta, mientras gritaba:

—Todos son malos, pero no sirven pa mier...

No alcanzó a concluir la frase cuando lo alcanzó el disparo de Gamboa. En el suelo quedó el hombre, revolcándose en los estertores de la agonía. El milico ni el sargento podían llegar, porque el remolino de la gente asustada se lo impedía.

Pancho Gamboa guardó el revólver y salió, tranquilo. Estaba fresco. Montó a caballo, y se perdió en la noche.

Una vida menos y un hombre perdido para siempre... Bah... Cosas de hombres.

GENTE DECENTE

Apenas pasada la siesta veníamos por ese callejón, renegando. Hacía mucho calor, un calor impropio de agosto... Langosta, seguro.

—Si nunca le falta al pobre un rial pa yerba...

El viento norte levantaba cortinas de tierra. Y así íbamos cuando enfrentamos la chacra de Pedro Mestizo. Linda población. Buenos alambrados. Muchos frutales. Una hermosa chacra.

Para molestarlo a mi compañero, le digo:

—Ahí tiene, Juan. Si es de balde. El que trabaja adelanta...

—El que trabaja... Parece mentira que un hombre como usted crea, todavía, en el trabajo... Diga más bien que el que hace trabajar a los demás... el que no le tiene lástima a nadie, y es egoísta y tacaño, que este adelanta... y dirá la verdad...

—Oh... déjese de paviar. No me va a salir diciendo ahora, que Mestizo no es un hombre de trabajo...

—¿Y di'ái...?

—Y, que el trabajo le ha hecho levantar cabeza. Mire. Hace diez años acá no había más que dos latas y unas paredes de barro, y ahora usted ve hasta molino...

—Oh, qué joder... Yo también he trabajau, amigo, esos diez años. He trabajau personalmente... Me he pelau el traste, sin metáforas... Qué se créé... Sí. No mosqueé... Si yo también he sido hombre de libros y de papeles, qué jorobar... Bueno. Como le digo. Trabajé esos diez años, y más que Mestizo, y dígame, ¿qué miércoles es lo que tengo?... Ando galguiando, igual. Pero usted es como todos, acostumbrado a juzgar a la gente por lo que tienen... Usted sabe que no me gusta hablar mal de nadie. Pero ahora le voy a hablar de este hombre, para que aprenda a no juzgar por las apariencias. Le voy a contar un hecho amargo, una de esas cosas que cuesta creer, pero que ocurren con mucha frecuencia. Voy a hacer una salvedá. Usted sabe que yo no voy a misa, ni le ando oliendo el trasero al cura como los otros colonos... Usted lo sabe porque todos lo comentan. Bien. Yo no creo en Dios. Y por eso, por no creer en Dios le pago el mejor salario a los peones, a los contratistas, a esta pobre y desdichada gente que revienta

por nosotros... Bueno, yo no creo en Dios, pero si a mí un hijo me hiciera los reproches que el hijo de Mestizo le hizo antes de morir, le juro que iba por ahí, a la costa de un zanjón, y me reventaba la cabeza de un tiro. Preferiría quedar cuero perdido al lau de cualquier yuyo con un agujero de bala en la cabeza, que ir a rezarle al cura los domingos para seguir explotando hasta a la familia durante todos los días de la semana.

»Un día de aradas en junio, mes perro, frío y con neblinas, el hijo de este hombre, un muchacho tiernito, de unos catorce años escasos, se descompuso arando. Unos peones lo trajeron a las casas. Echaba un agua verde por la boca...

»Lo dejaron sobre su cama. Tenía un colchón de bolsas y chalas tapado con una lona vieja de catre. Allí quedó.

»Esa noche cayó una helada bruta. Y al otro día, cuando entraron a despearlo para que atara los caballos, lo encontraron caído en el suelo, la boca pegada a un charco de sangre. Frío, pero revivió.

»No sé para qué miércoles sigue viviendo la gente desdichada...

»A los tres o cuatro días, mi mujer —usted sabe cómo es de metida— que es medio pariente de la mujer de Mestizo, lo fue a ver al muchacho.

»Lo encontró tirado sobre su catre, pálido, acabado el pobrecito.

»Entró a conversarlo, a acomodarle la cama. Ardía de fiebre.

»Dolida de verlo así, tirado, le pregunta:

»—¿No querés algo, hijito?...

»—Sí, quiero verla a mamá...

Salió mi mujer. La llamó a la madre que andaba por ahí, trabajando, y que a sus razones, entró al cuarto, la voz dura, el gesto frío:

»—¿Qué querés?

»—Mamá...

»—¿No sabés que ando ocupada pa que a cada rato andés jorobando con tus zonceras?

»Quedó el chico callado. Pálido, cansado y como ido...

»Bueno. Como a los diez días vuelve mi mujer. «Aunque me pongan cara e'perro, pobre inocente, él no merece ese purgatorio...».

»Ya ve. Palabras de mujer ignorante, nomás... Fue, como le digo, y ya se dio cuenta que poco le quedaba por sufrir al pobrecito. Lo dio vuelta en la cama para acomodarlo un poco, y vino a ver que el inocente estaba revolcado en sus orines, vaya a saber de cuándo. Los cuartitos eran una sola llaga. Lo cambió y le dijo a los padres, que andaban por ahí, rezando y prendiendo velas, que buscaran un médico e hicieran algo por el muchacho.

»Padre y madre, con una extraña conformidad, le dijeron que estaban, de antemano resignados... Que si era voluntad de Dios, qué iban hacerle... Que el doctor les había hablado de Córdoba, de tuberculosis.... de que ya no había remedio... Para qué afligirse...

»En fin, amigo, algo inaudito.

»Mi pobre mujer, que en casa tiene que lidiar con seis bandidos que comen y ensucian todo el día, se quedó a acompañar al chico durante sus últimos momentos. Así, una mañana, cuando vio que el chico se cortaba, llamó a los padres.

»Entraron con sus rosarios y se quedaron, contra la pared, sin una lágrima en sus rostros fríos, sin una palabra...

»Y entonces, con las carretillas apretadas, con un soplito de voz, comenzó a hablar el inocente... ¿De dónde sacarán esa lucidez las criaturas? Del propio dolor, seguro. De la propia angustia, brota como un agua la sabiduría... Sí... Habló.

»—Papá... Usted va a tener que perdonarme... Cuando usted me castigaba y se enojaba... es que yo no podía atar los caballos... papá, no podía... No tenía fuerzas... Y a mi hermano usted nunca le decía que me ayudara... Perdóneme, papá... yo ya estaba enfermo...

»Un silencio. A mi mujer se le apretaba el corazón. La madre y el padre rezaban.

»—Y otra cosa le voy a pedir, papá... No castigue tanto a los animales. Los pobres trabajan para nosotros. No los maltrate tanto...

»Volvió los ojos hacia la madre. Su mirada triste, como la de un perro, buscaba en vano los ojos de la madre...

»—Y a usted, mamá... Una vez no me quiso dar torta... Nunca quería darme torta... Pero yo comí torta dos veces... dos veces he comido torta... Una vez me dio la tía Juana... Y la otra vez, cuando iba para la doctrina compré una torta de cinco en lo de don Pablo... La saqué fiada... tienen que pagarla... no dejen de pagar mi torta... Tan bueno, don Pablo... me fió la torta...

Mi mujer lloraba como loca. Los padres rezaban, resignados. Y el chico se murió, cargado de dolores y sufrimientos, a una edad en que otros chicos juegan y estudian...

»De esto no hace mucho. Ahora, usted ve todo tan lindo, oculto hábilmente, tras estas apariencias decentes.

»Bueno. Después de esto, usted dirá que yo soy un tipo amargado, un exaltado, dado a agrandar las cosas. Y no es así. Estoy profundamente enfermo de ver tanta injusticia, tanto egoísmo, tanta dureza de corazón, y todo. La casa. Los árboles. Gente de trabajo. Hacen patria. Y todos los días domingos van a misa. Gente decente.

»Como Mestizo son la mayoría de nuestros agricultores. Un mal sistema de explotación de la tierra los ha hecho sórdidos, mezquinos, y duros. Y es la miseria, es la avaricia de la cual no consiguen desprenderse más. De estas cosas tiene la culpa el arrendamiento caro, la libreta del almacenero, y la manera miserable en que viven y trabajan. La mayoría de ellos son extranjeros, con el hábito de la esclavitud como herencia de varias generaciones, demasiado humildes, demasiado esclavos. No saben disponer de la abundancia, cuando la

obtienen, y mezquinan hasta la comida a sus hijos. Apenas éstos tienen 9 ó 10 años de edad, ya los hacen trabajar, y los hacen trabajar en una forma desconsiderada y brutal, en todos los trabajos de la chacra. El resultado de esto, usted lo comprueba en las revisiones médicas para el servicio militar. El hijo de colono de esta zona norte de la Argentina, es inepto en su mayoría. Insuficiencia torácica... Mala dentadura... enfermedades orgánicas hereditarias.

»No será un elemento ponderable para nuestro adelanto esta generación de argentinos que ha desertado a edad temprana de la escuela, de la niñez y de la salud. Y vaya a saber cual generación será redimida. Si continuamos con los mismos sistemas de arrendamiento y de explotación de la tierra, ello no ocurrirá nunca.

»En la actualidad, en grandes colonias, los nativos hablan mal el castellano. No saben leer ni escribir. Son mestizos de india y extranjero, o viceversa. Hay un cruzamiento entre las mismas familias, entre parientes, que degenera rápidamente la raza. Esto se hace para evitar la disgregación de los bienes, de los animales, de las herramientas. En colonias más adelantadas, donde el colono es dueño de pequeñas parcelas, llamadas concesiones, al cabo de pocos años, todos son parientes, y los estigmas de tal cruzamiento son perceptibles a simple vista.

»Otro factor negativo lo constituyen los malos curas católicos. Con sus hipocresías y morales, consiguen que las enfermedades venéreas no se curen, se propaguen entre los propios familiares, y que todos los atentados sexuales se cometan en la sombra. Sin embargo se conforman con una apariencia de virtud, con una apariencia de bondad y de caridad que, cubriendo todo ese fondo de ignominia, de miseria y de basura, impide que la luz de la verdad, y que el sol de una moral humana alumbren y curen la enfermedad.

»Sí amigo. Mestizo y su mujer sacuden los carozos de sus rosarios, todos los domingos y días festivos, en la iglesia, ante el bulto sombrío de los santos y de las vírgenes...

»La hija mayor da clase de religión en la escuela fiscal próxima.

»Debe enseñar una cantidad de patrañas, que ella en realidad, ignora. Que no ve practicar en ninguna parte...

»Y vamos viviendo, sin embargo. Todos vamos viviendo entre la ignominia, entre la injusticia. Respirando este aire cargado de malos olores... Y sin esperanzas de ninguna clase. Esa es la cosa.

Castigamos nuestros pingos viejos y arrancamos al galope entre la tierra. El aire, cargado de calor, traía de las islas un aroma silvestre, agradable. Olor a campo bruto, a pajonales, a almizcle de yacaré. Olor de la naturaleza antes de ser prostituida por el hombre.

RETRATO

Basta mirar ese curtido rostro
para medir la altura de su pena.

Soles y vientos trabajaron recio
sobre la arcilla dócil de su cuero,
doblegaron sus huesos, encorvaron
sus espaldas.

Cuarenta años de colono.
Sesenta años sobre la tierra ajena.

Cortos fueron los días de su dicha.
Largos fueron los días de su pena.
Encontró apoyo en otro cuerpo débil,
descanso en otros ojos buenos,
pero en el surco de sus días largos
y derechos,
cayó tan solo la semilla ajena.

Apenas queda vida en su mirada.
Pronto será la noche en su contorno.

Oye mi voz, buen viejo, antes de irte...

Vuelen gaviotas tras tu arado.
Tienda la noche nubes de rocío,
piérdase toda huella de tu marcha,
desaparece entre la sombra negra
del campo.

No lloraré tu muerte,
No sentiré tu ausencia
ni la fragua ni el fuego,
ni las bestias ni el yunque,
ni martillos ni aperos.

El olvido cubrirá tu muerte,
el orín se comerá los hierros.

Yo quedaré pensando en tu cansancio,
en el dolor dormido entre tus dedos...

PUEBLOS

APARIENCIAS

Desmontó ágilmente y se volvió, al paso desgano de su caballo, hasta quedar, como está ahora, de espaldas al gentío que llena la cancha de carreras.

En esta partida le va a hacer la seña al rosillo y entonces van a ver los que se están riendo del caballo, del compositor y de él mismo, si eso que han traído tiene o no tiene bien templados los garrones...

¡También... este don Francisco no tiene perdón de Dios...! No viene y le atra-ca un talerazo al rosillo y le grita... ¡ingo...!, como si el caballo no diera más, ¿y todo porque estaba remoliniando en la cuarta partida? y fue así como llegaron a la punta del andarivel: don Francisco arreándolo al parejero y la gente riéndose del caballo y del viejo, a más no poder... Al rato ya no se sentía más que: «pago tanto al oscuro..., pago cuanto al oscuro», y al rosillo no llamaba nadie. De vez en cuando, únicamente, se sentía la voz tranquila de don Francisco gritando: «¡pago!» cuando daban usura.

Ahora mira el camino polvoriento que pasa por el cementerio y se afina hacia el sur, espantándose en recodos y curvas, adelgazándose en las rectas arenosas y asujetando sus polvaredas en los callejones alambrados de las colonias. Serviliano mira el camino y al rato, con esfuerzo, recupera la conciencia de su desazón y de su desgano. Por fin se da cuenta de que a él, al rosillo y a don Francisco les viene ocurriendo algo raro; que están viviendo mal, como equivocados. Ajá... esa es la cosa. Andan con la baraja desacomodada y por más que la abarajan... nada... No sacan ni la espadilla ni el as de basto ni el siete bravo...

Ganan. Sí. Es cierto. Para qué van a negarlo. Ganan, pero es como si no ganaran, porque ganan sin fantasías ni lujos. Ganan haciéndose los zonzos, entre la burla y la risa de las gentes, y, al cabo, esta ganancia no lo enllena a un criollo... no lo repleta del todo...

Salta Serviliano con un salto ágil y lo da vuelta por la izquierda al rosillo. Lo levanta en las riendas, mientras con la zurda se agarra de la pechera y lo comienza a mover, despacito, buscándole juego, dándole lau al oscuro, que con su corredor arriba, arranca en dos patas, ágil y nervioso. El rosillo levanta arriba la cabeza y se abalanza en saltos cortos, estribando violentamente, haciendo

retumbar el piso. Se ha puesto hermoso de golpe, con la mirada viva, la cabeza alegre y ese empuje y esa fortaleza en las patas. La gente queda abriendo la boca, porque ese no es el mismo mancarrón que hasta hace un rato arrastraba los pichicos y marchaba con las verijas sumidas... Y es la seña... El rosillo sabe que debe correr en esta partida o en la siguiente y el noble animal se apronta a ganar una carrera más...

Cuando don Francisco llegó a las fiestas, traía ensillado un mancarrón coludo y ranilludo, y de tiro, un zainito relumbroso, en gran estado. Se hospedó cerca de las carpas y en seguida lo acomodó al zaino en la estaca, le puso tapado y piquera, y al otro caballo lo ató rienda arriba, de un árbol. Dejó los caballos y se entreveró entre la gente a ver si podía concertar alguna carrera. Después de mucho hablar y discutir se vinieron unos cuantos aficionados a ver el caballo y no se le animaron. Don Francisco los desafiaba en todo tiro y por cualquier plata, pero no le hacían el gusto. Sabían que el hombre era diablo para las carreras, a más de ser el mejor compositor de los alrededores, y no conociendo tampoco al zaino, le empezaron a pedir despropósitos para no hacer carrera...

—Si medá la cortada y 10 kilos, le corro con mi oscuro marca estreya, don Francisco. Le corro dos libres...

—No, amigo. ¿Cómo le ví dar 10 kilos con mi cabayito? No vé ques chiquito y que lo traigo de lejos y que está medio asariau mi cabayo?

—Por algo habrá venido de tan lejo...

—Y, de aficionau que soy he venido... pero, les garanto, cabayeros, ques bajón mi cabayo. Nunca ha sido gran cosa, y menos en el estau en questá, negau a la ración y caldiau en loj vaso...

Así estuvieron, sin poderse acomodar, hasta que allá, a las cansadas, don Francisco, perdida la paciencia, los desafió a grandes voces en estos o parecidos términos:

—Güeno, señores. Últimamente, y paque vean que Francisco Troncoso no es ningún usurero, les ví correr dos libres, a cualquier cabayo que me enfrenen, con mi cadenero, ese rosillo maltratau del lomo que está ahí, atau al palo... Vayan saliendo los gauchos de esta orilla, que habían sido ventajeros ques porquería...

—Le corro con mi oscuro a su cadenero, don Pancho...

—Y bueno, amigo. ¿No he desafiau al que enfrenen?

—¿Y, por cuánto vamoj a serla?

—Por quinientos pesos les corro... A nombrar terceros, señores...

Y se hizo la carrera. Del montón salió un hombrecito de bombachas azules y botas amarillas, con traza de chacarero. Fue y lo enfrenó con un frenito desgonzau al caballo, y lo sacó meta talón. Daba lástima verlos.

Se tuvo la sensación de que la calentura de don Francisco le iba a costar buenos pesos, y era una picardía que un hombre como él, tan aficionado y generoso en el juego, fuera a servir de estropajo a esa pandilla de desalmados que le

corrían al cadenero con el mejor caballo del departamento.

Y esta creencia y lástima se hizo general después de las primeras partidas y peor, cuando don Francisco, como con rabia, vino y lo arrió con un chicote al rosillo que no quería cabrestiar, y así lo llevó, como si fuera una lechera, hasta la punta del andarivel.

Sí. Es en estas circunstancias, hechos y burlas en las que está pensando Serviliano. Al final, claro, abrirán la boca y se llenarán de admiración por el rosillo, que es una luz en los dos libros, ligero y guapo y sufrido el buen criollito. Se llenarán la boca con las diabluras de don Francisco. Véanlo al viejito, y cómo supo engañarlos tan lindo... Sí... y don Francisco se iría con el cinto lleno de buenos pesos, y el caballo se daría su buena vida por un tiempito. Pero él no tendría desquite. Esa es la cosa. Él quedará con su facha de gringo y sus tremendos bigotes en la memoria de toda esa gente. Y hasta alguna vez, ya lo está oyendo, lo mencionarán, como es costumbre, más o menos así:

—¿El corredor del caballo? Sí. Un hombre vejanco, bigotudo, con facha de infelí... en aquella ocasión cayó con unas bombachas azules y unas botas amarillas, que semejaba, propiamente, un colono. No parecía malo, el hombre, pero, ¡vaya a saber de dónde diablos lo habrá sacau don Francisco!

Y todo estaba en la misma combinación, sus bigotes y la matadura del rosillo. El año pasado, cuando le pegó ese tremendo bolsazo la hija de don Yentil, el almacenero de Fortín Verde, él le dijo al viejo que se iba a afeitar el bigote y a vestir como la gente, que ya estaba cansado de andar dándose las de infelí... Que al final pasaba por un desgraciau y que las chinas más arrastradas se daban el lujo de despreciarlo, y lo miraban como a carne de cogote. Que en esa forma y como no le gustaba la bebida, no le quedaba más que la carpeta... y que ya estaba cansado del juego, porque cuando ganaba, ¿qué podía hacer con la plata? Tirarla viendo como los otros se divertían con su suerte... Porque él, con esa apariencia, no encontraba más que burlas entre el chinerío... Y los hombres también lo tenían en menos, aunque él era generoso y seguidor en las farras... Que estaba cansado de su oficio de atrapa-bobos.

Pero don Francisco lo supo rogar tanto y cuanto y con tan buenas razones que no tuvo más remedio que quedarse... «que acompañarlo en estos últimos años de su vida, que ya son pocos, gracias adiós, y vos sos el único que te vas a doler de mí...». Sí. ¡Qué caracho! Pobre viejo... Pero, ¡caracoles! ¡También se precisa ser desgraciau...!

Está en estas reflexiones y pensamientos, que se van formando lentamente en su conciencia, y que traducen un proceso de largos años de amarguras y de desalientos, cuando oye, nuevamente, la gritería y el rumor de la gente, impaciente por ver el final de la carrera.

Monta Serviliano y enfrenta la cancha con su caballo, que está agatillado, pronto para saltar cuando lo anime... Pronto para sacarle los pieses al otro caballo.

Al fin y al cabo, esto no se lo puede quitar nadie. Este placer de entender y dominar y de sacarle tal furia al rosillo... y tampoco el gusto de ir en una exhalación de medio minuto, bebiéndose ese lindo viento de la tarde, entre el rumor de la gente, cruzando ese bosque de carros, carpas, jinetes y mujeres...

No importa la apariencia, claro. Qué va a importar. En estos momentos de embriaguez y de amor propio satisfecho, claro que no le preocupa ningún problema. Es luego. Es después. Esta noche nomás, como otras veces, que el asunto viene y le asalta. Si parece gringo por su manera de conformarse... ¡Total, ya es vejanco! Está arruinado por culpa de cuidar el peso, esos 60 kilos del demonio. La cuestión es tener, también, alguna viveza... Pero, antes, cuando tenía 20 años y corría pierna con pierna y por el medio e' la calle, meta grito y lonja, y ganaba, ¡cómo se abajaba con la cara llena de una sonrisa de satisfacción y tomaba sus copas a la salud de todo el que gustara y por la noche, menudito, ágil y alegre, lo rodeaban las mujeres, y él no les reculaba ni un tranco de pollo...! ¡Esa es la cosa! Sí, hace 20 años...

Esa noche, después del rotundo e indiscutido triunfo del rosillo, está Serviliano en la carpa grande, en un rincón medio alegrón bastante. El acordeón rezonga sus monótonas polkas y chamamés aprendidos de oído, mientras la guitarra le atenúa las fallas con el «chás-chás» de sus rasguídos en dos tonos.

Serviliano, insignificante, perdido en el rincón observa la animación y la alegría de los otros. A ratos, escucha algún comentario de la carrera, y el elogio obligado a la viveza y a la sabiduría de don Francisco. Nadie parece haber reparado en él, ni lo distinguen como el corredor del caballo...

Con ser, piensa Serviliano, que si él no lo aventaja en el «vamos» al otro corredor, no gana, y si no lo comienza a castigar al rosillo desde el libre y medio, se le queda el pingo viejo, que llegó agatas. ¡Qué diablura, ni qué viveza, ni qué recuerno!... Él, que lo sintió flaquear al caballo y vio cómo se le iba quedando, sabe bien que apenas si habrán bajado los diecisiete segundos... ¡Bárbara juria! Pero ese es su destino, ¡qué miércole!...

Y fue, en realidad, su destino. Esa noche había inusitada animación en las carpas. La gente se cruzaba de unas a otras, chupaba y bailaba. En algunas se tiraba el hueso. A media noche todos estaban ebrios...

Serviliano, en el mismo rincón, borracho, no veía más que una confusa ronda, como un girar de calesita. Y estando así, sentado, inconsciente, ajeno al mundo y a sus propios sueños, vino el Tacurú y le sumió la cuchilla en el costado. De callado nomás. De gusto. Así fue la cosa.

Murió en seguida. Murió hecho un montoncito insignificante, ahí, sobre la gramilla pisoteada de la carpa. Durante un rato la gente siguió bailando y vociferando, algunos lo pisaban creyendo que era un borracho más, caído en el suelo...

Y recién cuando el Tacurú comenzó a gritar, con la cuchilla roja de sangre en alto, desafiando a peliar, y los milicos lo agarraron, recién entonces se acercó

uno al caído, y dándolo vuelta, le notó la camisa empapada de sangre...

—¡Oh!... ¿Y esto?...

—Che, ¿y quién es el pobre?... ¿quién es el dijunto?...

Y se vino a saber que era «ese pobre hombre, medio zonzo, que hoy lo corrió al rosillo...».

DEL MAL AMBIENTE PUEBLERO (Historias en ocho acápite)

1. «*Tesen tranquilos. No renuncieo*».

(Anónimo por razones personales)

Bajo, regordete, echado para atrás, llegaba apurado a la Jefatura. Arrollado al pescuezo un ponchito imitación vicuña. Miró de reojo al imaginaria, no fuera que este dejara de cuadrarse reglamentariamente, y pasó a la oficina del secretario.

Habló con voz fuerte, ronca, autoritaria. Alcohol y tabaco.

—¡Salute!... ¡Qué tal, qué tal!...

—Y acá estamos, compañero, como pan que no se vende.

—¡Oigalére!... ¿Y qué noticias hay del jefe?

—Ninguna. No telegrafea. Ayer tuve todito el día esperando el dichoso telegramo, y ni fóforos, che.

El secretario, hombre de cierta edad, se agachó sobre unos papeles, y el sumariante pasó a su oficina.

El personal de la Jefatura estaba intranquilo. Por las habitaciones ruinosas y por los corredores cruelmente castigados por el viento pasaban empleados y agentes murmurando, algunos emponchados, otros retorciéndose de frío.

Cambio de ministerio y de rumbo político. Y, como de costumbre, esta gente hacía como cinco meses que no cobraba. Esto no les afligía mayormente. Aunque no les pagaran, el empleito significaba crédito en el comercio y oportunidad de algunas coimas. La cosa era conservar el puesto, y no perderlo en uno de estos corcovos ministeriales...

Estaban así los ánimos cuando llegó el cartero.

El secretario comenzó a deletrear el mensaje. El personal lo rodeaba, inquieto y curioso.

—¡Es del jefe, mozada!

Y en seguida hizo circular el telegrama de mano en mano. Todos sonreían, satisfechos.

Decía así el mensaje: «*Tesen tranquilos. No renuncieo*».

2. «Dormido en su regazo marchaba su camino».

UNAMUNO

Cuando llegó el doctor, como a las once, al dispensario, lo recibieron con caras alegres. Una novedad para el médico, que venía alunado. También... Como a las tres de la madrugada lo habían hecho levantar para reconocer un herido, y el herido resultó ser un borracho consuetudinario que se había llevado un árbol por delante, y que mientras lo lavaba le emporcó todo el consultorio con sus vómitos vinosos.

¡Borracho de miércoles...! Mire que es un oficio puerco este del médico. Y el de médico de policía, lo peor de lo malo...

—El jefe no renuncia, doctor...

—Ajá...

—No. Tiene que haberlo encarau fiero al gobernador, ¿no le parece?, porque lo ques el menistro le tiene un hambre loca al jefe...

El médico ya estaba hasta la coronilla de estas cosas. La necesidad, únicamente, podía encadenarlo a estas miserias. Con rabia y con tristeza observaba cómo se corrompían las gentes en estos cargos de la policía de campaña. Todo lo veía librado al capricho del momento, a la compadrada y a la gauchada. No había normas de ninguna especie, ni un criterio humano, tolerante, que se aplicara a los mil pequeños conflictos entre el pobrerrío. Todo se reducía a juntar libretas, a conseguir hembras entre las chinas, y a hacerse de pesos, para el juego y las chupas... Todos se asemejaban, sin embargo, en algo, y era en el prurito de parecer corajudos y malos. Sí. En fin. Era un modo, como otro cualquiera, de ganarse el puchero. Un mimetismo como el de tantos otros animales...

En eso pasó, para ser atendida, una señora criolla, de cierta edad, acompañada de una criatura con la mano atada con un trapo sucio. Una lastimadura infectada, sin duda.

Le desató el envoltorio, y apareció una herida cortante, de labios tumefactos.

—Ej' un pasmo, doctor...

—Sí. Todo es pasmo...

Buscó una ampolla de antiipiógeno, pero, qué iba a hallar en ese dispensario de miércoles...

—Vea, señora. Busque tres pesos, y cómprese la inyección que le hace falta a su hijita. Acá no tenemos. Se han concluido...

—¿Y diánde sacar tres pesos... y cuál es la inyección que precisa la chica?

—Y, el nombre es lo de menos, señora...

—Porque una es madre, y debe velar por la hija de suj' entraña... Y últimamente, nunca me han cobrau las inyicione... Ni una que me supieron sumir dentre las venas, ¿no? en Santa Rosa. No me la cobró el doctor de Santa Rosa... Pero ese era un hombre güeno, el doctor, y considerau con loj humilde...

El doctor perdió el resto de paciencia que le iba quedando. Siempre iban a agarrar para el lado del diablo. Le hubiera inyectado una vacuna vieja y se hubieran ido lo más contentas. Y por hacer las cosas a conciencia, tenía que pasar estos malos ratos.

La mujer se levantó protestando que iba a quejarse al jefe.

—Que le vaya bien, señora... Y si quiere, quéjese, también, al papa...

3. *«La santidad de la cosa juzgada... o cómo se empieza un sumario».*

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

—Es un echau pa trás, y lo vamoj, a ser sonar nomá...

—Y, métale, compañero. Pero piense que hay que hacer bien las cosas...

—Le viá comodar los artículos del código, va ver...

El sumariante le estaba tomando la denuncia a la mujer. El secretario consultaba unos libros. Chillaba la pluma sobre el papel de hilo y la ceremonia se alargaba. Como se hacían los sumarios de acuerdo con un manual, sonaban a extranjeras las palabras de las fórmulas, en ese ambiente tan torpemente criollo...

Mucho que escribir, pero estaban contentos, porque esa denuncia les permitía molestar a un montón de vecinos, que tendrían que venir a responder a cualquier pregunta. Era necesario hacerles sentir un poco de rigor, cosa que fueran un poco más considerados y serviciales con los empleados que se estaban sacrificando para cuidar los intereses de esos desagradecidos...

Afuera estaba el día. Un día hermoso de invierno. Había cesado el viento y el sol doraba aún más las hojas que estaban por caer. Brillaban las arenas sueltas, multicoloras... Había un poco de seca. Un poco de tristeza en el aire, y un cielo limpio y profundo. ¡Qué contraste entre esa hermosura, esa diafanidad, esa limpidez de la naturaleza, y la opacidad y la miseria de los hombres, adentro...!

Desde la tienda principal del pueblo se oía música de radio y anuncios.

En su esquina, gozando del sol y escuchando las noticias del día, el farmacéutico del pueblo, el dentista y el dueño del negocio.

Naturalmente, la charla había comenzado a deslizarse por la pendiente de la política. Veneno que va intoxicando paulatinamente al más prevenido, en estos lugares de poco intercambio intelectual.

—Si es como yo digo. Es lo que nos está haciendo falta en este país. Un hombre. Un hombre de carácter decidido y enérgico, que ejerciendo una sabia dictadura, nos salve de tanto discurso, de tanta discusión y de tanta charla. Eso nos hace falta. Un dictador que a hacha y machete les haga marcar el paso a los políticos y a los comunistas.

—Sí —decía el dentista—, eso es lo único que nos hace falta. Y después, lo que hizo Hitler.

—Y, ¿qué tiene usted que decir de Hitler?

—Nada voy a decir, pero es porque yo odio esta costumbre nuestra de hablar de los hombres públicos, las más de las veces, al divino botón. Sin saber, en verdad, cuál es su obra... Pero, ustedes, ¿qué tienen que decir de Darragueira?

—De Darragueira hay mucho que decir —saltó el farmacéutico—. No paga a los empleados y nosotros nos quedamos sin cobrar nuestras cuentas, y se congela el crédito. Nos ha elevado la patente... y para remache, nos ha nombrado un jefe que es una verdadera calamidad...

Y les contó lo del telegrama.

—Bah... —decía el sirio—. El hombre no es un sabio, que digamos, pero es un criollo servicial y generoso.

—Generoso... generoso —gritaba el farmacéutico—. Generoso en las farras, en las chupindangas, en las jugadas. Gastador y derrochador, diga usted. Pero eso no es ser generoso...

—¿Y qué mal le hace a la gente si gasta su plata o la regala? No veo en qué pueda perjudicarle a usted eso...

—Usted no quiere ver las cosas, doctor. Con un hombre así y un personal a su medida, no vamos a ninguna parte. Fíjense en los empleados... Si hasta el médico es un echado para atrás... Sí... Muy buena gente... para un presidio... y el doctorcito ese... ¿no está emperrado en no mandarme una receta? Les recomienda a sus clientes que hagan traer sus remedios de Santa Fe, por llevarme la contra... Dense cuenta...

Seguían un poco más acalorados la discusión, cuanto, ¡cata aquí!, como diría Lynch, que se presenta un vigilante que, cuadrándose, le larga este mensaje al boticario:

—De parte del señor sumariante que se presiente en seguida a la jefatura...

—Dígale que está bien.

Quedaron todos en silencio, sospechando algo raro.

—Y ¿qué será? —averiguaba el sirio.

—Seguro que algún lío con la comisión de fomento —decía el farmacéutico—. Alguna denuncia, porque el jueves cerré y me fui a Santa Fe. Estos desgraciados de la comisión no quieren entender que la farmacia es mía y que yo soy dueño de cerrarla y abrirla cuantas veces me dé la real gana. ¿Qué tengo que ver yo con la gente? ¿Qué me importa si hay o no hay enfermos? Yo, cuando necesito irme, me voy, y santas pascuas... Pero, ¿para qué estar cavilando? Vamos a ver a ese tronante Júpiter...

Quedaron el comerciante y el dentista sacándole el cuero al boticario. Que vean qué modo de pensar... Que, qué egoísmo... Que ojalá le hagan pagar caro ese desapego al pueblo donde está comiendo... y continuaban en esta noble dis-

tracción cuando, ¡cata aquí! que se presenta otro agente.

—Don Abdala... De parte del comisario sumariante, que se presiente en seguida...

—Hola... ¿qué pasa?

—No sé, señor. Ej' un orden, y tengo que cumplila...

—Natural... Natural... Voy en seguida...

Quedó solo el dentista, intrigado, mirando ese día plácido y tibio y pensando en lo lindo que estaría Buenos Aires... Buenos Aires... ciudad del otro mundo...

4. «Y los hombres hablaron en la voz del barro».

ALBERTO FRANCO

El farmacéutico estaba de pie, frente al sumariante, que consultaba su manual y escribía, despaciosamente, revisando, a menudo, un pequeño diccionario manoseado.

—«Y leída que le fue se ratificó en todo su contenido y no teniendo nada más que agregar ni enmendar, rubricó cada hoja y firmó para constancia con los testigos de actuación y conmigo de que certifico...». Firme ahí abajo.

—¿Y los testigos? ¿Qué testigos van a firmar si acá no hay ninguno?

—Nadies le pregunta, amigo. ¡Veanlón al hombre! ¿Por qué no agarra y viene y lo hace usted al sumario?

—Disculpe, señor. Era una pregunta amable que le hacía...

—¡Pregunta! Yo le ví dar pregunta, intrigante de miércole... ¡Firme y agradezca que no lo hago encerrar en un calabozo por entonau...!

—No me insulte, señor...

—¡Qué no lo ví insultar, porquería de miér... coles! Lo ví insultar y lo ví ca... ir a trompadas si se me antoja...

Se había levantado el sumariante y le pasaba los puños cerrados por el rostro.

Blanco como un papel, el boticario empezó a pedir disculpa, «blandito como manteca...».

—Bueno, amigo. Vaye, nomaj. Está disculpau... ¡Sargento!, deje salir a este hombre...

Lo hubieran visto al hombre... Tan malo que parecía, y salió como escupida, derechito pa su casa y sin mirar a naides... (Este es el comentario que hizo el sumariante en rueda de empleados).

Ahora le toca el turno al sirio.

—¿Usté la conoce a la Cinturión?

—Sí, señor. Algunas vez le he vendido algún género...

—Yo no le pregunto si le ha vendido género. Le pregunto si la conoce.

—Sí, señor. La conozco de vista...

—Y, ¿cómo quiere conocerla?, ¿de oído?

—No, señor. Es un decir, nomás. Quiero decir que no la conozco muy mucho... Un poco, nomás, señor.

—Sí. No se ha acostau con eya... También, tienen arengas ustedes los turcos...

—No soy turco, señor. Soy sirio.

—¡Y paqué miércoles me dijo quera turco!, aquí dice... «de cuarenta añoj de edá y nacionalidá turca».

—No, señor. Sirio.

—¡Se puso turco y es turco, qué diantres! Y, a ver, ¿cómo sabe usted quel doctor le quiso cobrar tres peso...?

—Yo no sé nada del doctor...

—Usted sabe y me va a decir... ¡turco de miércoles! y no se mesté haciendo el sonso... A usted le dijo el boticario que la Cinturión fue a preguntarle cuánto costaba la inyección y quel doctor le había querío cobrar tres pesos...

—A mí no me dijo...

—¡Así que no querés declarar, turco porfiau...! Pero vos no te vas a reír de mí... ¡Yo te viá enseñar a respetar a loj hombres, sinvergüenza de miércoles...! ¡Sargento! Páselo a este turco de miércoles...

—Pero esto es un abuso, señor. Yo no sé nada. Soy un comerciante decente, que no se mete en nada...

—¡Sos un ladrón con patente... eso sos, turco trompeta...!

En el pueblo se supo en seguida que don Abdala estaba preso. Y empezaron las conjeturas... «Un contrabando... No, amigo. Yo sé lo que le digo. Se quiso abusar con una chica que tenían de sirvienta...».

La señora, alarmada, mandó un chico en busca del jefe. Este les debía algunos servicios, y era el momento de que los retribuyera... Pero el jefe no se había enterado de nada. Estaba de farra con unos amigos, muy alegres todos. Apenas entendió el mensaje de la señora, pero contestó que en seguida iba a ocuparse del asunto, y continuó con los compinches, chupando y conversando de parejeros, de gallos de riña y de mujeres... El jefe...

A la nohecita lo volvieron a llamar para que declarara. ¡Qué momentos, horas, las que había pasado en la estrechez del calabozo! De pie, respirando olor a moho y a orines... Estaba dispuesto a decir cualquier cosa antes que verse una noche en esa pocilga.

De modo que a las nuevas preguntas del sumariante, sacrificó la amistad del médico a su egoísmo. Era cierto. Él sabía de los tres pesos y firmó lo que quisieron.

Salió deprimido y acongojado. ¡A su edad, verse tratado de tal modo! Ganó en seguida la cama, rodeado por la familia, afligida, y recién al otro día se atrevió a ir a lo del médico.

Iba a explicarle por qué había dado un falso testimonio, comprometiendo a

un amigo. Y tendría que perdonarlo el médico, porque él no podía tolerar eso de estar encerrado, oyendo el trajín afuera, sintiéndose como en un anticipo de muerte, extraño a la actividad del día...

Pero el médico no estaba. Lo habían hecho citar de la policía.

Las cosas siguieron su curso. Declaración sobre declaración, y testigo sobre testigo, iba marchando y engordando el sumario. Un sumario con el que se iba a conseguir la exoneración del médico, que había abusado del puesto público en provecho propio. Algo así como estafa o cualquier otra de esas calificaciones raras de los códigos. Naturalmente que también había una acción criminal y si al médico no lo salvaba alguna influencia, iba a quedar peor que palo e'gayinero... (Honradamente debo declarar que esta última metáfora pertenece al secretario).

5. «Ya se escuchan los clarines...»

RUBÉN DARÍO

En el almacén «El refalón del Correntoso» estaba Chibiro, medio picau, conversando con unos paisanos y el dueño del bolicho.

Se estaba sacudiendo el maní y había venido mucha indiada de San Javier y Santa Rosa, para ganarse unos riales en ese trabajo. Pero la crisis, amigo, hizo que los colonos se pusieran ellos mismos, con sus mujeres e hijos, a la tarea cansadora y sucia. Los paisanos, sin trabajo, comenzaron a deambular por los bolichos, a la pesca de alguien que los convidara con las copas. Los paisanitos y las indias andaban todo el día por los campos, cazando conejos silvestres (cuises) y lechuzas, o en los bañados y rinconadas, fijando sábalos y pacuces para el sustento familiar. De noche merodeaban por las parvas y los sandiales. Los indios estaban gordos y relucientes.

Chibiro, mestizo de india y extranjero, pagaba las copas. Los paisanos, silenciosos, bebían, hoscos y ensimismados. Chibiro hablaba mal de los gringos.

—No se van' enyenar nunca, gringoj, trompeta... Nu'hay trabajo, dicen, y después gritan si lej comen una sandia o lej yevan una gayina. Hasta loj gurisito maj tiernito loj ponen a sacudir, pobrecitos, y hay que velos a la tarde, con laj mano desoyada y el cuerpito una sola roncha de loj mosquito... No tienen yel pa sus propios hijos, van a tener pa nojotro loj pobre...

El viejo Niceto, paisano como de cien años, balbuceaba en un rincón palabras ininteligibles. Pero todos sabían lo que el indio murmuraba... unos versitos que se cantaban con «El Bravo», el baile antiguo:

Quen juera como el halcón
que come la carne croda...
Yo también la comeré
si la fortuna me ayoda...

A pesar de la indiferencia y la inconsciencia de la gente, se notaba algo extraño en el ambiente. Algún sentido oculto debían tener esas arengas de Chibiro, y esas reuniones que se multiplicaban en los boliches de las afueras.

En el bolicho del turco Julio, cuando llegó la recorrida, se hizo un gran silencio. Después de la requisa, cuando se retiraban los milicos, se levantaron las voces.

—Zoqueteroj de miércoles...

—Y decir que son de los nuestros...

—¡No! —gritó alguno—. No son de loj nuestro. Lo pior de lo nuestro, la basura, lo maj inútil, eso se jue con eyos...

—Atarse las lenguas —dijo un viejo haraposo, hachero en el monte—. Atarse las lenguas, mozos...

El turco Julio, que trabajaba sin patente porque era amigo de la situación, cayó temprano al otro día a la Jefatura. Había notado que la indiada sin trabajo, andaba, sin embargo, con plata. Parecían descontentos, con ganas de alborotar. Anoche hablaron mal de la policía... También andaba mucha enterrerriana...

—Bien, bien.

El secretario, que estaba tomando mate, calmosamente, no le dio importancia a la cosa.

—Esta noche vamos a reforzar las recorridas. Vaye tranquilo, nomás. A la polecía van a respetarla. Y ahura que anda tanta gente, aproveche, pues, amigo, pa'veriguarles por las libreta. Prontito vienen las elecciones y esa va a ser la ucación de que usté empiece a devolverle los servicios al Jefe. Hay que hacer propaganda y dir trayendo libretas...

6. Y aparecen las famosas libretas.

Es sabido que días antes de una elección, comienza la caza de las libretas. Es un deporte arriesgado y emocionante. El desprevenido elector, el pobre, el indio o el criollo desheredado, empieza a ser acechado por los políticos menudos, que lo persiguen a sol y a sombra, con la misma fatalidad con que el galgo persigue a la liebre o el perdiguero a la perdiz.

La policía incursiona de noche; allana domicilios; hace levantar a la pobre gente y requisa. Se practica el secuestro en gran escala y la dispersión de electores. Se los aventa a los cuatro rumbos, para que no fructifiquen en la urna sus votos.

En el auto de la Jefatura salió esa noche el sumariante, de recorrida por los boliches. Él mismo requisaba, bajo la mirada vigilante de un meritorio.

En «El refalón del Correntoso», Chibiro, medio alegre bastante, empezó a vivarlo al jefe, ante la indiferencia de la gente. Después vino y se abrazó del sumariante.

—¡Mi comisario...! disculpe, ¿no?... ¡Mi sumariante! Acá estamo... medio empedonej, ¿no?... como dijo Camargo... ¿No convida con un vichel mi sumariante?... ¡Qué no va a convidar, si es gaucho el hombre!...

Halagado pagó una vuelta y se quedó un rato, observando. Chibiro se iba hasta el suelo y se enderezaba, sin parar la lengua.

—Estos cortes son del otro lau del charco grande, como dijo Camargo... y se'iba hasta el suelo de mamau questaba... Pero yo no soy cargoso, mi sumariante, y lo viá'acompañar hajta la muerte... ¡Viva el jefe e polecía...!

En todos los boliches encontraron el mismo ambiente. Mucha gente tomada, y siempre algún criollo entre los paisanos, como cuidándolos. «Pero, qué iban a cuidar», pensaba el sumariante. «Qué iban a cuidar, todos en pedo».

El viejo Albornoz, el hachero haraposo, en el boliche del turco Julio, se puso a explicarle cómo se deben criar los pichones de ganso... Si es inútil... A los chupaus les da por cada cosa...

—Al pichón de ganso nu hay que dale de comer, mi sumariante. Hay que dejarlo al aire libre. Al aire libre, esu' es. La gansa es moi pastidora, ¿no? y sale adelante cortando pasto como la californial y por atrás los gansitos, meta tragar el pasto picau... ¿Nu ha visto nunca?

Se volvieron al pueblo, aburridos. Que los lidiara otro a estos borrachos de porquería... El sumariante tenía una reunión de gofo y no iba a perder la bolada de desplumar unos viajantes, por andar escuchando zonceras en los boliches...

7. Donde reaparecen el médico y otros notables...

El doctor había dejado de concurrir al dispensario, ofendido por los modales del personal de la Jefatura y humillado por los interrogatorios sobre el asunto de la Centurión. Lo habían agraviado en toda forma, y no le quedaba otro recurso que armarse de paciencia. ¿Qué iba a hacer contra la majestad de la autoridad? Tragar saliva...

«Y decir —pensaba— que les he servido gratuitamente, infinidad de veces. Y ahora, este piojo resucitado del sumariante, que me hace quedar mal hasta con los únicos amigos que tenía en el pueblo... paranoicos de miércoles...».

(A esta altura del relato, habrán entendido ustedes, que este miércoles que usan con tanta generosidad mis personajes, no es el miércoles del calendario gregoriano ni el de los otros calendarios. Este miércoles viene a ser un melindre mío, un prejuicio, si lo prefieren, y pido por él disculpas...)

En esto llamaron con violencia. Un empleado de la Jefatura, apurado, nervioso...

—Dotor. El jefe amaneció atacau. Aura está bañau en sudor y a loj quejidos... Dice la señora que vaye...

En casa del jefe encontró un alboroto de mujeres, chicos y curiosos. Despejó un poco, con malos modos, hasta quedar solo con el enfermo.

—¿Qué le pasa, jefe?

—Y, acá estoy, doctor... Usted sabrá lo que tengo...

«Alguna mamúa has de tener», pensó el médico... y empezó la ceremonia de la auscultación y de las percusiones. Diga treinta y tres... Era cuestión de amoníaco y de algún vomitivo, pero aplicó dos inyecciones... (total eran del dispensario) hielo al vientre, y recetó un montón de cosas...

—Y ahora, jefe, reposo y dieta de leche y verduras. Usted necesita un largo descanso.

—Sí, doctor. Descanso, ahora, con las elecciones...

—Con más razón. Usted necesitará estar en la total posesión de sus facultades intelectuales... Y. a propósito. Usted sabe, jefe, que se está cometiendo una injusticia conmigo...

—Sí, doctor. Reconozco... ¡ay!... reconozco, pero usted sabe que la Jefatura es un infierno, y que en cuanto me descuido, me hacen una macana. ¡Ay!... ¿sabe que mestán haciendo doler las inyecciones?...

—Es que están haciendo efecto.

—Sí. Se ve. Y, como le digo, hoy mismo va' ser romper ese sumario, y que queden las cosas como estaban... ¿No le parece?

—Bueno, jefe. Y quede tranquilo, y ya sabe. Cualquier cosa mándeme llamar, nomás. Estamos a sus órdenes...

El médico pasó por la Jefatura, para hablar del sumario. Desde el patio se oían gritos y vivas. Era Chibiro que gritaba desde el calabozo... ¡Viva el jefe de polecía!... ¡Viva el doctor Darragueira!... ¡Viva Chibiro, pi... pi...ju...!

El secretario lo atendió muy bien al médico, y quedó en mandarle el sumario al jefe...

—Cosas que saben pasar, doctor. Pero el jefe tiene el corazón com' un rancho... ¿ha visto?...

—¡Yo hoy sombre! —gritaba Chibiro—. Soy de una sola pieza... Soy hecho a martiyo... lo que habla mi boca lo sustento con el cuchiyoo...

Por los corredores se cruzaban empleados y clases, aburridos, esperando la hora del relevo, o la del vermouthe, para irse a los boliches.

El secretario fumaba y tomaba mate. El médico pasó al dispensario, lleno de enfermos pobres a esa hora.

Las cosas seguían como siempre. Apenas una minúscula marejada había quebrado la serenidad de espejo de ese mar muerto, y ya no quedaba de la ola pérfida ni la más pequeña arruga.

Vacío profundo... Nubes muy altas... Y los sueños remotos e imposibles... Y siguieron los días.

8. «*Cuando la aurora de rosados dedos...*».

(Perdón, padre Homero)

...hija de la mañana, anunció el día; cuando iba a empezar, plácidamente, a despertarse el pueblo, un estruendo de disparos y gritos, sobresaltó al pacífico vecindario, que saltó de las camas (y de los catres) y se echó a la calle, a tiempo, para ver una gran columna de hombres que, a las luces inciertas de la madrugada, tomaba por asalto la Jefatura, en medio de gritos destemplados y disparos de armas.

Al frente de la turba, marchaban: Chibiro, el viejo Albornoz, un sargento y un meritorio de policía. A esa hora tomaron la Jefatura sin derramar sangre. Se apoderaron de las armas, y mandaron traer, presos, al jefe, al secretario y al sumariante.

A la media hora, estaban llenos los cabalozos, cuadras y depósitos, de empleados y agentes de policía. En el patio se empezaron a apilar cajones de cerveza y de otras bebidas, que la revolución secuestraba heroicamente de los almacenes... y a la media hora siguiente, ya nadie se entendía.

Aparecieron los dirigentes y entre ellos, el boticario, que ya saboreaba el instante de su venganza. Coparon el telégrafo y el teléfono, y empezaron a movilizar la gente, mientras esperaban noticias del resto del país, porque la revolución debió estallar en toda la república.

Pero los indios y los criollos no quisieron salir a patrullar, ni querían saber nada de cuidar caminos ni edificios. Ellos querían comer y chupar y gritar a gusto, y después que empezara el reparto de vicios, ropas y mujeres. ¿No eran esaj laj promesa?...

La situación empezó a ponerse fea a los revolucionarios. Y, según el telegrafista, el país permanecía tranquilo... ¡Caracoles! ¿Y dónde se había metido el general Sicofanti?...

—Bueno, muchachos —decía el boticario—. Antes que lleguen las tropas de Santa Fe, hay tiempo de liar los petates y rajar. Vamos a esperar hasta la noche, a ver si la cosa se compone...

—¡Viva el general Sicofanti! —gritaba Chibiro—. ¡Viva Chibiro, como dijo Camargo!

Pero a mediodía ya habían llegado, en camiones, soldados del guardiacárceles. Con una ametralladora al frente, los treinta hombres reconquistaron la Jefatura, sin quemar un cartucho. Chibiro todavía se paseaba con un Remington.

¡Cuando lo desarmaron, encontraron el arma sin balas...! ¡Se había olvidado de cargarlas...!

Se abrieron de nuevo los zaguanes, las tiendas y almacenes, y un aura de paz corrió por el pueblo. Al rato, jefe, secretario y sumariante, tomaban posesión de sus cargos, y las cosas siguieron como siempre. Es inútil. Los pueblos felices, como las mujeres honestas, deben carecer de historias. El mundo... sí, el mundo, seguía dando vueltas, y el país continuaba tranquilo.

Solamente los gritos de algunos revolucionarios que se dolían de los gomasos quebraban la tranquilidad del ambiente. Entre esas voces, la familiar y heroica de Chibiro...

—¡No me maten!... ¡Boqueteroj de miércoles...! ¡No me asesinen, como dijo Camargo!

JORNADA CÍVICA

Fiero como aquel jugador que apaliaron en Colmena, no he visto otro... Estamos al reparo de unas chapas de zinc, este domingo llovedor, sintiendo el barullo de la gente amontonada en un galpón próximo. Es domingo de elecciones y llueve a baldes.

Las mantas con pelo, que desde anoche hemos andado llevando de un lado para otro... de abrigo de paraísos a una enramada, y de ahí a estos ranchos ruinosos, se están asando mal mal, bajo el aguacero infame. La gente amontonada, condenada a la inacción, aburrida, no tiene más remedio que chupar, para luego enredarse en largas, inútiles y comprometedoras discusiones.

El vino corre abundante. Bien lo siento. Soy el comisario y esto va por mi cuenta.

Cansado de hablar sonsera, he salido a mirar los asados. Estoy con el rengo Cuevas, el asador, que cuenta sus andanzas por el Chaco y Santiago del Estero.

—Me fi joven, sano y con algunoj rialitos. Anduve mucho por ahí, cazando y judiando y ya ve como volví: con tonada, una pata a la rastra, algunos cuentos y refranes, y más pobre que las ratas...

El piso de tierra está convertido en un pantano. En los patios hay más de una cuarta de agua. Cuando los borrachos salen del galpón a hacer sus necesidades, se ven obligados a realizar un sinnúmero de firuletes y patinadas, mientras arrastran los ponchos entre el barro y pierden las alpargatas.

Un gringo, lleno y borracho, abrazado a una rueda de la chata en que trajimos la leña, está vomitando. Cuando concluye, afloja los brazos y se va resbalando, despaciosamente, hasta quedar sentado sobre su vómito. Entonces saca su cuchilla y comienza a castigar la maza del carro, gritando sus vivas electorales, con voz cada vez más hipante...

Dice Cuevas:

—En aqueyos años, se jugaba tupido en esos nortes. Los comisarios no eran, como los de ahura, tan delicaus. En esos tiempos el más disgraciau de los melicos, sacaba sus güenos pesos de las coimas del juego, y andaban chaludos, desparramando la plata que daba gusto. Así eran hombres de arrastre, pues

ande pegaban un grito tenían una cuadría de hombres alrededor...

Desde el galpón llegan, amortiguados por la distancia y embellecidos por el suave rumor de la lluvia, los sones de un acordeón de dos hileras. Aburridos, los tapes bailaban entre ellos, cambiándose relaciones guarangas.

Yo no veo la hora de que escampe para mandarlos a votar. Para sacármelos de encima. Por ahí vuelvo a oír a Cuevas, que continúa:

—...estaba con unos gringos ricos tomando cerveza, abajo de una enramada, y desde ahí vigilaba la ruñón y la lata del aviador. Era toro ese comisario, pero moi borrachón. Ya estaba medio empedón bastante, y sabía ser desabrido cuando se tomaba. El sargento y dos melicos cuidaban las canchas de taba...

»En eso llegó Retamar, el hombre que le digo. Yegar y pisar la taba fue una misma cosa, y verlo el comisario y pegarle un grito al sargento, jue otra misma cosa...

»—¡Sargento!

»—¡Mande, don Juancho!

»—Mirá... Al tuerto ese, que pisó la taba, ese picau de virgüela, sacalo, encajale tres o cuatro palos, y echalo. Que se mande a mudar.

»—Ta bien...

»El comisario quedó, riyéndose, y le dice a los compañeros...

»—Ahura lo van a ver al negro ese, bailar sin gana... y se reía, la cara relumbrosa por la bebida.

»El sargento lo sacó al negro, y acomodándole por los lomos tres o cuatro palos con el sable, le ordenó que se juera, que se mandara a mudar enseguidita...

»—Pero, sargento —le imploraba el infelí—. ¿Por qué me'echa? Yo no falto a naides... Usté sabe sargento que mi rebusque ej la taba, y viene a privirme que me gane la vida, tan luego aura quel juego está tan lindo y tupido...

»—Vea, amigo. Ej' orden y tengo que cumplirla...

»—Déjeme, entonces, que lo hable al comesario... Pueda ser quel hombre me tenga lástima y me deje rebuscarme...

»—Bueno... Pasa...

»Y se vino el hombre, moi humilde, de sombrero sacau, y le dice al comesario, dice:

»—Con permiso... ¿Por qué no me deja, mi comesario, que me rebusque? Yo no falto a naides... No soy propasau... Déjeme que me divierta tranquilo...

»—No, amigo. Lo hice echar y está echau... Vaye, nomá. Váyese, ante que le haga arrimar otros palos...

»—¿Y... por qué me hace pegar, comesario?

»—¡Por fiero...!

»Y se reían todos.

»Ya ve —agrega Cuevas— si es fiero ser fiero.

Llueve. Chisporrotea la grasita que cae sobre las brasas, y se levanta del res-

coldo un rico olor a carne asada, a grasa quemada, incitante y aperitivo.

Del galpón próximo llega el ruido de la música y de las conversaciones. De vez en cuando, un grito, un alarido, y al rato salen tres o cuatro tapes, como quien dice: beyaquiando y con ganas de estirar loj niervos...

Estamos a seis leguas del pueblo, en medio del campo. Cerca de una tranquera. Estamos solos entre mucha gente.

El día transcurre, plúmbeo y agotador.

Y decir, pensamos, que esta es una jornada cívica. Un día fecundo para los destinos del país, para los derechos del ciudadano. Pero los ciudadanos, inconscientes de todo deber y de todo derecho, a lo único que atinan es a emborracharse gratis... a llenarse de carne y de vino y de galleta...

Y nosotros, cómplices de este engaño, estamos acá, al margen del mundo y de los hombres. Lejos de nuestros hábitos, de nuestras costumbres. Alejados de nosotros mismos, y ocupados en estos meneteres bochornosos y repugnantes...

Sigue la lluvia. Cuevas continúa hablando de Intiyaco y Colmena...

Cuando nos sacamos las botas y desnudos entre sábanas blancas y frescas, estiramos los miembros fatigados retornamos a un mundo que parecía distante e imposible.

Retornamos a un mundo pequeño, lleno de injusticias y de miserias, pero limpio y cálido, con horas blancas, sin gritos destemplados, sin barro y sin vino.

YO, COMISARIO

—Pero, no es posible, amigo. ¿Cómo vamos a dejar morir, así, a esas criaturas? Vaya y véalo a Marserratto y pídale el auto en nombre mío.

Salió el hombre, al trote en su yegüita, y al rato volvió, ensombrecido el rostro por el cansancio y la impotencia. Marserratto tampoco quería ir.

La cosa ocurrió así: El hombre volvía de la isla donde estuvo yacareciendo y se encontró a la mujer y a sus cinco hijos enfermos, con sarampión y bronquitis. Estos últimos días estuvo lloviendo copiosamente y ustedes saben cómo son estos ranchos. Por todas partes se cuele el agua y el aire. Los enfermos estaban en el suelo, sobre un montón de bolsas y de cueros y la pobre mujer, aplastada por la fiebre, apenas si tenía conciencia del más chiquito, a quien retenía sobre el seno enflaquecido...

El hombre malvendió sus cueros y, mostrando la plata, un billete de diez pesos, comenzó su peregrinaje en busca de un auto para llevar su gente hasta el pueblo. Llevaba medio día de súplicas y viajes, y nadie se apiadaba de su aflicción. Mostraba la plata, explicaba que sus hijitos se estaban muriendo y nada. El pueblo quedaba a ocho leguas. En esta colonia no hay farmacia.

Entonces afligido, vino a verme. Cuando regresaba de lo de Marserratto había pasado por su rancho. El más chiquito ya había muerto. La madre lo retenía sobre el pecho exhausto.

—Bueno, amigo. Hay que tener paciencia y coraje. Yo no tengo ni un miserable sulki, si no, ya iríamos llegando al hospital... Caracho. Pero esto no puede admitirse. Vea. Acá, a la vuelta, está don Esteban. Tiene dos autos. Vaya y pídale uno. Páguele adelantado, y si no quiere ir, oblíguelo, qué caracho. ¡Cómo va a dejar morir sus criaturas! Oblíguelo. Pégueme un susto. Encájele unos palos, si es necesario. ¡Qué embromar! ¿Tiene cuchillo? Bueno. Póngale el cuchillo en la panza y exíjale que lo lleve...

Me miraba el hombre, asombrado. A pesar de su dolor, este desgraciado no era capaz de reaccionar violentamente, ni creía posible que le asistiera el derecho de rebelarse contra el egoísmo de los demás. No podía creer que otro

hombre compartía su angustia, ni que, por una vez siquiera, el poder de la autoridad estaba de su parte.

Yo era comisario de policía en aquella colonia. Un comisario nuevo, poco curtido, a quien le dolía la miseria ajena, y a quien le repugnaba la injusticia con que se trataba al pobre criollo, víctima de la voracidad y de la rapiña de los poderosos.

Lo eché al hombre. Le obligué a que fuera a defender la vida de sus hijos y me quedé dando vueltas, con rabia, sobre el despaseado piso de ladrillos de mi pobre comisaría. Pero, vean lo que es el mundo... Cómo son los ricos... Sin lástima, peor que los caranchos. Una goma, un litro de nafta, cualquier cosa, asume en su avaricia más valor que una vida humana. Una vida que, al final de cuentas, estará luego al servicio de la riqueza... Y estos bolicheros son los peores. Después que les sacan el jugo a estos infelices, ni siquiera les tienen lástima y los pisotean... Y nosotros, al servicio de toda esta porquería... Hum... Al servicio de la explotación, del engaño, de la falsía, que al pagar patente se disfrazan de comercio honesto. Nosotros, autorizando con nuestra vigilancia estos despojos...

—Ave María...

Salí, enojado aún. En el guardapatio estaba un viejo de barbas ralas, lazo a los tientos de un lobuno marca ancla, lindo el caballo. Con gurupa. Tropero, sin duda. Estaba de a caballo, esperando el «abájese» para apearse.

—¿Qué es lo que quiere?

—Buen día... señor, ¿usté ej' el comisario?

—Yo soy.

—Ah... Tanto gusto en conocerlo. Yo soy Policiano Medina y voy con una tropita pa Rincón. Acá están loj'papele.

—Bueno. Bájese. Pase...

Entró el hombre, rayando el piso con las espuelas y haciendo sonar el culero, cuyos flecos le chicoteaban las polainas de lona.

Empecé a revisar los papeles y así comenzamos a hablar con el hombre que de quien eran las vacas, que si estaban de carne gorda, que si las habían comprado barato, cuando comenzó a chillar el teléfono. Ese teléfono lo había colocado la administración del campo para facilitar sus trabajos y tenía comunicación con el almacén, la estancia y la estafeta de correos. Era mi pesadilla...

—Hable, señor... Sí, con el comisario.

Era el almacenero, apuradísimo.

—Acá está Ramón Guerra. Parece borracho. Mande un agente, en seguida, por favor, para que lo haga retirar.

Me acordé del hombre y de mis consejos. Marchaba bien la cosa...

—Vea, don Esteban. El hombre ese no está borracho. Está desesperado. Tiene dinero para pagar un auto, los hijitos se le están muriendo, y no encuentra un alma generosa que quiera llevarlo hasta el hospital. ¿Por qué no le alquila su auto, ese más viejo?

—Es que no tengo quien maneje. El chofer está recibiendo maní, y el auto no se lo voy a entregar a cualquiera...

—Y bueno, déle el maní a otro...

—No, no puedo. Siento mucho ¿no?, pero no puedo.

—Bien... Y, ¿qué es lo que quería que hiciera, dijo?

—Que me mande un agente, porque el hombre parece con malas intenciones y cuanto salga del escritorio me va a provocar...

—¡Ah!... mire: al agente no se lo voy a poder mandar porque me está cebando mate.

—¡Pero comisario! ¡Cómo es eso! ¡Cebando mate! ¿Y usted no puede venir?

—No, don Esteban. Si voy yo va a salir peor la cosa. Y además estoy tomando mate.

El hombre no entendía, al parecer, pero después estalló:

—¡Muy bien! Pero tenga presente, comisario, que me voy a quejar donde corresponde. A la jefatura... A usted parece que le importa poco la vida ajena.

—No, señor; me importa y mucho. En este caso, hay cinco vidas ajenas. Cinco vidas jóvenes amenazadas, y a usted no le preocupa más que su tranquilidad y su negocio. A mí, ¿qué me importa su tranquilidad y su negocio? Y su vida... ¡bah!... ¡bah!... La vida de un hombre egoísta vale muy poco... ¡Sí, señor, vale muy poco! Además, Ramón Guerra no lo va a matar... En fin, si le presta el auto voy en seguida y arreglo el asunto; si no se lo presta, arréglese como Dios lo ayude...

Y colgué el tubo. Que hiciera las denuncias que quisiera. El puesto me importaba un pito.

Volvió a chillar el aparato.

—Bueno, comisario, venga.

—¿Le va a prestar el auto?

—Sí. Se lo voy a alquilar...

—¡Ah, no amigo!... Se lo va a prestar. Usted es rico y puede.

—Bueno, hombre, como usted quiera, pero venga en seguida.

Y así salvamos, con el bueno de don Esteban, tres criaturas y la mujer de Ramón Guerra. Tres no más, pues mientras duraron estas negociaciones había muerto otra. Claro que ahora, cuando le preguntan a don Esteban qué clase de hombre es el comisario nuevo, comienza a recordarme en estos o parecidos términos:

—¿El comisario? Vea, no es por hablar, ¿no?, pero ese no es un comisario ni cosa que se le parezca. Nunca hemos estado peor que ahora en la colonia. Y para que vea que no son cosas mías, le voy a contar lo que me ocurrió hace poco. Estaba un hombre en el negocio chupando, provocándome. No me dejaba salir del escritorio. Entonces agarro el teléfono y le pido al comisario un agente para defender mi vida en peligro, y... ¿sabe lo que me contestó? Mire... es cosa de no creer... me contestó: «No se lo puedo mandar al agente porque me está cebando mate». ¡¡Dese cuenta!!...

EL BAGUALÓN DE LAS PALMAS

L'único quemos ganau, m' hijo, con esos dotores y tantos adelantos como aponderan, es que a veces ganan los caballos de loj particularej... Pero ¡qué van a comparar, amigo, estos tiempos con los di antes!... ¡Qué van a comparar!...

Acuérdese sin dir más lejo, de cuando era jefe don Vital, ánimaj benditas... En esos tiempos no había pobres. El crioyo no carecía de un rialito pa serle gusto al cuerpo, pa desengañarse de un gayo, de una mano a la taba o de un cabayo... Aura, todo está privido, y cuando yega el domingo, ¿quiere decirme qué hace un hombre como yo?... Dígame, ¿qué hace?

Yo no viá'andar como un loco por atrás de una pelota, cansándome y sudando de vicio... Ni que juese tocau de la cabeza, Dios no permita. Ni me viá pasar sentau mirando diarios y papeles pa yenarme la moyera de sonceras... Y a más, gracias a dios, que no sé ler. Tampoco soy hombre hecho a estar en laj casas todo el santo día, así que tempranito ensiyo el día domingo, y salgo. Y apenitas he salió al cayejón, ya ni sé pande rumbiar. El bolicho está cerrau. Carreraj nu hay. Hombres crioyos pa dir a prosiar un rato, ya se acabaron. Ahura hay puros gringos. Gringos que no sueltan l'azada ni el día domingo, ni levantan el lomo de los yuyos. Hombres angurrientos que no saben guardar los días... Ansí que sigo la caye, al tranquito, y me comienza a dentrar rabia de todo. Hacienda, casi no se ve, salo algún lecheraje. Monte di árbolej, tampoco. Todo es pura gricoltura.

Gricoltura, amigo... Y pensar que pa qué miércule ha servio tanto ejtropicio, y tanta juria en voltrear árbolej y arar la tierra, y secar cañadaj; y hacer canales y terraplenes, caminos embovedaus y tráir el fierrocarril... Pa qué haberán sudau tanto, pienso, y haberán restrosau loj pastos tiernos, los montes y las cañadas, si andan más pobres que las ratas y todos están jundidos.

Los colones andan desnudos, y de pedo si comen alguna batata. Loj bolicheros se han jundido atrás de los colones. Loj propietarios están empeñaus en loj bancos... ¿Y ande se han yevau la plata, el produto de todo ese trabajo? A las Uropas, amigo, se la han yevau. Todo se lo yevaron los fierros, los araus, los estratores. Si es como yo digo. Ha sío una ruina la gricoltura acá, ande las tierras son más güenas pa criar vacas, y no hay caminos pa el fleteo y loj campos son bajos y llenos de tacuruses y cañadas...

Antes, que nu había un sembrau, ni una verdura, ni una planta de alfa, ni a naide se le antojaba vender la leche, ni loj choclos, ni tanta porquería como ahura, que loj gringos venden hasta loj marlos, antes corría la plata comu'agua. Había una temeridá de hacienda y carne pa tirar pa'rriba. El hombre de a cabayo encontraba trabajo en laj arriadas, el de a pie en los saladeroj, u hacía trabajos de guasca, y también había las tropas de carros de carbón. En Barranquitas, sin dir más lejo, sabía haber más de tres mil pioneros ocupaus en tiempo e faina. Y ahura usté ve en Barranquitas una chiminea pelada y alrededor la agricultura... Y veinte colonos más pobres que las ratas.

Antes, amigo, no había tantas leyes ni delicadezas. Unoj eran gobiernos y los de ese lau se acomodaban. Loj del otro bando, que siempre eran más poquitos, tenían algún palenque ande rascarse. Y como había plata pa todo, unoj carpetiaban, otros aviaban, otros ponían una carpa con una cordiona, doj o tres chinas y una madajuana e caña, y ansí mal mal, todos se ganaban el sustento.

¡Qué fiestas sabía haber, amigo! Aquí, en San Javiel, pa la patrona, las fiestas sabían durar de quince a veinte días... Nu había el tren, pero de a pie si mal no viene, como quien dice, yegaba la gente e La Paz, de Santa Elena, de Helvecia y de Barranquita. ¡Qué carreras y qué ruñones! Le ví contar un sucedido.

Una vez cayó al camino el Bagualón de Las Palmas, un enterriano jugador, moi fantástico. Traía un oscuro tapau, cargau de plata. En el bozal, en las riendaj, en el pretal, en la pontizuela y en loj estribos... Su facón era de plata y de plata el cabo del talero y unas hebiyas machazas que tenía en el cinto, las cabezadas del cirigote eran de plata con letraj de oro...

Había un montón de breques, cargaus de familias. Coloriaba el sombrierío y el Bagualón, presumido, vino y se arrecostó contra de las volantas.

Por ahi, a las cansadas, le bajaron los recaus a dos mancarrones corrientes, y comenzaron a partir. Como los parejeros eran de poco salto, áhi se estaban los corredorej mañeriendo, a ver si la podían ganar de abajo a la carrera, como es de costumbre.

El Bagualón comenzó a yamar a uno de los cabayitos, un malacara:

—¡Cincuenta pesoj al malacara!... ¡Al malacara cincuenta pesoj! Hagasén ver, cabayeros... contra mi cabayo ensiyau, cincuenta pesoj!...

Doña Liberata, esa mujer tan gaucha de que le he sabido hablar, se tentó por el cabayo ensiyau... y ahi nomás le gritó:

—¡Pago!

Refaló un biyete flemante doña Liberata y se lo alcanzó al enterriano.

—Ejtá en güenas manos, señora...

¿Y quiere crer, amigo, que viene y pierde el malacara? Y cuando volvía la gente de la raya gritando: «¡El loguno pa todo el mundo!», ya se le arrimó doña Liberata al Buagualón, con breque y todo:

—Ha perdío, mozo. Vaye atracando el cabayo...

—Pero, señora... Si nu ha dentrau el sol tuavía... ¿O seré tan disgraciau que naide me emprieste cincuenta pesos?...

La señora se quedó pastoriándolo, pero al ratito y riyéndose con picardía, se le arrimó el Bagualón y dando güelta el cinto sacó un royo e plata y alargándole un biyete...

—Me va'disculpar, señora... No me había acordau que traiba senciyo.

Fantástico el hombre... Entrerriano y basta.

Otra vez había perdío la plata que trujo, y cabayo, rastra, facón, rebenque y poncho... Y estaba ahí, arrecostau contra de una mesa de monte, los'ojos grandes, comiéndose las barajas con las vistas...

Los jugadores que se cortaban, cuando le querían jugar a una carta brava le sabían pedir fiau al tayador. Pero este, que no quería jugadas de le yevo, preguntaba en cada ucación, y juese quien juese:

—¿Por qué pide?

Y le contestaban: por este reló, o por este cuchiyó, o por mi cabayo marca trompo, asígún lo que tuviesen...

Cuando salió una sota contra de un tres, al Bagualón le gustó de alma la sota, comu'es natural, y áhi nomás le pidió al tayador que le yevara vainte pesos a la sota...

—¿Por qué pide?

Con voz finita y moy respetosa, dice el entrerriano:

—Porque no tengo, señor...

MUJER CASADA

Golpeándole los pichicos con la alpargata, lo fue haciendo estirar al malacara y luego comenzó a ensillarlo con despaciosa prolijidad.

Sacudía las viejas, sucias y deshilachadas matras, que hedían ásperamente, y las alisaba en el lomo corto del caballo criollo.

Con ruido alegre de los estribos levantó la montura de ceibo, y la emparejó sobre la carona remaliada.

La mujer cruzó el patio con una sartén, mientras el chico, gateando, se acercó por entre las patas del caballo.

Lunes temprano en las afueras del pueblo. Pereza. Resabio de volver a las tareas de toda la semana.

Sentado en una banquilla, con el plato con los huevos fritos, duros y negros, sobre las rodillas, le recomienda el hombre:

—Y ya sabés... No quiero que andés en la boca e' la gente. Quedate a cuidarlo al Tape, a surcir la ropa, a componer mis trapos, que buena falta li' hacen...

—Ajá...

—Aquí no te falta nada. No tenés lujos, pero qué comer no te falta...

Engulle el hombre su desayuno, que él llama «almuerzo». Los bigotes le relumbran de grasa.

La mujer, con el chico en la falda, lo mira comer. Esta es su vida. El hombre llega el sábado, de noche cerrada. Sucio. Hediendo a caballo, a sudor, a sarnífugo, a vino o a caña... En el camino queda el bolicho, y como de la estancia salen en pandilla todos los mensuales, claro, pues. La bebida se ha hecho pa los hombres...

Así cae a su casa. La mujer, cuando siente el ruido del recado que él desensilla contra el alero de la cocina, se apresura a salir; enciende el fuego. Con la lamparita de oscilante lumbre atraviesa el oscuro patio. Ceba unos mates que lo despejan al hombre.

Él habla poco. Pregunta por el Tape. Averigua si le ha dado maíz a las gallinas. Toman los mates y se acuestan.

Así, callado, él comienza a quererla, con hambre contenida de su cuerpo

joven y limpio. Y ella, que al principio tuvo repugnancias al contacto con el hombre sucio y maloliente, al rato, en pleno vértigo de sus sentidos jóvenes, se abraza a él y le devuelve con ardor sus besos y sus caricias.

Su noche de amor transcurre así, hasta que se despierta el Tape, orinado, y ella tiene que levantarse, mudarlo y volverlo al cajón que cuelga del techo del rancho, sostenido por un maneador, como un sarzo.

El domingo los agarra el sol en la cama. Ella se levanta, disculpándose, y sin lavarse ni peinarse, diligente, se apresura a encender el fuego. Saca agua, prepara el mate, y apenas se calienta el agua le lleva a su hombre los mates a la cama.

Lujo de pobre. Privilegio de varón en las casas.

Esta es su vida. Él se va al almacén, aburrido de no saber qué hacer en las casas. Llega a comer. Se acuesta a sestiar, semiebrio. Se va a la tardecita y esa noche de domingo, sí que se mama con patas y todo.

Lo traen, a veces, los milicos de la recorrida, que no atinan a acomodarlo en la marquesa por mirarle a ella sus carnes firmes y sus ojos brillantes...

El lunes temprano, él se desayuna y se va. Siempre con la misma recomendación. Siempre con eso de la boca de la gente. Sin duda por culpa de los comentarios en los boliches. Nunca falta un envidioso, o un lengua sucia...

Ella, nerviosa, no ve la hora de que se vaya, de que la libere de su presencia, que se le hace insufrible, que la abochorna con el recuerdo de la embriaguez, de las sonceras que decía, y de las miradas de los milicos...

—Así que ya sabe. Y cualquier cosa que necesite, hable por telefono con el escribano, pa que me avise...

Lo alza al Tape y lo besa. A ella la toma por la cintura, la ciñe un poco, sin besarla. Monta y se va.

Sola hasta el sábado. ¡Qué salir ni qué diantres! Ella quiere lavarse, asearse y quedar en su limpia soledad. Su limpia soledad es lo que ella ansia.

Pero el martes, a causa del poco trabajo, seguro, o por la proporción de la vecina vieja, que es tan zalamera, bueno, le lleva el chico pa que se entretenga, ¿no? y ella se va, livianita y ágil, a casa de cualquiera de esas conocidas que viven solas, es decir, solas de día y de noche arrimadas a algún dependiente de comercio o a algún empleado de policía. Mujer que tiene fonógrafo, polvos a discreción y agua florida.

La visita, toman mate, tocan la vitrola.

—Y... ¿cómo te trata julano?

—¿Y cómo querés que me trate ese disgraciau?... Sabe bien que si no mi hace los gustos lo echo, y que no me ha de faltar quien me pase la mantención y me vista... Los hombres, che, cuanti más los adulás, pior te tratan...

Vuelve a su casa y encuentra al chico que llora de hambre y de sueño. Le da cualquier cosa, y ella misma toma unos mates «mal mal» y se acuesta. Piensa en su esclavitud. En la ropa que tiene que desmugrar y que surcir. En el chico... En

las gallinas... La ropa... El hombre... Y no un hombre como el de fulana, cuidado, con olor a jabón y a cigarrillos suaves, de ropas bien hechas, sino en su hombre, tosco, sin lujos ni presunciones. Se siente atada a él y lo recuerda con odio.

Por su culpa, nadie se anima a decirle nada, ni a entretenerla, por no comprometerse con el gaucho bruto. Y ella, sonsa de porquería, que no acierta a animarlo. Es demasiado natural, aún: es todavía una mujer a la antigua...

El miércoles a la noche no se siente a gusto, sola en la cama de matrimonio. Y piensa en lo que hará su hombre, allá en los campos de la compañía, solo, reventando de sol a sol en las más rudas tareas, en los trabajos más expuestos, para traírsle a ella y al Tape los alimentos, los vicios... El pobre...

El jueves se apresura a lavar, a surcir, a planchar. Lo lava al Tape, barre el patio. Y el viernes se asea, se viste, se empolva y no sale a ninguna parte. Dónde diablos va a ir ella, una señora casada... una mujer decente... Porque digan lo que digan, y piensen lo que piensen, ella tiene su libreta de casamiento, ella no es una cualquiera. No es una garra.

El sábado es un día vacío, de aprontes y de esperas. De viajes, de idas y venidas por el ámbito de la casa. Ese mundo que es una casa, así viva en ella una persona sola.

Llega la tarde. Pasan las primeras horas de la noche, y cuando siente resonar junto al alero de la cocina el recado que el hombre deja caer al suelo, corre ella con la pequeña lámpara alumbrando el patio oscuro.

El hombre, semiebrijo y cansado, con un solo deseo clavado en sus sentidos desde hace una pila de días, la mira como en sueños, y sorbe sus mates en silencio.

—¿Y el Tape? ¿Tienen maíz las gallinas...?

Él no sospecha nada. No se da cuenta de nada. Está sereno. Con alegría adentro. Y ella —esta es la cosa— ella está, por fin, contenta.

POCO A POCO LLEGAMOS...

Al final de nuestro itinerario. Muchos hombres y muchos sucesos quedan extraviados en las hojas de este cuaderno, esperando el momento de salir a contar sus dolores, las tragedias de su miseria y de su soledad.

Esta noche final del cuaderno la pasaremos en el pueblo. El pueblo donde concluye el camino de la costa. El pueblo entrevisto al comenzar la ruta, con la alta torre de adobes que amasaron mansos mocobíes, con su permanente viento norte, que irrita los nervios de los hombres y pone inquietud en el corazón de las mujeres.

NOCHE DE PUEBLO

Recorramos los mapas del mundo desde acá, desde esta perspectiva minúscula de nuestro permanecer sobre la tierra.

Norte de Santa Fe, una noche cualquiera. Las fechas y las palabras sobran, ciertamente. Falta una cosa. Y es decir a todos que esta noche de Santa Fe al norte es más criolla, más ruin y más verdadera que cualquiera otra noche, hermano que apostrofás la miseria.

Mi noche vibra de miseria, de música de acordeón de tres hileras y de acompañamientos con rasguídos, en los célebres boliches del Carau, del Tapau o de La Flecha. Noche sobresaltada en su oscuridad irremediable por las pulgas y los piojos blancos, mientras a la Genoveva le da el ataque, el mal que le hizo con cabezas de pirinchos, plumas de carau y güesos de dijuntos el hombre de la Dorotea...

Noche estremecida por los alaridos de Miguel Ángel Lavanderí, ebrio desde su nacimiento en los toldos que quemaron los blancos después del malón de 1904.

Noche que a bochazos rompe el silencio, que viene de las islas y de los campos, como manga de langosta. En la parrilla de Beltrame los bochazos, y en las calles el ojo de cíclope de las linternas policiales.

Una misma cosa se prolonga en el plano de mi noche y las noches del mundo, y es el bostezo de la burguesía en el Centro Social, que es el centro, el ombligo del mundo, y el mal olor del dinero amontonado en las cajas de los bancos, y en los mostradores del comercio, y en el vientre de los usureros.

Una lucecita vela en el altar de la iglesia levantada por manos mocobíes. Al pensar que esa luz es la única que no alumbrá una carpeta, una botella de alcohol, un lenocinio o una herida de arma blanca... dan ganas de lanzar una mala palabra en la punta del viento.

En la vereda de aquel boliche, bajo la Cruz del Sur, serena y alta, está Peruchena, borracho y epiléptico, con los brazos abiertos, de cara al cielo.

Una espuma sanguinolenta le colorea la boca exangüe y manchas rojas de vino le dan jerarquía de hecho de sangre a la camisa comprada en lo del turco Jorge.

En la mesa del casín del Club Social los palitos caen y son colocados nuevamente en la posición reglamentaria.

Los indiecitos y criollitos a lo largo de todo este cansador itinerario del camino de la costa, van muriendo diezmos por la tuberculosis, la sífilis y el hambre. Pero hay de repuesto. La alta burguesía del pueblo, funcionarios y niños bien, llenan de hijos naturales los ranchos y los toldos, con la misma generosidad con que mezquinan, ¡oh, amable paradoja!, la legitimidad de sus desahogos legales.

¿Qué puede importarnos el mundo circundante, el arte y la cultura, si acá, en el pozo negro de nuestro pueblo, nos pudre la tristeza, el egoísmo y la miseria?

¿Para qué preocuparnos, sin embargo, por la miseria, y por el hambre de los niños, si en la escuela fiscal hay un plato de loco para ellos, una vez al día, menos los feriados, los domingos y las vacaciones...!

¿Qué puede importarnos las manos que se levantan en saludos al cielo, cuando las manos del infanticidio cavan huecos pequeños pero trágicos para la pala policial...!

Vibra en el plano de esta noche la injusticia del mundo.

De las pocilgas humanas se levanta un olor acre, el olor de la miseria, y por las calles sin veredas vagan los perros en busca de la albóndiga envenenada.

Pero el domingo por la tarde saldrán de los roperos con polillas los vestidos de seda para una breve exposición en la plaza, y los zapatos de altos tacones aguantarán el choque con los ladrillos desparejos y el ignominioso contacto con la bosta de los caballos y las vacas sueltas.

Allá, en el surtidor que se le enanca al pueblo, una lucecita que enciende la codicia es nuestra única antorcha de la civilización.

En las veredas, los sillones invitan al comentario fácil, mientras la solterona apunta en la memoria la fecha del último casamiento, para confrontaciones a los 7 y a los 9 meses.

Hay una sola vía limpia, y es el río, de aguas renovadas y huidizas, donde el único barco anclado no ha traído contrabando ni pestes, sino cajones de fideos y tambores de tracto.

En los ríos del mundo, qué importa que medre la canalla, ni que la esclavitud haya singlado en las riberas del Volga.

Acá, en estas costas, la vida es fiera pero liviana, y la canoa noctívaga volverá con el pacú o el sábalo para el hambre, y la carguita de paja y de madera para el techo.

Por lo demás, el rengo, el manco, el tuerto y el lisiado, como en todas partes.

El rico, como en todas partes.

El poderoso de mando, y el cobarde, como en todas partes.

El descamisado tiene fiebre tuberculosa para su frío y su vigilia.

El alcohólico obtiene tres o cuatro pesos por su libreta cívica.

La vieja tiene una libreta siempre abierta en su hija o su nieta.

Todos vamos viviendo.

Y cuando nos llegue la hora, ya habrá un pingo y un cuero viejo para ir como en troika al cementerio.

Ya habrá un cajón de tienda para el último embalaje.

Y ni envidia que les tendrán nuestros gusanos a los otros gusanos prisioneros de vidrios, de bronces y de lápidas...

Índice

Soledad	7
Su mundo	8
La vida es larga	9

EL CAMINO DE LA COSTA

El orden de la ruta	12
---------------------------	----

ESTANCIAS

Don Venancio	15
Cuestión de maña	28
Cavilaciones	33
Concepción Valdez	39
Polonio, Balcala y Cía.	44
Un parejero	51
El carahi potro	54
Un difunto	59

ISLAS

Isleños cazadores y puesteros	64
La creciente	67
Don Lechuza	70
Pedrito en el reino de los animales	74
El loro de doña Januaria	77
Solos	80

CHACRAS

Un hombre	82
Juventud unida mutuamente	86
Pancho Gamboa	91
Gente decente	95
Retrato	99

PUEBLOS

Apariencias	102
Del mal ambiente pueblero	107
Jornada cívica	119
Yo, comisario	122
El bagualón de las palmas	125
Mujer casada	128
Poco a poco llegamos	131
Noche de pueblo	132

Gudiño Kramer, Luis
Aquerenciada soledad. 1a ed. Santa Fe : Espacio Santafesino Ediciones, 2015.
E-Book. - (Relatos clásicos santafesinos)

ISBN 978-987-45658-7-7

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Fecha de catalogación: 13/07/2015

Edición general del Proyecto Territorio y de esta Biblioteca Digital:
Secretaría de Producciones, Industrias y Espacios Culturales,
Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

© Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2016.

Selección de autores: Jorge Isaías
Coordinación y textos: Agustín Alzari
Investigación bibliográfica: Ernesto Inouye
Diseño: Verónica Franco y Martín Bochicchio
Corrección: María Laura Tubino, Diego Giordano y Carina Zanelli

Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe
San Martín 1642. Santa Fe (S3000FRJ)

ISBN: 978-987-45658-7-7

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

La colección *Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos Clásicos Santafesinos* está compuesta por una antología homónima en papel y una biblioteca digital con once libros fundamentales, que incluye, además de *Aquerenciada soledad*, de Luis Gudiño Kramer, los siguientes títulos: *Cuentos del comité*, de Alcides Greca; *Santa Fe, mi país*, de Mateo Booz; *Abalorios*, de Eduardo Carranza; *Las 9 muertes del Padre Metri*, de Leonardo Castellani; *La barranca y el río*, de Abel Rodríguez; *El camino de las nutrias*, de Gastón Gori; *Don Frutos Gómez, el comisario*, de Velmiro Ayala Gauna; *El taco de ébano*, de Jorge Riestra; *Los días siguientes y otros relatos*, del Lermo Balbi y *Las aguas turbias*, de Diego Oxley.

Un minucioso trabajo de cotejo con las primeras ediciones permite reencontrarse con los textos de estos autores clásicos tal como salieron a la luz originalmente. La colección traza, de esta manera, un inédito panorama de más de cuarenta años de narrativa santafesina con el foco puesto en las historias y los paisajes propios.